

La transformación de la sociedad con la Virgen de Guadalupe

Dios transformo la sociedad en el Siglo XVI y lo hará nuevamente con amor, creatividad y mucho cariño

La transformación de la sociedad con la Virgen de Guadalupe

Introducción del libro

Este libro nace del deseo de contemplar con asombro cómo **Dios, por medio de María de Guadalupe**, transformó una cultura de muerte en una cultura de vida y de amor. En aquellas tierras heridas por el dolor, la injusticia y la confusión, la Virgen se presentó como **Madre tierna, maestra de esperanza y portadora del Evangelio**. Su presencia no solo sanó un pueblo, sino que abrió un camino espiritual para toda la humanidad.

Hoy, su mensaje sigue siendo actual: el mundo necesita volver al amor, a la verdad y a la luz de Dios. María de Guadalupe es una **presencia viva** que sigue repitiendo en cada corazón: “¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?” Este libro quiere ser un eco de esa voz maternal que sana, ilumina y transforma. Para conducirnos hacia Dios, y así, amar plenamente por toda la eternidad.

Recomendaciones para leer este libro

1. **Lee con el corazón abierto.** No es un libro para solo entender, sino para dejarte tocar por Dios a través de María.
2. **Haz pausas para orar.** Después de cada capítulo, toma unos momentos de silencio para dejar que las palabras bajen al alma.
3. **Subraya lo que te hable al corazón.** Dios puede tener una palabra específica solo para ti.
4. **Lee frente a una imagen de la Virgen, con una Cruz o con el Rosario cerca.** Pídele a María que esté contigo y te ayudará a comprender desde el amor.
5. **Permite que la lectura te mueva a la acción.** Que cada reflexión te inspire a amar más, abrirte más a Dios, perdonar más y servir mejor.

Recomendación para leer este libro

Este libro es una invitación a mirar con esperanza y fe el poder transformador del amor de Dios. La sociedad de los indígenas y los misioneros españoles en el siglo XVI estaba profundamente herida: la violencia, la desconfianza, el miedo y la pérdida del sentido de Dios habían desmoronado la sociedad. Sin embargo, en medio de esa oscuridad, **Dios obró maravillas por medio de María y de un humilde laico, San Juan Diego**, sanando corazones y uniendo dos mundos opuestos en una nueva civilización del amor. Hoy, nuestra sociedad vive heridas semejantes: división, desesperanza, abuso, confusión espiritual y vacío interior. Así como entonces, **Dios puede volver a sanar al mundo si cada uno se abre a su gracia.** En estas páginas descubrirás cómo María nos enseña a amar auténticamente, a evangelizar con ternura y verdad, y a permitir que el amor divino transforme nuestras familias, comunidades y naciones. Leer este libro es dejar que la luz del Tepeyac vuelva a brillar en tu corazón, para que tú también seas instrumento de unidad, sanación y vida nueva en el mundo. 

Tabla de Contenido

La transformación de la sociedad con la Virgen de Guadalupe	1
 Introducción del libro.....	1
 Recomendaciones para leer este libro	2
Recomendación para leer este libro	2
Relato de las Apariciones.....	5
Nican Mopohua	5

 Oración inicial.....	16
 La disposición de abrir el corazón	16
 Nota del autor	16
Inicio del Libro	17
La oscuridad antes del alba: el dolor de una cultura sin esperanza	17
Dios ve la sed del corazón humano incluso entre las dificultades.....	18
Dos mundos heridos que Dios quiso sanar: el indígena y el español	19
La misericordia de Dios que se inclina hacia sus hijos extraviados.....	20
María de Guadalupe: el amanecer del Amor que ilumina a un continente.....	21
“Juanito, el más pequeño de mis hijos”: Dios llama por el nombre	22
María, la Madre que busca al que huye y se siente indigno	23
La ternura que evangeliza más que mil palabras	24
El rostro mestizo de María: reconciliación entre pueblos	25
En Juan Diego se encontró el Cielo y la Tierra	26
Cristo, el único Redentor.....	27
María enseña a ofrecer amor en lugar de sangre	28
La flor del corazón unido al cielo: símbolo del amor divino	29
La dignidad restaurada: hijos amados y no esclavos del miedo	30
La belleza como lenguaje del cielo.....	31
El arte guadalupano: evangelizar con amor, armonía y luz	32
El don de la vida: cada persona, una flor preciosa de Dios.....	33
El perdón: semilla de una nueva civilización del amor	34
La esperanza en Dios: de una civilización en caos a una civilización con esperanza en el Cielo ..	35
Los misioneros españoles: cooperadores en el plan divino.....	36
El método de Dios: evangelizar con amor, no con imposición	37
María, la gran evangelizadora del Nuevo Mundo.....	38
La Tilma como catecismo visual del Cielo	40
La conversión de millones: fruto del amor materno de Dios.....	41
La fe que florece: un continente que abraza la Cruz con amor	42
Sanar las heridas del pasado con la mirada en Dios por medio de María	43
Liberarse de la culpa y confiar en la misericordia de Dios	44
El perdón a los antepasados y a quienes me han hecho daño: liberarme perdonándome también a mí mismo	45
La humildad que abre el alma a la gracia.....	46

El gozo de saberse amado por el Creador.....	47
Cómo María enseña a cada alma a comenzar de nuevo.....	48
La familia: santuario de vida, ternura y fe	50
María de Guadalupe nos da el camino para la sanación y el amor en los Matrimonios	51
La verdadera educación se consigue unido a Dios.....	52
El trabajo como oportunidad de amar	53
El amor y la compasión de María	55
La comunidad cristiana: imagen de la comunión divina	56
El demonio y su intento de dar una cultura de muerte	57
Los engaños modernos que destruyen la confianza en Dios	58
Cómo María destrona a los ídolos.....	60
La Eucaristía: el corazón que late por la vida del mundo.....	61
La oración perseverante: el corazón unido al Cielo	62
La victoria del Amor sobre la desesperanza y el odio.....	64
Retos modernos del mundo: sanar las heridas del corazón y aprender a amar unido a Dios.....	65
Las idolatrías modernas y cómo María nos ayuda a salir de ellas al decidir amar auténticamente	66
De la mentira mediática a la verdad revelada	68
De la desesperanza a la confianza en la Providencia	69
De la división y el miedo a la unidad en Cristo.....	71
María de Guadalupe, Madre de la Civilización del Amor	72
El llamado final: ser portadores de luz, esperanza y vida nueva	73
 Conclusiones del libro.....	75
 Recomendaciones para vivir el mensaje	75
 Aplicaciones prácticas para poner en práctica hoy	75
 Invitación a amar.....	75
Conocimientos adicionales que conviene tener para poder ser santo	76
Todo es por la gracia de Dios y Él es infinitamente generoso.....	76
La oscuridad antes del amanecer: el sufrimiento de un pueblo que necesitaba esperanza	77
Dios puede transformar nuevamente la cultura del mundo —si dejamos que su Amor actúe en nosotros	79
La hermosa creatividad de Dios al evangelizar por medio de la Virgen de Guadalupe	80
Cómo nosotros, como laicos o religiosos, podemos aprender de la evangelización que hizo María	82

Dios obra maravillas por medio de María y de los corazones que se dejan guiar por Él.....	84
San Juan Diego: un intercesor entre el Cielo y la Tierra.....	85
Cómo nosotros también podemos ser intercesores.....	86
La situación de los indígenas y los misioneros: un espejo del mundo católico actual.....	88
La transformación de una sociedad comienza con el “sí” de cada corazón.....	90
RECURSOS ADICIONALES PARA LA GUERRA ESPIRITUAL	91
MÁS SOBRE “Amor Guadalupano”	91
APOSTOLADOS INTERESANTES PARA CONOCER A DIOS	92
15 PROMESAS DE LA VIRGEN MARÍA A QUIENES RECEN EL ROSARIO	93
INDULGENCIA PLENARIA PARA LIBRAR ALMA DEL PURGATORIO	94
CORONILLA DE LA DIVINA MISERICORDIA.....	95
ALGUNOS LIBROS DE REVELACIONES CELESTIALES QUE NOS PERMITEN CONOCER A DIOS	96

Relato de las Apariciones

Nican Mopohua

Aquí se narra, se conjunta, cómo hace poco, de manera portentosa, se apareció la perfecta Virgen Santa María Madre de Dios, nuestra Reina, allá en el Tepeyac, nariz del monte, de renombre Guadalupe.

Primero se dignó dejarse ver de un indito, su nombre Juan Diego; y después se apareció su preciosa y amada Imagen delante del recién electo obispo don fray Juan de Zumárraga.

1. Diez años después de conquistada el agua, el monte, la ciudad de México, cuando ya estaban depuestas las flechas y los escudos, cuando por todas partes había paz en los pueblos, sus aguas y sus montes
2. Así como brotó, ya verdece, ya abre su corola la fe, el conocimiento del Dador de la vida, el verdadero Dios.
3. Entonces, en el año 1531, a los pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un indito, un macehual, un pobre hombre del pueblo,
4. su nombre era Juan Diego, según se dice, vecino de Cuauhtitlán

5. y en las cosas de Dios, en todo pertenecía a Tlatelolco.
6. Era sábado, muy de madrugada, venía en pos de Dios y de sus mandatos.
7. Y al llegar cerca del cerrito, donde se llama Tepeyac, ya relucía el alba en la tierra.
8. Allí escuchó cantar sobre el cerrito, era como el canto de variadas aves preciosas. Al interrumpir sus voces, como que el cerro les respondía. Sobremanera suaves, deleitosos, sus cantos aventajaban a los del coyoltototl y del tzinitzcan y a otras aves preciosas que cantan.
9. Se detuvo Juan Diego, se dijo: “¿Por ventura soy digno, soy merecedor de lo que escucho? ¿Tal vez estoy sólo soñando? ¿Quizá solamente lo veo como entre sueños?
10. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Acaso allá, donde dejaron dicho los ancianos, nuestros antepasados, nuestros abuelos: en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento, acaso en la tierra celestial?”
11. Hacia allá estaba mirando, hacia lo alto del cerrillo, hacia donde sale el sol, hacia allá, de donde procedía el precioso canto celestial.
12. Y cuando cesó de pronto el canto, cuando dejó de escucharse, entonces oyó que le llamaban de arriba del cerrillo, le decían: “Juanito, Juan Dieguito.”
13. Luego se atrevió a ir a donde lo llamaban; ninguna turbación inquietó su corazón ni ninguna cosa lo alteraba, antes bien se sentía alegre y contento por todo extremo, fue a subir al cerrillo para ir a ver de dónde lo llamaban.
14. Y cuando llegó a la cumbre del cerrillo, contempló una noble Doncella que allí estaba de pie,
15. Ella lo llamó para que fuera juntito a Ella.
16. Y cuando llegó frente a Ella, mucho le maravilló cómo sobrepasaba toda admirable perfección y grandeza:
 17. su vestido como el sol resplandecía, así brillaba.
 18. Y las piedras y rocas sobre las que estaba, como que lanzaban rayos
 19. como de jades preciosos, como joyas relucían.
 20. Como resplandores del arco iris en la niebla reverberaba la tierra.
21. Y los mezquites y los nopales y las demás variadas yerbitas que allí se suelen dar, parecían como plumajes de quetzal, como turquesas aparecía su follaje, y su tronco, sus espinas, sus espinitas, relucían como el oro.
22. En su presencia se postró, escuchó su venerable aliento, su venerable palabra, que era sumamente afable, extremadamente noble, como de quien lo atraía y le mostraba amor.
23. Le dijo Ella: **“Escucha, hijo mío, el más pequeño, Juanito, ¿a dónde te diriges?”**
24. Y él le contestó: “Señora mía, Reina mía, Muchachita mía, allá llegaré, a tu venerable casa en México Tlatelolco, a seguir las cosas de Dios que nos dan, que nos enseñan, quienes son las imágenes del Señor, Señor Nuestro, nuestros sacerdotes.”
25. En seguida, así le habla Ella, le descubre su preciosa voluntad;
26. le dice: **“Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño, que yo soy en**

verdad la perfecta siempre Virgen Santa María, que tengo el honor y la dicha de ser Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño de la cercanía y de la inmediación, el Dueño del cielo, el Dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada,

27. en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto,
28. lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal, a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación.
29. Porque, en verdad, yo me honro en ser tu madre compasiva,
30. tuya y de todos los hombres que vivís juntos en esta tierra,
31. y también de todas las demás variadas estirpes de hombres, los que me amen; los que me llamen, los que me busquen, los que confíen en mí.
32. Porque ahí, en verdad, escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores.
33. Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del obispo de México, y le dirás cómo yo te envío, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído.
34. Y ten por seguro que mucho lo agradeceré y lo pagaré,
35. que por ello, en verdad, te enriqueceré, te glorificaré;
36. y mucho de allí merecerás con que yo retribuya tu cansancio, tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envío.
37. Ya escuchaste, hijo mío el menor, mi aliento mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte.”
38. E inmediatamente en su presencia se postró, le dijo: “Señora mía, Niña, ya voy a realizar tu venerable aliento, tu venerable palabra; por ahora te dejo, yo, tu humilde servidor.”

39. Luego vino a bajar para poner en obra su encomienda: vino a encontrar la calzada, viene derecho a México.

40. Cuando llegó al interior de la ciudad, luego fue derecho al palacio del obispo, el cual muy recientemente había llegado, el Gobernante Sacerdote; su nombre era don fray Juan de Zumárraga, sacerdote de San Francisco.

41. Y en cuanto llegó, luego hace el intento de verlo, les suplica a los que le sirven, a sus criados, que vayan a decírselo.

42. Después de pasado largo rato vinieron a llamarlo, cuando mandó el señor obispo que entrara.

43. Y en cuanto entró, en seguida ante él se arrodilló, se postró, luego ya le descubre, le comunica el precioso aliento, la preciosa palabra de la Reina del Cielo, su mensaje, y también le dice todo lo que le había maravillado, lo que vio, lo que escuchó.

44. Pero el obispo habiendo escuchado todo su relato, su mensaje, como que no mucho lo tuvo por cierto.

45. El obispo le respondió, le dijo: “Hijo mío, otra vez vendrás, aún con calma te oiré, bien aún desde el principio miraré, consideraré la razón por la que has

venido, lo que es tu voluntad, lo que es tu deseo.”

^{46.} Salió; venía triste porque no se realizó de inmediato su encargo.

^{47.} Luego se volvió, al terminar el día, luego de allá se vino derecho a la cumbre del cerrillo,

^{48.} y llegó delante de Ella, la Reina del Cielo: allí cabalmente donde la primera vez se le apareció, allí lo estaba esperando.

^{49.} Y en cuanto la vio, ante Ella se postró, se arrojó por tierra, le dijo:

^{50.} “Patroncita, Señora, Reina mía, Hija mía la más pequeña, mi Muchachita, ya fui a donde me mandaste a cumplir tu venerable aliento, tu venerable palabra. Aunque difícilmente entré a donde es el lugar del Gobernante Sacerdote, lo vi, ante él expuse tu venerable aliento, tu venerable palabra, como tú me lo mandaste.

^{51.} Me recibió amablemente y con atención escuchó, pero, por lo que me respondió, como que su corazón no lo reconoció, no lo tuvo por cierto.

^{52.} Me dijo: ‘Otra vez vendrás; aún con calma te escucharé, bien aún desde el principio veré por lo que has venido, lo que es tu deseo, lo que es tu voluntad.

^{53.} Bien en ello miraré,” según me respondió; que piensa que tu venerable casa divina que quieres que aquí te hagan, tal vez yo nada más lo invento, o tal vez no viene de tus venerables labios.

^{54.} Por esto, mucho te suplico, Señora mía, Reina mía, Muchachita mía, que a alguno de los estimados nobles, que sea conocido, respetado, honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu venerable aliento, tu venerable palabra para que le crean.

^{55.} Porque en verdad yo soy un hombre del campo, soy la cuerda de los cargadores, en verdad soy parihuela, sólo soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido, llevado a cuestras, no es lugar de mi andar ni de mí detenerme allá a donde me envías, mi Muchachita, mi Hija la más pequeña, Señora, mi Niña.

^{56.} Por favor, dispénsame, afligiré con pena tu rostro, tu corazón; iré a caer en tu enojo, en tu disgusto, Señora Dueña mía.”

^{57.} Le respondió la Perfecta Virgen, digna de honra y veneración:

^{58.} **“Escucha, tú, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quien encargue que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad;**

^{59.} **pero es necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad.**

^{60.} **Y mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo.**

^{61.} **Y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad, para que realice, edifique mi casa sagrada que le pido.**

^{62.} **Y bien, de nuevo dile de qué modo yo, personalmente, la siempre Virgen Santa María, yo, que soy la Madre de Dios, te envío a ti como mi mensajero.”**

^{63.} Juan Diego, por su parte, le respondió, le dijo: “Señora mía, Reina mía, Muchachita mía, que no angustie yo con pena tu rostro, tu corazón; en verdad con todo gusto iré, a poner por obra tu venerable aliento, tu venerable palabra;

de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni tengo por molesto el camino.

64. Iré ya, a cumplir tu voluntad, pero tal vez no seré oído y, si fuere escuchado, quizá no seré creído.

65. Pero en verdad, mañana en la tarde, cuando se meta el sol, vendré a devolver a tu venerable aliento, a tu venerable palabra, lo que me responda el Gobernante Sacerdote.

66. Ya me despido de Ti respetuosamente, Hija mía la más pequeña, mi Muchachita, Señora, Niña mía, descansa otro poquito”.

67. Y luego él se fue a reposar a su casa.

68. Al día siguiente, Domingo, bien todavía en la noche, todo aún estaba oscuro, de allá salió de su casa hacia acá derecho a Tlatelolco, vino a aprender las cosas divinas y a ser contado en lista; luego para ver al Gobernante Sacerdote.

69. Y a eso de las diez fue cuando ya estuvo preparado, así ya había oído Misa y fue contado en la lista, y toda la gente se había ido.

70. Pero él, Juan Diego, luego fue al palacio, la casa del señor Obispo.

71. Y en cuanto llegó, puso todo su empeño para verlo y, con mucha dificultad, otra vez lo vio.

72. A sus pies se arrodilló, lloró, se puso triste al hablarle, al descubrirle el venerable aliento, la venerable palabra, de la Reina del Cielo.

73. Que ojalá fuera creída la embajada, la voluntad de la Perfecta Virgen, de hacerle, de erigirle, su casita sagrada, en donde Ella lo había dicho, en donde Ella la quería.

74. Mas el gobernante Obispo muchísimas cosas le preguntó, le investigó, para poder cerciorarse, dónde la había visto, cómo era Ella. Todo, absolutamente, se lo refirió al Señor Obispo.

75. Y aunque todo, absolutamente, se lo declaró y todo lo que vio, lo que admiró, que aparecía con toda claridad que Ella era la Perfecta Virgen, la Amable, Maravillosa Madre de Nuestro Salvador, Nuestro Señor Jesucristo;

76. sin embargo, no luego se cumplió su deseo.

77. Dijo el Obispo que no sólo por su palabra, su petición se haría, se realizaría lo que él pedía,

78. que era muy necesaria alguna señal para que bien pudiera ser creído cómo a él lo enviaba como mensajero la Reina del Cielo en persona.

79. Tan pronto como lo escuchó Juan Diego, le dijo al Obispo:

80. “Señor Gobernante, considera cuál será la señal que pides, porque luego iré a pedírsela a la Reina del Cielo que me envió.”

81. Y como vio el Obispo que él ratificaba, que en nada vacilaba ni dudaba, luego lo hizo irse.

82. Y en cuanto se va, en seguida el Obispo manda a algunos de los de su casa, en los que tenía absoluta confianza, que lo vayan a seguir, que bien lo observaran a dónde iba, a quién veía, con quién hablaba.

83. Y así se hizo. Y Juan Diego se fue derecho, siguió la calzada.

84. Pero los que lo seguían, donde se abre la barranca, cerca del Tepeyac, en el puente de madera, lo vinieron a perder. Y aunque por todas partes buscaron, en

ninguna parte lo vieron.

^{85.} Y así se volvieron, no sólo porque con ello se fastidiaron grandemente, sino también porque él los disgustó, los hizo enojar.

^{86.} Así le fueron a contar al Señor Obispo, le metieron en la cabeza que no le creyera, le dijeron cómo nomás le contaba mentiras, que sólo inventaba lo que venía a decirle, o que sólo soñaba o imaginaba lo que le decía, lo que le pedía.

^{87.} Y bien así lo determinaron que si otra vez venía, regresaba, allí lo agarrarían, y fuertemente lo castigarían, para que ya no volviera a decir mentiras ni a alborotar a la gente.

^{88.} Entre tanto, Juan Diego estaba con la Santísima Virgen, diciéndole la respuesta que traía del Señor Obispo:

^{89.} la que, oída por la Señora, le dijo:

^{90.} **“Bien está hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al Obispo la señal que te ha pedido;**

^{91.} **con eso te creará y acerca de esto ya no dudará ni de ti sospechará;**

^{92.} **y sábetete, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has prodigado.**

^{93.} **Ea, vete ahora; que mañana aquí te aguardo.”**

^{94.} Y al día siguiente, lunes, cuando Juan Diego debía llevar alguna señal para ser creído, ya no volvió.

^{95.} Porque cuando fue a llegar a su casa, a un tío suyo, de nombre Juan Bernardino, se le había asentado la enfermedad, estaba muy grave.

^{96.} Aun fue a llamar al médico, todavía se ocupó de él, pero ya no era tiempo, pues ya estaba agonizando.

^{97.} Y cuando anocheció, le rogó su tío que cuando aún fuere de madrugada, aún a oscuras, saliera hacia acá, viniera a llamar a Tlatelolco, a alguno de los sacerdotes para que fuera a confesarlo, para que fuera a prepararlo,

^{98.} porque eso ya estaba en su corazón, que en verdad ya era tiempo, que ya entonces moriría, porque ya no se levantaría, ya no se sanaría.

^{99.} Y el martes, cuando todavía estaba muy oscuro, de allá vino a salir, de su casa, Juan Diego, a llamar al sacerdote a Tlatelolco,

^{100.} y cuando se acercó al lado del cerrito, al pie del Tepeyácac, terminación de la sierra, donde sale el camino, hacia donde se pone el sol, en donde antes él había salido, dijo:

^{101.} “Si sigo derecho el camino, no vaya a ser que me vea esta Noble Señora y seguro, como antes, me detendrá para que le lleve la señal al sacerdote que gobierna, como me lo mandó.

^{102.} Que primero nos deje nuestra aflicción; que antes yo llame de prisa al sacerdote religioso al que el pobre de mi tío no hace más que aguardarlo.”

^{103.} En seguida rodeó al cerro, subió por en medio y de allí, atravesando, vino a pasar hacia donde sale el sol; para rápido ir a llegar a México, para que no lo detuviera la Reina del Cielo.

^{104.} Piensa que por donde dio la vuelta no lo podrá ver la que perfectamente a

todas partes está mirando.

^{105.} La vio cómo vino a bajar Ella de la cumbre del cerrito, desde allí lo había estado mirando, de donde antes lo vio.

^{106.} Le vino a salir al encuentro, a un lado del cerro, le vino a atajar los pasos; le dijo:

^{107.} **“Hijo mío el más pequeño ¿qué pasa?, ¿a dónde vas, a dónde te diriges?”**

^{108.} Y él, ¿tal vez un poco se apenó, o quizá se avergonzó?, ¿o tal vez de ello se asustó, se espantó?

^{109.} Ante Ella se postró, la saludó, le dijo:

^{110.} “Mi Jovencita, Hija mía la más pequeña, Niña mía, ojalá que estés contenta:

¿cómo te amaneció? ¿Acaso sientes bien tu amado cuerpecito, Señora mía, Niña mía?”

^{111.} “Con pena angustiaré tu rostro, tu corazón: te hago saber, Muchachita mía, que está muy grave un servidor tuyo, tío mío.

^{112.} Una gran enfermedad se le ha asentado, seguro que pronto va a morir de ella.

^{113.} Y ahora, iré de prisa a tu venerable casa de México, a llamar a alguno de los amados de Nuestro Señor, a uno de nuestros sacerdotes, para que vaya a confesarlo y a dejarlo preparado.

^{114.} Porque en realidad para esto nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte.

^{115.} Mas, si voy a llevarlo a efecto, luego aquí otra vez volveré para ir a llevar tu venerable aliento, tu venerable palabra, Señora, Muchachita mía.

^{116.} Perdóname, todavía tenme un poco de paciencia, porque con ello no te engaño, Hija mía la más pequeña, Niña mía, mañana sin falta vendré a toda prisa.”

^{117.} En cuanto oyó la palabra de Juan Diego, le respondió la compasiva, la Perfecta Virgen:

^{118.} **“Escucha, ponlo en tu corazón, Hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante y aflictiva.**

^{119.} **¿No estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?**

^{120.} **Que ninguna otra cosa te aflija, que no te inquiete; que no te acongoje la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá por ahora, ten por cierto que ya sanó.”**

^{121.} (Y luego en aquel mismo momento sanó su tío, como después se supo).

^{122.} Y Juan Diego, cuando escuchó el venerable aliento, la venerable palabra, de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se tranquilizó, bien con ello se apaciguó su corazón;

^{123.} y le suplicó inmediatamente que lo enviara como mensajero a ver al

gobernante Obispo, a llevarle su señal, de comprobación, para que él le creyera.
124. Y la Reina Celestial luego le mandó que subiera a la cumbre del cerrito, en donde él la había visto antes.

125. Le dijo: **“Sube, tú el más pequeño de mis hijos, a la cumbre del cerrito y allí donde tú me viste y donde te di mi mandato;**

126. allí verás extendidas flores variadas: córtalas, reúnelas, ponlas todas juntas: luego baja en seguida; tráelas aquí, a mi presencia.”

127. Y luego Juan Diego subió al cerrito,

128. y cuando llegó a la cumbre, mucho se maravilló de cuantas flores allí se extendían, tenían abiertas sus corolas, flores las más variadas, bellas y hermosas, como las de Castilla, no siendo aún su tiempo de darse.

129. porque era cuando arreciaba el hielo.

130. Las flores estaban difundiendo un olor suavísimo, eran como perlas preciosas, como llenas de rocío de la noche.

131. En seguida comenzó a cortarlas, todas las juntó, las puso en el hueco de su tilma.

132. Por cierto que en la cumbre del cerrito no se daban ningunas flores, porque es pedregoso, hay abrojos, plantas con espinas, nopaleras, abundancia de mezquites.

133. Y si acaso algunas hierbas pequeñas se solían dar, entonces era el mes de diciembre, todo lo come, lo echa a perder el hielo.

134. Y en seguida vino a bajar, vino a traerle a la Niña Celestial las diferentes flores que había ido a cortar

135. y cuando las vio, con sus venerables manos las tomó;

136. luego las puso de nuevo en el hueco de la tilma de Juan Diego, y le dijo:

137. **“Hijo mío, el más pequeño, estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo;**

138. de mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo y que por ello realice mi querer, mi voluntad;

139. y tú, tú que eres mi mensajero, en ti absolutamente se deposita la confianza.

140. Y mucho te ordeno con rigor que únicamente a solas, en la presencia del Obispo, extiendas tu tilma y le muestres lo que llevas;

141. y le contarás todo puntualmente, le dirás que te mandé que subieras a la cumbre del cerrito a cortar las flores, y cada cosa que viste y admiraste;

142. así tú convencerás en su corazón al que es el Gobernante Sacerdote, así él dispondrá que se haga, se levante, mi casa sagrada que le he pedido.”

143. Y en cuanto le dio su mandato la Celestial Reina, vino a tomar la calzada, viene derecho a México, ya viene contento,

144. ya está calmado su corazón, porque va a salir bien, bien llevará las flores.

145. Mucho viene cuidando lo que está en el hueco de su tilma, no vaya a ser que algo se le caiga.

146. Viene disfrutando del aroma de las diversas flores preciosas.

147. Cuando llegó al palacio del Obispo, lo fueron a encontrar el portero y los demás servidores del Sacerdote gobernante.

148. Él les suplicó que le dijeran que deseaba verlo, pero ninguno de ellos quiso; no querían escucharlo, o tal vez porque aún estaba muy oscuro.

149. O tal vez porque ya lo conocían, que nomás los molestaba, los importunaba.

150. Y ya les habían contado sus compañeros, los que lo fueron a perder de vista cuando lo habían ido a seguir.

151. Durante muchísimo rato estuvo esperando la razón.

152. Y cuando vieron que por muchísimo rato estuvo allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada, por si era llamado. Y como que venía trayendo algo que estaba en el hueco de su tilma; luego pues, se le acercaron para ver qué es lo que traía y satisfacer su corazón.

153. Y cuando vio Juan Diego que de ningún modo podía ocultarles lo que llevaba y que por eso lo molestarían, lo empujarían o tal vez lo golpearían, un poquito les mostró que eran flores.

154. Y cuando vieron que todas eran finas, variadas flores como las de Castilla, y como no era tiempo entonces de que se dieran, mucho se admiraron, de que estaban muy frescas, con sus corolas abiertas, lo bien que olían, preciosas.

155. Y quisieron coger y sacar unas cuantas.

156. Y tres veces sucedió que se atrevieron a tomarlas, pero de ningún modo pudieron hacerlo,

157. porque cuando hacían el intento ya no veían las flores, sino como una pintura o un bordado, o cosidas en la tilma las veían.

158. Inmediatamente fueron a decirle al Gobernante Obispo lo que habían visto,

159. y cómo deseaba verlo el indito que otras veces había venido, y que ya hacía muchísimo rato que estaba allí aguardando el permiso, porque quería verlo.

160. Y el Gobernante Obispo, en cuanto lo escuchó, tuvo ya en su corazón de que aquello era la señal para ser convencido, para que él llevara a cabo la obra que solicitaba el hombrecito.

161. Enseguida ordenó que pasara a verlo.

162. Y habiendo entrado, en su presencia se postró, como ya antes lo había hecho.

163. Y de nuevo le contó todo lo que había visto, lo que había admirado y su mensaje.

164. Le dijo: “Señor mío, Gobernante, en verdad ya hice, ya cumplí según me ordenaste;

165. así fui a decirle a la Señora, mi Ama, la Niña Celestial, Santa María, la Amada Madre de Dios, que tú pedías una señal para poder creerme, para que le hicieras su casita sagrada, allá donde Ella te pedía que la construyeras;

166. y también le dije que yo te había dado mi palabra de venir a traerte alguna señal, alguna prueba de su venerable voluntad, como me lo encargaste.

167. Y Ella escuchó bien tu venerable aliento, tu venerable palabra, y recibió con alegría tu petición de la señal, de la prueba, para que se haga, se cumpla su amable voluntad.

168. Y ahora, cuando era todavía de noche, me mandó para que otra vez viniera a verte;

169. y yo le pedí su señal para ser creído, como me dijo que me la daría, e

inmediatamente lo cumplió.

170. Y me mandó a la cumbre del cerrito en donde antes yo la había visto, para que allí cortara diversas flores como las de Castilla.

171. Y yo las fui a cortar, se las fui a llevar allá abajo;

172. y con sus venerables manos las tomó.

173. Luego, de nuevo, las puso en el hueco de mi tilma.

174. para que te las viniera a traer, para que a ti personalmente te las entregara.

175. Aunque bien yo sabía que no es lugar donde se den flores la cumbre del cerrito, porque sólo es pedregoso, hay abrojos, plantas espinosas, nopales silvestres, mezquites, no por ello dude, no por ello titubeé.

176. Fui a acercarme a la cumbre del cerrito, miré que ya era la Tierra florida.

177. Allí habían brotado variadas flores, como las rosas de Castilla, de lo más fino que hay, llenas de rocío, esplendorosas; así luego las fui a cortar.

178. Y Ella me dijo que de su parte te las diera, y que así yo probaría; para que tú vieras la señal que le pedías para realizar su venerable voluntad,

179. y para que aparezca que es verdad mi palabra, mi mensaje.

180. Aquí las tienes; hazme favor de recibirlas.”

181. Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco estaban las flores.

182. Y al caer al suelo todas las variadas flores como las de Castilla,

183. luego allí en su tilma se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está,

184. en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrada casita en el Tepeyácac, que se llama Guadalupe.

185. Y en cuanto la contempló el Obispo Gobernante y también todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron,

186. se pusieron de pie para verla, se conmovieron, se afligió su corazón, como que se elevó su corazón, su pensamiento.

187. Y el Obispo Gobernante con lágrimas, con tristeza, le suplicó, le pidió perdón por no haber realizado su venerable voluntad, su venerable aliento, su venerable palabra.

188. Y el Obispo se levantó, desató del cuello de donde estaba atada, la vestidura, la tilma de Juan Diego,

189. en la que se apareció, en donde se convirtió en venerable señal la Reina Celestial.

190. Y luego la llevó allá, la fue a colocar en su oratorio.

191. Y todavía allí pasó un día entero Juan Diego en la casa del Obispo, quien hizo que se quedara allí.

192. Y al día siguiente, le dijo: “Anda, vamos a que muestres dónde es la venerable voluntad de la Reina del Cielo que le levante su templo.”

193. De inmediato se dio orden de hacerlo, levantarlo.

194. Y Juan Diego, en cuanto mostró en dónde había mandado la Señora del Cielo que se le levantara su casita sagrada, luego pidió permiso que

195. quería ir a su casa para ir a ver a su tío Juan Bernardino, que estaba muy grave cuando lo dejó, y había ido a llamar a uno de los sacerdotes a Tlatelolco

para que lo confesara y lo dispusiera, de quien la Reina del Cielo le había dicho que ya estaba sanado.

^{196.} Pero no lo dejaron ir solo, sino que lo acompañaron a su casa.

^{197.} Y cuando llegaron vieron a su venerable tío que estaba sano, absolutamente nada le dolía.

^{198.} Y él, por su parte, mucho se admiró de la forma en que su sobrino era acompañado y muy honrado;

^{199.} le preguntó a su sobrino por qué así sucedía, el que mucho le honraran;

^{200.} y él le dijo que cuando lo dejó para ir a llamarle un sacerdote para que lo confesara, lo dispusiera, allá en el Tepeyácac se le apareció la Señora del Cielo.

^{201.} Y lo envió a México a ver al Gobernante Obispo, para que allí le edificara su casa en el Tepeyácac.

^{202.} Y que Ella le dijo que no se afligiera, porque ya su tío estaba curado, y con esto mucho se tranquilizó su corazón.

^{203.} Su tío le dijo que era verdad, que en aquel preciso momento Ella lo sanó,

^{204.} y que la contempló exactamente en la misma forma como se le había aparecido a su sobrino.

^{205.} Y le dijo cómo a él también lo había enviado a México para que viera al Obispo;

^{206.} y que también, cuando fuera a verlo, todo absolutamente se lo manifestara, le dijera lo que había contemplado

^{207.} y la manera maravillosa en que lo había sanado,

^{208.} y que bien así se le llamara, bien así se le nombrara: LA PERFECTA VIRGEN SANTA MARÍA DE GUADALUPE, su Amada Imagen.

^{209.} Y en seguida llevaron a Juan Bernardino a la presencia del Gobernante Obispo, para que viniera a hablarle, delante de él diera testimonio.

^{210.} Y junto con su sobrino Juan Diego, el Obispo los hospedó en su casa unos cuantos días,

^{211.} mientras que se levantó la casita sagrada de la Niña Reina allá en el Tepeyácac, donde se le mostró a Juan Diego.

^{212.} Y después de que el Señor Obispo la tuvo algún tiempo, trasladó a la Iglesia Mayor la preciosa reverenciada Imagen de la amada Niña Celestial.

^{213.} La vino a sacar de su palacio, de su oratorio en donde estaba, para que todos la vieran, se admiraran de su preciosa Imagen.

^{214.} Y absolutamente todos, toda la ciudad, sin faltar nadie, se estremecieron cuando fueron a contemplar, a admirar su preciosa Imagen.

^{215.} Venían a conocerla como algo divino.

^{216.} Venían a presentarle sus plegarias.

^{217.} Mucho se admiraban en qué milagrosa manera se había aparecido

^{218.} puesto que absolutamente ningún hombre de la tierra pintó su amada Imagen.

Oración inicial

Madre Santísima de Guadalupe,
tú que trajiste el cielo a la tierra y el amor de Dios a un pueblo herido,
abre también hoy mi corazón.
Enséñame a mirar con tus ojos llenos de ternura,
a confiar en medio de las pruebas,
y a decir con alegría mi “sí” al plan de Dios.

Haz que, al leer este libro,
mi alma se llene de esperanza,
mi mente se ilumine con la verdad,
y mi corazón aprenda a amar como Jesús ama.
Tómame de la mano, Madre,
y llévame al encuentro con tu Hijo,
para que yo también pueda ser luz, esperanza y vida nueva para los demás.
Amén.

La disposición de abrir el corazón

Abrir el corazón es dejar que Dios entre donde antes solo había miedo o cansancio. Es permitirle al Espíritu Santo que sane las heridas más profundas, que quite las mentiras que hemos creído, y que potencialice la capacidad de amar. María de Guadalupe nos enseña que abrir el corazón **no es debilidad, sino fortaleza espiritual**. Ella se abrió totalmente a Dios, y por eso Él pudo obrar maravillas en su vida.

Cuando una persona abre su corazón, el cielo se refleja en él. Y desde ese corazón renovado, Dios puede transformar familias, sanar matrimonios y encender nuevamente la fe en comunidades enteras.

Nota del autor

Querido lector, escribí estas páginas con profunda gratitud y conmovido por el amor que Dios derramó a través de su Madre en el Tepeyac. A lo largo de la historia, el mensaje de Guadalupe ha sido un faro para quienes buscan esperanza y consuelo.

He visto cómo María transforma corazones, sana heridas y guía a las almas hacia Jesús. Mi deseo es que este libro te acompañe como un **camino de encuentro**

personal con Dios, que sientas su ternura en cada palabra y descubras que tú también formas parte del gran proyecto divino: **construir una civilización del amor**.

Con afecto en Cristo y María,

Juan Diego Lara

Inicio del Libro

La oscuridad antes del alba: el dolor de una cultura sin esperanza

Antes de que amaneciera la nueva luz de Dios por medio de la Virgen de Guadalupe, el corazón del pueblo indígena vivía una profunda noche. Aquella oscuridad no era solo del cielo cubierto por el humo de los templos caídos, sino del alma herida de un pueblo que había perdido la esperanza. Las guerras de conquista habían dejado campos vacíos, aldeas destruidas y corazones rotos. Las epidemias arrasaban con familias enteras; la muerte rondaba en cada esquina, y muchos creían que el fin del mundo había llegado. Incluso heridas de todos los sacrificios humanos y tiranías pasadas seguían doliendo. Sentían que los dioses los habían abandonado y que su historia se apagaba para siempre.

El silencio de los templos donde antes se ofrecían sacrificios era el eco de una angustia más grande: ya no sabían a quién dirigirse, ni qué camino seguir. Habían creído que, al dejar de ofrecer corazones humanos, el mundo se acabara, y esa idea les llenaba de miedo. Vivían entre ruinas materiales y espirituales, confundidos entre los rezos antiguos y las nuevas voces de los conquistadores. Cada día era una batalla interior entre la vida y la desesperanza, entre lo que conocían y lo que no entendían aún.

En medio de esa noche, el alma de la gente lloraba sin palabras. Los niños quedaban confundidos, los ancianos morían sin consuelo, y los sobrevivientes se

preguntaban si aún valía la pena vivir. El dolor era tan grande que incluso los más fuertes sentían que todo había terminado. Las tradiciones se quebraban, y con ellos también los sueños de una generación. La esperanza, como una pequeña llama, parecía extinguirse bajo el viento frío del miedo y la derrota.

Pero en el lenguaje de Dios, toda oscuridad prepara el camino para la luz. Aun cuando parecía que todo estaba perdido, el Cielo se preparaba para hablar. En medio de la desesperanza, Dios ya había trazado su plan de ternura. No iba a hablar con truenos ni con fuego, sino con la voz más dulce del cielo: la de su Madre. La aurora de un nuevo tiempo estaba por nacer. Y en la colina del Tepeyac, la noche de dolor estaba a punto de transformarse en un amanecer de amor y esperanza.

Dios ve la sed del corazón humano incluso entre las dificultades

En medio del sufrimiento, cuando la historia parecía sumergirse en la confusión y el desconsuelo, Dios seguía mirando con ternura el corazón de cada ser humano. Él veía la sed escondida detrás de las lágrimas, el anhelo silencioso de amor y sentido en aquellos que habían sido heridos por la injusticia y la dureza de los hombres. La sociedad estaba marcada por el dolor: muchos vivían oprimidos, abusados, despojados de su dignidad por muchas generaciones. Aun así, el Padre del Cielo no se desentendía. En el secreto de cada alma veía ese grito interior que decía: “Dios, ¿dónde estás?”.

Había confusión en el corazón del pueblo. Muchos tenían una imagen distorsionada de Dios; lo veían lejano, severo o indiferente. Las falsas percepciones habían herido profundamente el alma de la gente. Algunos creían que Dios solo se manifestaba con castigo o exigencia, otros que había que ofrecerle sufrimientos inhumanos para ser escuchados. Esa visión oscura impedía que muchos se acercaran con confianza y amor al Creador. Pero el verdadero Dios no busca sacrificios crueles, sino corazones abiertos; no desea temor, sino confianza; no pide esclavos, sino hijos amados.

Dios, que conoce cada rincón del alma humana, vio esa herida de cada uno y decidió sanar con ternura. Por eso envió a María, la llena de gracia, llevando en su vientre al mismo Sol que no conoce ocaso. En Ella, Dios se hizo cercano, visible, amable. María vino no para imponer, sino para abrazar; no para condenar, sino para consolar. Al mostrarse con Jesús en su seno, mostró al mundo que Dios no está distante: está vivo, encarnado, tierno, dispuesto a habitar en el corazón de cada persona que lo busque con sinceridad.

Por medio de Ella, Dios reafirmó la verdad que ya había confiado a su Iglesia Católica: que la fe no es una carga, sino un camino de amor; que la doctrina no oprime, sino que ilumina; que seguir a Cristo no significa perder libertad, sino encontrarla en plenitud. María vino a recordarnos que el corazón humano tiene

una sed que solo Dios puede saciar, y que incluso en medio de las dificultades, esa sed es un llamado divino que brota desde dentro.

Así, la Virgen de Guadalupe no solo trajo un mensaje: trajo la certeza de que Dios ha visto nuestra sed y ha venido a saciarla con su amor. En su mirada está el consuelo de los heridos, en su voz la verdad que libera, y en su presencia la ternura que transforma. En Ella, el cielo y la tierra se abrazan, y el corazón humano puede finalmente descansar en la verdad y el amor que siempre ha buscado.

Dos mundos heridos que Dios quiso sanar: el indígena y el español

En el corazón del encuentro entre dos mundos —el indígena y el español— se entrelazaban el dolor, la confusión y la búsqueda de sentido. Ambos pueblos, aunque tan distintos, compartían una misma herida: la necesidad profunda de ser amados y de conocer la verdad de Dios. Detrás de los templos derrumbados y las cruces recién levantadas, había almas heridas que no sabían cómo reconciliar su pasado con el presente. Y allí, en medio del caos y las lágrimas, Dios comenzó su obra de sanación.

El pueblo indígena cargaba una cruz muy pesada. Las guerras, las epidemias y la pérdida de su tradición habían dejado en ellos un vacío enorme. Vivían con la angustia de pensar que el fin del mundo había llegado, pues creían que si los sacrificios humanos se detenían, el mundo se acabaría y la vida desaparecería. Sin embargo, cuando el tiempo siguió su curso y el amanecer volvió a iluminar la tierra sin necesidad de sangre derramada, algunos en su interior comenzaron a despertar: la duda se transformó en pregunta, y la pregunta en un anhelo de verdad. Tal vez, en el silencio posterior a los sacrificios, Dios ya empezaba a hablarles al corazón.

También los españoles llevaban sus propias heridas. Venían pasando abusos por parte de la Primera Audiencia, el primer gobierno español en México, con muchas persecuciones y ambiciones. Muchos habían perdido el sentido espiritual de su fe y, en medio del abuso, olvidaron la ternura del Evangelio. Pero hubo quienes, con sinceridad y amor, buscaron hacer el bien. Uno de ellos fue el Primer Obispo de México, fray Juan de Zumárraga, enviado como defensor de los indígenas. Su misión era protegerlos, guiarlos hacia la fe verdadera y evangelizarlos para que sepan que todo ser humano tiene igual dignidad ante Dios. Sin embargo, su defensa le costó caro: los miembros de la primera Audiencia, que querían mantener la esclavitud, conspiraron para asesinarlo. Fue una época donde la luz y la sombra convivían de forma dolorosa, y donde el amor debía abrirse paso entre la injusticia y el miedo.

Dios, que ve más allá de las apariencias, no quiso condenar a ninguno de los dos pueblos. Ambos eran hijos suyos, ambos necesitaban su misericordia. El indígena necesitaba descubrir que el Dios verdadero no exige sangre humana, sino corazones abiertos; y el español necesitaba poder evangelizar y amar. En ese encuentro de heridas, María de Guadalupe se presentó como el puente divino, la Madre que abraza a los dos y los conduce hacia la unidad.

Su presencia en el Tepeyac fue una respuesta perfecta del Cielo. En Ella, el indígena vio un rostro que le hablaba en su lengua y entendía su dolor; y el español encontró a la Madre de su Señor, que los acompañaba ante las dificultades. En su imagen, los dos mundos dejaron de enfrentarse para reconocerse hermanos bajo el mismo cielo. María no vino a borrar las diferencias, sino a transformarlas en un canto de comunión.

Así, donde había odio, floreció la reconciliación; donde había miedo, nació la esperanza; donde había división, surgió un nuevo pueblo: el pueblo de Dios. En ese milagro de amor, la Virgen de Guadalupe no solo unió dos culturas, sino que curó dos corazones heridos, recordándoles que la verdadera grandeza no está en conquistar, sino en amar y dejarse amar por el Dios que hace nuevas todas las cosas.

La misericordia de Dios que se inclina hacia sus hijos extraviados

Dios nunca deja de mirar con ternura a sus hijos, incluso cuando se alejan, se confunden o se pierden en caminos oscuros. Su amor no se cansa, no se agota, ni se rinde. Él es como un Padre que sale cada día a mirar el horizonte esperando ver regresar al hijo que se marchó. Su misericordia no es un sentimiento pasajero, sino una decisión constante de inclinarse hacia nosotros con compasión, de tocarnos con suavidad incluso cuando nuestra alma tiembla por el miedo o la culpa.

Cuando los pueblos estaban heridos, divididos y confundidos, Dios no los miró desde lejos con reproche, sino que descendió con amor. En medio de la desesperanza, Él no vino con castigos, sino con consuelo. No envió un ejército, sino a nuestra Madre, para mostrarnos que la misericordia es más fuerte que cualquier poder humano. María, llevando en su seno a Jesús, fue el gesto más tierno del Cielo hacia una humanidad que había perdido el rumbo. Ella vino a recordarnos que Dios no abandona nunca a quien se ha extraviado, sino que va en su busca hasta encontrarlo.

La misericordia de Dios se inclina, no para humillarnos, sino para levantarnos. Se inclina para limpiar nuestras lágrimas, para curar las heridas que nosotros mismos no podemos sanar. En su infinita bondad, Él ve más allá de nuestros errores y reconoce el deseo de bien que aún late en lo profundo del corazón. Aunque hayamos fallado mil veces, su mirada sigue llena de amor. También Dios con

amor y su gracia nos da las oportunidades para enmendar los males cometidos. Y cuando el alma se atreve a mirarlo de nuevo, descubre que Él siempre estuvo allí, esperándola pacientemente, como el Padre del hijo pródigo.

En el mensaje de Guadalupe, esta misericordia se hizo visible. Dios, por medio de María, se acercó a quienes se sentían olvidados, rechazados o indignos. A través de su voz maternal, el Cielo habló con dulzura y ternura, sanando el miedo y restaurando la confianza. La Virgen no vino a juzgar, sino a consolar. No vino a señalar errores, sino a abrazar a quienes estaban perdidos. Y en ese abrazo divino, la humanidad entera pudo experimentar la paz del perdón.

Así es el Corazón de nuestro Dios: un corazón que se inclina hacia los caídos, que busca a los que vagan sin rumbo, que abre caminos donde parece no haberlos. Su misericordia es la fuerza más hermosa del universo, porque transforma la tristeza en esperanza y la culpa en reconciliación. Quien se deja tocar por esa misericordia renace. Y cuando el alma se reconoce amada, no puede hacer otra cosa que volver a Dios, confiada, agradecida y feliz de saberse siempre acogida por su Amor eterno.

María de Guadalupe: el amanecer del Amor que ilumina a un continente

Cuando todo parecía perdido, cuando los corazones estaban cansados de llorar y las heridas del alma parecían imposibles de sanar, Dios hizo brillar una nueva aurora. No fue un amanecer común, sino el amanecer del Amor. Y ese amanecer tenía un rostro: el de María de Guadalupe. Con su aparición, el cielo se abrió sobre el continente americano, trayendo no solo consuelo a los afligidos, sino una nueva esperanza para todos los pueblos.

En un momento de profunda oscuridad, cuando la muerte y el miedo dominaban la historia, María vino como la luz suave del alba que disipa las sombras sin herir los ojos. No vino con reproches, sino con ternura. No con amenazas, sino con una voz maternal que decía: *“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”* Esas palabras no solo consolaron a Juan Diego; también tocaron el corazón de millones. Fue como si el mismo Dios pronunciara a través de Ella su promesa, Como dijo Jesús “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia. (Mateo 28, 20)

El Tepeyac se convirtió en el punto donde el cielo besó la tierra. Allí se encontraron dos mundos que habían vivido separados por la desconfianza y la violencia. El indígena encontró una Madre que hablaba su lengua, que entendía su cultura y que lo miraba con respeto y ternura. El español halló en Ella el rostro vivo de la Virgen María, a quien veneraba desde su infancia. En ese encuentro, Dios unió lo que la historia había dividido, y el amor de María se volvió un puente de reconciliación y paz.

Desde entonces, el continente americano comenzó a respirar un aire nuevo. Donde antes había tristeza, brotó alegría. Donde reinaba la muerte, floreció la vida. Y en el centro de ese cambio estaba María, la portadora de Jesús, el Sol que ilumina sin apagar, que calienta sin quemar, que transforma sin destruir. Ella trajo consigo la ternura del cielo y la presentó en el lenguaje más universal: el amor.

María de Guadalupe no solo vino a consolar a un pueblo, sino a despertar a una humanidad entera. Su mensaje sigue vivo porque no es solo histórico, sino eterno: Dios quiere habitar en el corazón de sus hijos. Cada vez que miramos su imagen, recordamos que el Amor de Dios es Eterno, que su luz es más fuerte que cualquier oscuridad y que cada amanecer que Ella inspira nos invita a comenzar de nuevo.

Así nació un continente bajo el manto de una Madre. El Mundo fue conducida al amor, a la fe y a la esperanza. Y aún hoy, siglos después, su voz sigue resonando en el alma de quienes la aman: *“¿No estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?”* Con esas palabras, el amanecer del Amor sigue iluminando el corazón de todas las personas del mundo.

“Juanito, el más pequeño de mis hijos”: Dios llama por el nombre

En la colina del Tepeyac, el cielo se inclinó hacia la tierra con ternura. No con truenos ni relámpagos, sino con una voz suave, maternal, llena de cariño. María pronunció las palabras más dulces que un corazón podía escuchar: *“Juanito, el más pequeño de mis hijos.”* En ese instante, todo cambió. Dios, por medio de su Madre, llamó por su nombre a un hombre sencillo, humilde, temeroso y lleno de dudas. Fue un llamado personal, íntimo, lleno de amor. Y ese llamado sigue resonando en cada uno de nosotros, porque Dios también nos llama por nuestro nombre.

Cuando María pronunció el nombre de Juan Diego, lo hizo con el mismo amor con que una madre acaricia a su hijo dormido. No lo llamó por su título, ni por su condición, ni por su fuerza; lo llamó por lo que realmente era ante los ojos de Dios: su hijo amado. En un mundo donde muchos se sentían olvidados o indignos, esa voz divina recordaba una verdad eterna: nadie es demasiado pequeño para el amor de Dios. Cada alma tiene un nombre en el corazón del Padre, y cada nombre lleva una historia sagrada que solo el amor puede pronunciar con tanta ternura.

Aquellas palabras —“el más pequeño de mis hijos”— no fueron una humillación, sino una revelación. En el Reino de Dios, la pequeñez no es debilidad, sino un gran regalo. Dios se complace en los humildes, en los que confían, en los que aman. María eligió a un hombre sencillo, sin estudios, sin riquezas, sin influencias,

para mostrar al mundo que el poder de Dios no depende de la grandeza humana, sino del amor que habita en el corazón.

Ese llamado también nos alcanza hoy. Dios nos llama en medio de nuestras luchas, de nuestros temores y de nuestras limitaciones. Nos llama por nuestro nombre, no por nuestros logros ni por nuestros errores. Y cuando lo hace, lo pronuncia con amor infinito. A veces lo hace en el silencio del alma, otras veces en el consuelo de una oración o en una palabra que toca el corazón. Siempre con la misma intención: recordarnos que somos suyos, que no estamos solos, que somos amados desde siempre.

Así como Juan Diego escuchó su nombre en el Tepeyac, cada uno de nosotros puede escuchar al Cielo pronunciar el suyo con dulzura. María, la Madre tierna, que dijo: *“Hijo mío, hija mía, el más pequeño”* Y al oír esas palabras, el alma se llena de paz. Porque cuando Dios llama por el nombre, no es para exigir, sino para abrazar; no es para señalar, sino para amar. En esa llamada personal, el corazón encuentra su hogar y el alma descubre que, para Dios, siempre ha sido y será infinitamente amada.

María, la Madre que busca al que huye y se siente indigno

El corazón humano, cuando sufre o se siente indigno, tiende a esconderse. Así lo hizo también Juan Diego aquella mañana. Iba con prisa, con el alma cargada de angustia, buscando un sacerdote para su tío moribundo. El dolor y la urgencia lo llevaron a tomar otro camino, tratando de evitar el lugar donde la Virgen se le había aparecido. Tal vez pensó que no era momento de detenerse, o lo atrasaría. Pero el amor de una Madre no se detiene ante las excusas ni ante los desvíos. Ella fue a su encuentro, lo interceptó en su camino y lo llenó de ternura.

María no lo reprendió. No lo miró con juicio ni con decepción. Lo miró con compasión, con esa mirada que sana y disuelve el miedo. Le habló como una madre que comprende, que ve más allá de las acciones y percibe el corazón dolido detrás de ellas. Con voz suave y dulce, le dijo que su tío ya había sanado. En ese instante, la angustia se fue y dejó lugar para que entrara el amor. María, reflejo perfecto de la misericordia de Dios, mostró que el Cielo no castiga al que se aleja, sino que sale a buscarlo para abrazarlo con amor.

Como el Padre del hijo pródigo, Dios corre al encuentro de quien huye. No espera en el trono, sino que desciende al camino del perdido. En la escena del Tepeyac, María encarna ese abrazo divino: el amor que busca, que no se cansa, que no deja a nadie atrás. Juan Diego se había sentido indigno, pequeño, tal vez hasta culpable por haber evitado el encuentro, pero Dios no lo juzgó. Lo alcanzó en su huida para mostrarle que no había nada que temer. Su misión no dependía de su perfección, sino de elegir amar.

Qué bello es ver en este episodio el rostro verdadero de Dios. No el Dios que espera ser servido, sino el Dios que sale al encuentro; no el Dios del reproche, sino el del consuelo. María es su reflejo más puro. Ella no se cansa de buscar a sus hijos, especialmente a los que se sienten indignos o frágiles. Allí donde uno se esconde por vergüenza, Ella aparece con ternura. Donde hay miedo, Ella siembra confianza. Donde hay culpa, Ella ofrece perdón.

La historia de Juan Diego nos recuerda que huir de Dios no deja más vacíos, porque Él siempre nos ama más de lo que nosotros podemos comprender. María sigue buscándonos cada día, incluso cuando creemos no merecer su mirada. Y cuando nos encuentra, no nos recrimina, sino que nos envuelve en su manto, nos consuela y nos devuelve la alegría. En su corazón maternal, cada hijo perdido vuelve a ser encontrado, y cada alma cansada encuentra descanso. Así actúa Dios: buscando al pecador, no para condenarlo, sino para sanarlo con su infinito Amor. Conviene leer la Parábola del Hijo prodigo para ver lo mucho que se alegra Dios cuando un hijo decide volver a su infinito Amor. (esta parábola puede verla en Lucas 15, 11-32)

La ternura que evangeliza más que mil palabras

El Evangelio no se transmite solo con discursos ni con grandes gestos, sino con el amor que toca el corazón. María de Guadalupe nos enseña que la ternura puede evangelizar más que mil palabras. Su sola presencia, su voz dulce, su mirada compasiva y su actitud maternal transformaron el mundo. No necesitó imponer, ni discutir, ni vencer: amó. Y ese amor abrió los corazones a la verdad de Dios.

Dios no solo quiere que lo conozcamos con la mente, sino que lo amemos con el corazón. Él desea tener una relación afectiva y viva con cada uno de nosotros, donde haya confianza, cercanía y ternura. No es un Dios lejano que observa desde lo alto, sino un Padre que se inclina, un Amigo que escucha, un Esposo del alma que se alegra cuando nos acercamos a Él. Jesús vino a mostrarnos ese rostro amable y accesible de Dios, y María, su Madre, continúa haciéndolo visible con su dulzura infinita.

Mientras vivamos, nunca es tarde para volver a ese Amor. Dios no se cansa de esperarnos. Incluso si hemos pecado o nos hemos alejado, su corazón sigue abierto. Nos llama una y otra vez a regresar a través de los sacramentos, especialmente en la confesión, donde su misericordia nos limpia, nos abraza y nos renueva. Allí, el alma cansada se encuentra con la ternura de un Dios que no reprocha, sino que perdona; que quiere ayudarnos a amar y si hemos caído tiene el deseo de levantarnos.

Aceptar la misericordia de Dios nos lleva a enmendar la justicia amando. No basta con evitar el mal: Dios nos invita a reparar el daño con amor, a sanar lo que hemos herido, a llevar su luz donde antes hubo oscuridad. El perdón verdadero

florece cuando el alma, agradecida, se convierte en instrumento de bien. Amar, después de haber sido perdonado, es una preciosa forma de responder.

Así, la ternura de Dios no solo consuela, también transforma. Nos hace más humanos, más compasivos, más parecidos a Él. Evangelizar con ternura es dejar que esa experiencia de amor toque a otros: con una sonrisa, un gesto amable, una palabra de consuelo o una actitud paciente. Es así como se expande el Reino de Dios: no con fuerza, sino con amor; no con miedo, sino con ternura.

María de Guadalupe fue el rostro visible de esa ternura divina. En su voz, Dios susurró a la humanidad que la salvación no se impone, se ofrece; que la verdad no se grita, se encarna; y que el amor, cuando es verdadero, puede sanar todo corazón herido. En su ejemplo, aprendemos que una sola mirada llena de misericordia puede cambiar una vida entera y abrir el camino a la eternidad.

El rostro mestizo de María: reconciliación entre pueblos

En el Tepeyac, el cielo no solo habló, sino que tomó rostro. Y ese rostro no fue ni europeo ni indígena, sino mestizo: el rostro de una Madre que une lo que estaba dividido. En María de Guadalupe, Dios se reveló como el Dios de todos, el que no hace distinción de razas, linajes ni pueblos. Su imagen fue un acto de amor divino que sanó una herida muy profunda: la vergüenza y el rechazo que pesaban sobre los mestizos, fruto de la violencia y del abuso que marcaron aquellos primeros años de encuentro entre dos mundos.

En aquella sociedad herida, muchos mestizos eran despreciados, vistos como símbolos de una historia manchada por el dolor. Eran niños que cargaban el peso de una culpa que no era suya, rechazados por ambos lados, sin un lugar donde sentirse plenamente amados o reconocidos. Pero Dios, que transforma el dolor en redención, quiso abrazar esa herida desde dentro. Y lo hizo por medio de su Madre. Al mostrarse con rasgos mestizos, María asumió la vergüenza de los rechazados y la transformó en dignidad.

El rostro de María de Guadalupe fue un milagro silencioso de reconciliación. En sus rasgos, Dios abrazó a los pueblos divididos: al indígena que lloraba su duelo y al español que buscaba evangelizar. En Ella, el Cielo mostró que no había vencedores ni vencidos, sino hijos amados. María no vino a tomar partido, sino a tender un puente de amor. Su piel, sus ojos, su sonrisa contenían el mensaje más profundo del Evangelio: que en Cristo todos somos uno, y que la identidad más alta del ser humano es ser hijo de Dios.

El gesto de Dios fue profundamente redentor. Allí donde había vergüenza, Él puso gloria; donde había rechazo, puso acogida; donde había dolor, sembró esperanza. María, al hacerse mestiza, mostró que el amor divino entra en las heridas humanas para transformarlas desde adentro. Asumió el dolor de los despreciados

para decirles: “No estás solo, no eres un error, eres fruto de un amor que puede ser redimido, eres amado por Dios.” En su rostro, los mestizos encontraron su dignidad y el continente entero descubrió que la verdadera belleza está en la unidad de los corazones.

Desde entonces, el rostro mestizo de María sigue siendo una luz para la humanidad. Nos enseña que Dios no huye de las heridas de la historia, sino que las toca con compasión para sanarlas. Que en cada mezcla, en cada diferencia, puede nacer algo nuevo y hermoso. Y que cuando el amor de Dios entra en el dolor, el pasado deja de ser una carga para convertirse en bendición.

Así, la Virgen de Guadalupe no solo reconcilió a dos pueblos: redimió la vergüenza del mestizaje y la elevó a signo de esperanza. Su rostro mestizo es el testimonio eterno de que Dios hace nuevas todas las cosas, y que donde el hombre ve vergüenza, Él ve oportunidad para amar más profundamente. En Ella, la humanidad entera puede reconocerse hermana, amada y reconciliada bajo el mismo manto del Amor divino.

En Juan Diego se encontró el Cielo y la Tierra

En el corazón de Juan Diego se unieron dos realidades que parecían lejanas: el Cielo y la Tierra. A través de su fe sencilla, amor profundo y fidelidad, Dios encontró un alma abierta por donde su Amor pudo fluir con libertad. En él, el Cielo tocó la tierra no con estruendo, sino con humildad; no con grandeza humana, sino con fidelidad y amor. Juan Diego, un hombre pobre y silencioso, se convirtió en el puente donde el amor divino se derramó sobre un pueblo herido.

Cuando una persona ama auténticamente, Dios obra por medio de ella. Así fue con Juan Diego. No era sabio ni poderoso, pero amaba con sinceridad. Su corazón puro fue suficiente para que Dios realizara maravillas. Cada paso que daba hacia la iglesia, cada amanecer en el que caminaba largas horas por los caminos fríos del valle, era una ofrenda de amor. No iba buscando recompensas, iba buscando a Dios. Y ese deseo constante, esa fidelidad silenciosa, abrió una puerta entre el Cielo y la Tierra.

Dios siempre busca corazones así: sencillos, dispuestos, perseverantes. Cuando alguien decide amar de verdad, el amor de Dios pasa por esa persona como un río de gracia. Lo que era ordinario se vuelve sagrado; lo pequeño, grande; lo silencioso, fecundo. Juan Diego no solo fue testigo de un milagro: fue parte viva de él. Su sí permitió que el mensaje de María llegara a todo el mundo, que los corazones desesperados encontraran consuelo, y que el amor de Dios tuviera un rostro visible.

Su ejemplo nos enseña que también nosotros podemos ser ese lugar de encuentro entre el Cielo y la Tierra. No hace falta ser perfectos, solo hace falta

estar abiertos. Cuando nos abrimos a Dios, cuando decidimos amar a pesar del cansancio o del miedo, Dios comienza a actuar en nosotros. Él convierte nuestro corazón en un canal de luz, de consuelo y de esperanza para el mundo herido.

En Juan Diego, Dios nos mostró que la santidad no se mide por la grandeza exterior, sino por la profundidad del amor. Su vida fue una oración viva, una caminata constante hacia Dios, una entrega silenciosa que cambió la historia. Si también nosotros le decimos “sí” a Dios cada día, Él vendrá al mundo a través de nuestra vida. Porque cada corazón que se deja amar y se deja guiar por el Amor, se convierte en un nuevo Tepeyac: un lugar donde el Cielo vuelve a tocar la Tierra. Y así, las personas pueden conocer auténticamente a Dios y elegir amar para salvarse.

Cristo, el único Redentor

En el centro de toda la historia de la humanidad brilla por encima un solo nombre: Jesús. Él es el único Redentor, el Hijo de Dios que se ofreció libremente por amor para salvarnos. No vino a exigir sacrificios humanos, sino a ofrecer el suyo propio para salvarnos. Su entrega en la Cruz fue el acto más puro de amor que el mundo ha conocido: una víctima inocente que cargó con nuestros pecados, no por obligación, sino por ternura infinita. Cristo se ofreció para que podamos elegir salvarnos, para que la humanidad entendiera que Dios quiere amor.

Antes de la llegada del Evangelio, muchos buscaban la armonía con lo divino ofreciendo vidas humanas, creyendo que así podían obtener la paz o el favor de los dioses. Era un deseo sincero, pero confundido. Dios vio esa sed profunda del corazón humano —el anhelo de reconciliación, de equilibrio, de esperanza— y quiso responder de una vez por todas con su propio amor. En la Cruz, Jesús nos mostró que el verdadero camino hacia la plenitud no es arrancar el corazón, sino entregarlo.

Cristo no pidió víctimas, sino corazones dispuestos a amar. Él mismo se hizo víctima por nosotros, para que nosotros aprendiéramos a vivir como hijos y no como esclavos del miedo. Con su sacrificio, rompió el ciclo de la violencia y del pecado, y abrió un camino de misericordia. Cada vez que elegimos amar, perdonar y hacer el bien, participamos de su redención. Cada vez que unimos nuestro sufrimiento al Sufrimiento de Jesús en la Cruz ayudamos en la salvación de otros. Como dijo Jesús en el Diario de Sor Faustina 324: Jesús dijo: “Hay un solo precio con el cual se compran las almas, y éste es el sufrimiento unido a Mi sufrimiento en la Cruz.” Así, nosotros podemos unirnos a Cristo para que otros puedan salvarse.

La Virgen de Guadalupe vino a recordarle esto a un pueblo que había vivido por siglos en el temor de tener que ofrecer corazones para mantener el orden del mundo. María trajo la buena noticia de que el único sacrificio necesario ya se

había cumplido en la Cruz. Con dulzura maternal, invitó a los hombres y mujeres a ofrecer sus corazones, pero no para destruirlos, sino para consagrarlos. Por medio del racimo de Flores cerca de su corazón le transmitió a los indígenas que “Para ser Feliz debemos darle el Corazón a María para que lo entregue a Jesús, en lugar de sacrificarlos como se hacían antes” y la Consagración a María se basa en entregarnos por completo a María para que María nos entregue a Dios.

Ser feliz consiste precisamente en eso: dejar que nuestro corazón, en lugar de ser arrancado por el miedo o el dolor, sea ofrecido por amor. Cuando se lo damos a María, Ella lo purifica, lo embellece y lo presenta a Jesús, el único que puede hacerlo pleno. Así, el sacrificio deja de ser sufrimiento y se convierte en comunión. Cristo, el Redentor, ya pagó el precio de nuestra salvación. Lo que nos pide ahora es simple y hermoso: que amemos como Él nos amó. Porque en el amor, y solo en el amor, se encuentra la verdadera redención.

María enseña a ofrecer amor en lugar de sangre

En el Tepeyac, la Virgen María trajo un mensaje que transformó por completo la manera en que la humanidad se relacionaba con Dios. En una tierra marcada por los sacrificios de sangre, donde los corazones eran ofrecidos en los altares para aplacar el miedo o buscar armonía con el cosmos, María vino a revelar una verdad nueva y liberadora: Dios no quiere sangre, quiere amor. No desea corazones arrancados, sino corazones entregados.

Con ternura infinita, la Madre del cielo habló al corazón de un pueblo herido. No vino a destruir su búsqueda espiritual, sino a purificarla. Donde antes se ofrecía dolor, Ella enseñó a ofrecer amor. Donde antes se temía la ira de los dioses, Ella mostró el rostro de un Dios que es pura misericordia y quiere darnos formas de enmendar la justicia amando. Su voz maternal abrió un nuevo camino: el del ofrecimiento interior, el del sacrificio del amor, el del corazón que se entrega con libertad y confianza.

María no rechazó la profundidad del deseo humano de reconciliación, sino que lo elevó. Mostró que el verdadero sacrificio no se hace con fuego ni con cuchillos, sino con actos de amor, con el perdón, con la compasión, con la entrega cotidiana a Dios y a los demás. En lugar de altares manchados de sangre, propuso construir templos vivos: los corazones que aman. En lugar de ofrendas de muerte, propuso ofrendas de vida. María afirmó la doctrina católica al pedir una Iglesia al Obispo y con ella abrió el camino al bautismo para ser hijos de Dios, a la confesión para reconciliarnos con Dios y la Eucaristía en donde recibimos al mismo Dios y debemos estar en gracia para hacerlo. Además de esto, María afirmó toda la Doctrina Católica, con toda su extensión.

Su enseñanza es, en el fondo, la enseñanza del Evangelio: Jesús, su Hijo, se ofreció una sola vez en la Cruz, y su sacrificio basta para siempre. Él derramó su

sangre para que nosotros ya no tengamos que hacerlo, para que entendamos que el camino hacia el Cielo pasa por el amor, no por el temor. María, como buena Madre, nos invita a vivir en esa nueva lógica del amor redentor: amar en lugar de herir, sanar en lugar de castigar, abrazar en lugar de destruir.

Cuando le entregamos a Ella nuestro corazón, María lo lleva a Jesús. Ella sabe cómo presentarlo, cómo purificarlo, cómo llenarlo de amor verdadero. Su ternura nos enseña la doctrina católica que busca perdonar de corazón y amar con alegría.

Así, el mensaje de Guadalupe se convierte en una escuela de amor. La sangre quedó atrás; ahora al ser introducidos en la verdad podemos amar auténticamente. María nos enseña que el amor, cuando es verdadero, tiene poder de redimir, de unir y de sanar. Y quien aprende a amar como Ella nos enseña, ya vive desde ahora en el Reino de Dios.

La flor del corazón unido al cielo: símbolo del amor divino

En el centro de la imagen de la Virgen de Guadalupe florece un símbolo lleno de belleza y profundidad: una flor de cuatro pétalos que brota justo sobre su vientre, donde Ella lleva al Niño Jesús. Los sabios indígenas reconocieron en ella la flor preciosa, la *Flor Jazmín*, signo del centro del universo, de la máxima Divinidad. María se mostró así como la Madre del Dios verdadero, y esa flor se convirtió en un mensaje eterno.

También había flores triangulares que simbolizaban el corazón humano, que solo florece cuando está unido al Cielo. En la cosmovisión antigua, la flor triangular simbolizaba el corazón. Al verla brotar en el manto de María, los pueblos comprendieron que el corazón del ser humano debía estar enraizado en Dios para vivir en plenitud. La flor no crece por sí sola: necesita tierra fértil, luz y agua. Así también el alma necesita estar unida al amor divino para dar fruto. Cuando el corazón se desconecta del Cielo, se marchita; pero cuando se mantiene unido a Dios, florece con belleza, paz y abundante vida.

El manto de María, que simboliza el Cielo, sostiene esa flor. Es un signo precioso de cómo Dios mismo sostiene con ternura el corazón de sus hijos. Él nos sustenta, nos ama, nos cuida con amor paciente y nos alimenta con su gracia. La flor no se aferra por esfuerzo propio, sino que se mantiene viva porque está unida a una fuente que la nutre. Así también el corazón humano: no puede dar amor si no se deja sostener por el Amor que lo creó.

María nos enseña que la verdadera fecundidad nace de esa unión profunda con Dios. No se trata de hacer mucho, sino de amar mucho. Un corazón enraizado en el Cielo se convierte en fuente de vida para los demás. Irradia bondad, consuela, perdona y lleva paz. Es un corazón que ama sin medida porque se sabe amado

por Dios.

La flor del Tepeyac nos recuerda que estamos llamados a vivir esa unión. No basta creer en Dios; es necesario amarlo, confiar en Él y dejar que su presencia sea la raíz de todo lo que somos. Cuando nuestro corazón se une al Cielo, la vida se vuelve luminosa, incluso en medio del dolor. Dios sostiene cada pétalo con cariño, y en esa unión, la tierra y el cielo se abrazan.

Así, la flor del corazón unido al Cielo no es solo un símbolo: es una invitación. Nos recuerda que fuimos creados para amar y ser amados, para florecer en la luz de Dios. Si nuestro corazón se enraíza en su Amor, ninguna tormenta podrá arrancarlo. Y entonces, como María, podremos ser también un jardín donde el Cielo sigue dando vida a la Tierra.

La dignidad restaurada: hijos amados y no esclavos del miedo

En el mensaje de la Virgen de Guadalupe, Dios devolvió a la humanidad su verdadera identidad. Donde había temor, sembró confianza; donde había esclavitud, proclamó libertad; donde el ser humano se veía pequeño e indigno, Dios le recordó que es hijo amado. La dignidad no se gana con méritos ni se pierde con errores: es un regalo que brota del amor de Dios. Y en el Tepeyac, María vino precisamente a restaurar esa verdad en los corazones heridos por el miedo y la opresión.

Durante mucho tiempo, los pueblos habían vivido bajo el peso del temor. Los indígenas, con su profunda religiosidad distorcionada, creían que el mundo dependía de sacrificios humanos para subsistir. El miedo a la destrucción del cosmos los había esclavizado, convirtiendo su fe en angustia. Los Misioneros Españoles, por otro lado, también estaban atados a muchas dificultades—como la persecución y los abusos de la primera audiencia—, y eso les costó mucho. Dios no quiere que vivamos en el miedo, sino en el amor. Por eso envió a María, la Madre que con su ternura disuelve toda esclavitud interior.

Cuando María se presentó a Juan Diego, no habló desde el reproche, sino desde el amor. Lo llamó *“Escucha, tú, el más pequeño de mis hijos”*, y con esas palabras restauró su dignidad. Le mostró que Dios no ve con los ojos del mundo, sino con el corazón. En esa mirada materna, el indígena humillado descubrió su valor, y el corazón del hombre se elevó nuevamente hacia el Cielo. La Virgen no solo trajo consuelo: trajo la certeza de que somos amados, no por lo que hacemos, sino por lo que somos ante Dios.

Esa es la gran enseñanza de Guadalupe: no somos esclavos del miedo, sino hijos libres del Amor. Dios no quiere que le temamos como a un juez, sino que lo amemos como a un Padre. La verdadera relación con Él no nace del temor a ser castigados, sino de la alegría de sabernos amados. Cuando el alma comprende

esto, se transforma. Ya no vive encadenada al pasado, a la culpa o a la inseguridad, sino que camina con paso firme, sabiendo que su Creador la sostiene con cariño.

María, la Madre del Amor, nos recuerda cada día: “¿acaso no estoy yo aquí que soy tu Madre?” En esas palabras está contenida toda la restauración de la dignidad humana. Nos invitan a vivir desde la confianza, no desde el miedo; desde la gratitud, no desde la culpa; desde el amor, no desde la servidumbre.

Así, el mensaje de Guadalupe sigue vigente: Dios no nos creó para vivir oprimidos, sino para florecer en libertad. Cada vez que creemos en su amor, recuperamos nuestra verdadera identidad. Somos hijos; amados, no condenados; bendecidos, no olvidados. Y cuando vivimos desde esa óptica, el mundo mismo empieza a sanar, porque donde hay amor, el miedo ya no tiene poder.

La belleza como lenguaje del cielo

Para los antiguos pueblos de Anáhuac, la belleza era el camino hacia la verdad. Ellos decían que *“en las flores y los cantos simbolizan la verdad”*, porque lo bello era signo de lo divino, reflejo de la armonía del cielo. Cuando algo es bello nos permite conocer a Dios. Por eso, el mensaje de la Virgen de Guadalupe no fue solo palabras, sino un poema celestial lleno de color, forma y luz. En Ella, la belleza se hizo lenguaje, y por medio de su imagen, Dios habló al corazón de todo un pueblo.

Cuando María colocó las flores en la tilma de Juan Diego, estaba comunicando un misterio profundo. Las flores no fueron elegidas al azar; eran signos de la verdad. Brotaban en un lugar árido, fuera de tiempo, y en su fragancia se escondía el mensaje del cielo: la vida florece donde Dios pasa. Los indígenas, al ver aquellas flores, comprendieron que algo divino había sucedido. La Virgen no necesitó grandes discursos: su gesto fue suficiente. Con ternura, acomodó las flores en el manto de Juan Diego, y en ese acto maternal estaba revelando lo que María hace en cada alma: coloca su la verdad en nuestro corazón, coloca a su Hijo Jesús que es La Verdad.

La tilma, en la cultura indígena, era una extensión del cuerpo. Al colocar las flores en la tilma de Juan Diego, María nos estaba “introduciendo en la Verdad. La tilma es una extensión de nuestro cuerpo, y las flores, en la Verdad divina que Dios planta en nosotros. María no vino solo a dar un mensaje, sino a transformar al mensajero. Le enseñó a Juan Diego —y a todos nosotros— que cuando acogemos el amor de Dios, Ella acomoda la Verdad dentro de nuestro ser, para que podamos amar auténticamente.

Dios es Belleza. No solo posee belleza, **Él es la fuente misma de toda hermosura**. En su creación, en la armonía del universo, en cada acto de amor,

resplandece su presencia. Cuando nos abrimos a Él, comenzamos a percibir la vida con otros ojos: vemos la luz en lo pequeño, la gracia en lo cotidiano, la bondad en lo que antes pasaba inadvertido. La belleza, entonces, deja de ser solo un deleite de los sentidos para convertirse en un puente hacia lo divino.

María nos enseña a contemplar esa belleza con ojos puros. Su imagen, llena de símbolos, colores y equilibrio, es un espejo de Dios. Ella nos recuerda que la fe no solo se comprende, también se contempla; no solo se predica, también se muestra. En su rostro mestizo, en sus flores bellas, en su ternura serena, la Virgen nos invita a descubrir que el Cielo tiene su propio lenguaje, y ese lenguaje es la belleza.

Cuando dejo que Dios habite en mí, su luz embellece mi interior. Su amor ordena, limpia, da forma y armonía a mi vida. Así, poco a poco, empiezo a reflejar la belleza del Creador. Y entonces, como Juan Diego con su tilma, puedo también mostrar al mundo un poco del rostro de Dios, que no se impone, sino que encanta; que no obliga, sino que atrae; que no domina, sino que embellece todo lo que toca.

El arte guadalupano: evangelizar con amor, armonía y luz

La Virgen de Guadalupe no vino con un largo sermón, sino con una imagen llena de amor, armonía y luz. En su aparición, el Cielo se hizo arte. Dios eligió hablar a través de la belleza para tocar los corazones, y el lienzo fue la tilma de un humilde mensajero. Así comenzó una evangelización muy tierna: una catequesis pintada por el mismo Amor divino.

Cada detalle de la imagen guadalupana está lleno de significado y ternura. Nada es casual. Los colores, las formas, los símbolos, la posición de las manos y los ojos... todo fue cuidadosamente dispuesto para hablar en el lenguaje del alma. En una época marcada por la violencia y la imposición, Dios eligió evangelizar con delicadeza, con el lenguaje universal de la belleza. La Virgen no trajo imposiciones, sino una imagen que comunica paz. Su sola presencia derrama luz, invita al silencio y despierta el deseo de amar.

El arte guadalupano es un acto de amor. Es la manifestación visible de un Dios que no busca dominar, sino enamorar. A través de María, el Cielo se inclinó hacia la Tierra con dulzura. Su imagen une lo que estaba separado: la fe y la cultura, la razón y la emoción, lo espiritual y lo humano. Es una sinfonía perfecta donde cada elemento irradia armonía. El rostro mestizo de María, su vestido con flores, el manto estrellado y la luz que la envuelve expresan que la fe cristiana no destruye lo humano, sino que lo eleva y potencializa el amor.

Evangelizar con amor, como lo hizo María, significa iluminar sin herir, atraer sin forzar, mostrar sin imponer. El arte guadalupano nos enseña que la verdadera

evangelización no se basa en el miedo, sino en comunicar la belleza del Amor. Cuando un corazón contempla la imagen de la Virgen con sinceridad, algo en su interior se ordena. La luz de María penetra suavemente, purifica las sombras y despierta la esperanza.

La armonía de su imagen refleja la armonía del Reino de Dios. En Ella, todo está en equilibrio: la humildad y la majestad, la maternidad y la realeza, la sencillez y la gloria. Esta armonía no solo se percibe, se vive. Es la paz que el alma experimenta cuando se encuentra con la verdad. Por eso, el arte guadalupano sigue siendo una escuela de evangelización: enseña que la fe auténtica se comunica no solo con palabras, sino con gestos, belleza y ternura.

Cada vez que contemplamos su imagen con amor, María continúa evangelizando. Nos enseña que ser luz no significa brillar más que los demás, sino reflejar al Sol que llevamos dentro: Cristo. Nos recuerda que la armonía es fruto del amor y que el amor es la forma más alta de arte. El arte guadalupano no solo es agradable en apariencia, sino que nos permite conocer el cielo: la belleza y misericordia de Dios manifestada en el rostro sereno de su Madre.

El don de la vida: cada persona, una flor preciosa de Dios

En el mensaje de la Virgen de Guadalupe, la vida fue proclamada como un don sagrado, un regalo del amor de Dios. Nada en la creación es fruto del azar: cada persona es una flor preciosa, única e irrepetible, que brota del corazón del Creador. Dios no repite sus obras; cada alma es una melodía distinta, una expresión nueva de su Belleza infinita. Por eso, la vida conviene ver su origen: viene de Dios, y todo lo que viene de Él es bueno, bello y verdadero.

Cuando María se apareció en el Tepeyac, rodeada de flores que florecían fuera de tiempo, quiso recordarle al mundo que la vida es siempre un milagro. En medio de una cultura marcada por la muerte, donde se sacrificaban vidas humanas con la esperanza de obtener favor de los dioses, Ella trajo un mensaje de esperanza: el Dios verdadero no pide sangre, sino que da vida. Las flores que puso en la tilma de Juan Diego eran su lenguaje de amor, una proclamación silenciosa de que Ella quiere introducir la verdad en cada corazón. Las apariciones fueron un recordatorio de que cada vida, aún la más pequeña o despreciada, es valiosa ante los ojos del Cielo como afirma la doctrina católica.

Cada persona es una flor preciosa en el jardín de Dios. No existen flores sin valor, ni vidas sin sentido. Algunas florecen en la luz, otras entre espinas; algunas son perfumadas y visibles, otras ocultas y silenciosas, pero todas son amadas. Dios cuida cada una con ternura, las riega con su gracia y las ilumina con su sol. Cuando aprendemos a vernos y a ver a los demás con esa mirada divina, el corazón cambia. En lugar de juzgar, admiramos; en lugar de comparar, agradecemos; en lugar de despreciar, amamos.

María nos enseña a cuidar ese don. Ella, que llevó en su seno al Autor de la Vida, sabe el valor de cada existencia. Nos invita a mirar con reverencia todo lo que vive, a defender la vida desde su inicio en la concepción hasta la muerte natural, a protegerla con amor y compasión. Amar la vida es honrar a Dios, porque Él es su fuente. Cuando respetamos la vida, especialmente la más frágil, estamos amando.

En el Corazón de Dios no hay vidas olvidadas. Cada alma tiene un lugar en su jardín eterno. Algunas pueden haberse marchitado por el dolor o el pecado, pero incluso esas flores pueden revivir si se exponen de nuevo a la luz del Amor divino. Dios no arranca lo que está débil: lo sana, lo fortalece y lo hace florecer otra vez.

Así como las flores del Tepeyac fueron un testimonio eterno, también nuestra vida está llamada a florecer eternamente si se mantiene unida a Dios. Cuando nos abrimos a su Amor, comprendemos que vivir no es solo existir, sino participar del milagro de su ternura. Cada persona —tú, yo, todos— somos una flor preciosa en las Manos del Creador. Y cuando nuestro corazón se ofrece a María, Ella lo presenta a Jesús, para que Él lo cuide, lo embellezca y lo haga florecer para siempre en el jardín del Amor eterno.

El perdón: semilla de una nueva civilización del amor

El perdón es una de las expresiones más profundas del amor cristiano. Es una gracia que brota del corazón de Dios y que, cuando la acogemos, transforma nuestra vida y la historia. En el mensaje de la Virgen de Guadalupe, el perdón está en el centro del llamado divino: Dios no vino a condenar, sino a reconciliar; no vino a dividir, sino a unir. Donde antes hubo heridas, María sembró ternura. Donde hubo culpa, sembró misericordia. Y en ese terreno nuevo, Dios comenzó a hacer florecer una civilización del amor.

La doctrina católica nos enseña que el perdón no es solo un sentimiento, sino un acto heroico de la voluntad sostenido por la gracia. No se trata de olvidar el daño, sino de entregarlo a Dios para que lo transforme. Al perdonar, no justificamos el mal, sino que rompemos el poder que el mal tiene sobre nosotros. Es un paso valiente, una decisión que libera el alma del peso del rencor y la abre al amor. Solo quien perdona puede volver a amar con libertad.

El perdón nos permite mirar al otro no desde la herida, sino desde la esperanza. Nos abre la posibilidad de una relación renovada, limpia, verdadera. Cuando perdonamos, el corazón se asemeja al de Cristo, que desde la Cruz dijo: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”* (Lucas 23, 34) En ese momento, el amor triunfó sobre el odio, la vida sobre la muerte y la luz sobre las tinieblas. Cada vez que perdonamos, ese mismo milagro se renueva en el mundo: nace un pequeño pedazo del Reino de Dios.

María nos enseña el arte del perdón. Ella, que estuvo al pie de la Cruz viendo a su

Hijo inocente sufrir, no guardó amargura en su corazón. Su respuesta fue amor, su mirada fue compasión. Por eso, su presencia en el Tepeyac fue tan poderosa: porque vino a reconciliar a dos pueblos enfrentados, a unir corazones que se miraban con desconfianza. Su ejemplo nos muestra que el perdón no debilita, sino que fortalece; no humilla, sino que eleva; no borra el pasado, sino que lo redime.

Para sanar, debo perdonar. No hay sanación sin amor, y no hay amor sin perdón. Cada vez que sufrimos por algo que nos hicieron tenemos la oportunidad de amar al unir nuestro sufrimiento al Sufrimiento de Jesús en la Cruz. También el hecho de perdonar es una forma de amar y es una forma de evangelizar al testimoniar con mi vida la preciosa misericordia de Dios.

Aferrarse al resentimiento es como cargar una piedra en el alma; dejarla ir es permitir que Dios la convierta en semilla de algo nuevo. El perdón no nace del esfuerzo humano, sino de la apertura a la gracia: es Dios quien, si se lo pedimos, pone en nuestro corazón la capacidad de perdonar. Por eso, el perdón es un regalo: uno que debemos pedir con humildad y recibir con fe.

Cuando perdonamos, el alma se pacifica, la mente se ilumina y el corazón se hace fecundo. En ese terreno limpio, Dios puede sembrar amor auténtico, amistad verdadera y esperanza duradera. El perdón no solo cambia al que lo recibe: cambia sobre todo al que lo da. Y de esos corazones que se atreven a amar en medio del dolor, nacerá la nueva civilización del amor que María anunció: un mundo donde la misericordia es más fuerte que la venganza, donde la comprensión vence al juicio, y donde el amor de Dios es conocido.

La esperanza en Dios: de una civilización en caos a una civilización con esperanza en el Cielo

En los tiempos de confusión y dolor, cuando la humanidad parece perder su rumbo, Dios siempre vuelve a hablarnos con ternura. Así ocurrió en el Tepeyac. En medio del caos, de las guerras, pestes, del miedo y de la desesperanza, María vino como una aurora de luz a anunciar el camino para amar auténticamente, que el amor de Dios seguía presente y que la historia aún podía ser transformada. Su mensaje fue —y sigue siendo— una invitación a la esperanza: una esperanza que no se apoya en las fuerzas humanas, sino en la fidelidad del Dios eterno.

El mundo en el que se apareció la Virgen de Guadalupe estaba herido. Los pueblos vivían bajo el peso de la violencia, la injusticia y la desconfianza mutua. Pero Dios, en su infinita sabiduría, eligió ese momento oscuro para encender una nueva luz. En María, el Cielo ofreció el remedio: confiar nuevamente en Dios, volver a relacionarse con Él, dejar que su amor sane la historia y el corazón. Solo una civilización que pone su esperanza en Dios puede encontrar la paz verdadera, porque sin Él, el ser humano se pierde en su propio ruido.

La esperanza no es solo una idea, es una virtud que ilumina. Nace cuando el alma vuelve a mirar al Cielo y se sabe acompañada. María nos enseña a vivir así: con el corazón confiado en Dios, conscientes de que todo en esta vida es un camino hacia la eternidad. La relación con Dios nos abre los ojos para ver más allá del instante, para contemplar que esta vida no es el final, sino el comienzo de algo infinitamente bello. Meditar sobre la Vida Eterna nos llena de paz y nos libra del miedo, porque comprendemos que el amor no termina con la muerte, sino que florece en plenitud en el Cielo.

En la imagen de la Virgen de Guadalupe, sobre la luna oscura aparece un ángel que sostiene la túnica y el manto de María. Su rostro es el de un niño, pero su expresión tiene la serenidad de quien posee una sabiduría eterna. El detalle de su calvicie no es casual: representa “la eterna sabiduría de Dios”, joven por siempre, porque en el Cielo no hay envejecimiento ni decadencia, sino eterna juventud en sabiduría y amor. En ese ángel, Dios nos recuerda que la sabiduría celestial no pesa ni envejece, sino que brilla con una frescura que nunca se apaga.

Contemplar este misterio nos llena de esperanza. En el Cielo, todo será plenitud: juventud sin vanidad, sabiduría sin cansancio, belleza sin sombra. María nos invita a vivir ya desde ahora con la mirada puesta en la Vida Eterna con Dios. La esperanza en Dios nos renueva cada día, nos da fuerza para seguir amando, perdonando y construyendo, incluso en medio de las pruebas.

Así, la civilización que antes vivía en caos puede renacer en esperanza. Cuando el alma humana vuelve a mirar al Cielo y reconoce que Dios es su meta, todo se ordena. La esperanza se convierte en el motor de una nueva cultura: una civilización donde la fe inspira, la belleza eleva y el amor de Dios sostiene. María nos recuerda que el futuro no está perdido, porque en Dios todo se renueva. Y si mantenemos el corazón unido al Cielo, un día participaremos de esa Vida Eterna donde Dios nos saciará por completo, y nuestro ser será joven, sabio y luminoso para siempre en su Amor.

Los misioneros españoles: cooperadores en el plan divino

Dios, en su misterioso y amoroso plan, siempre se vale de humanos para llevar su luz al mundo. Así como envió a María al Tepeyac para comunicar ternura, también envió a hombres y mujeres valientes que, impulsados por la fe, dejaron su tierra, su familia y su comodidad para llevar el Evangelio a pueblos lejanos. Los misioneros españoles fueron cooperadores en ese plan divino. Muchos de ellos no buscaron riquezas ni poder, sino almas. Se arriesgaron, viajaron a tierras desconocidas, aprendieron nuevas lenguas y compartieron la vida con culturas que no comprendían del todo, movidos solo por el amor a Cristo y al prójimo.

No fue un camino fácil. Llegaron en un contexto lleno de tensiones, injusticias y abusos cometidos por quienes confundieron la conquista material con la misión

espiritual. La primera Audiencia en México, en su ambición y dureza, causó sufrimiento tanto a los indígenas como a los buenos evangelizadores. Algunos frailes, como fray Juan de Zumárraga, fueron perseguidos y hasta amenazados con un intento de homicidio por defender a los más débiles. En medio de ese ambiente hostil, los verdaderos misioneros brillaron como faros de luz. No todos fueron comprendidos, y muchos fueron rechazados o confundidos con los opresores. Sin embargo, su entrega silenciosa fue un acto heroico de amor a Dios y de servicio a la humanidad.

Es importante recordar que, aunque hubo sombras en ese tiempo, la historia de la evangelización también está llena de santos, mártires y hombres justos que dieron su vida por amor. El demonio siempre intenta manchar la Obra de Dios sembrando confusión, pero el bien que brota del amor de Cristo nunca se apaga. Gracias a esos misioneros, millones conocieron el rostro de Jesús, recibieron los sacramentos y descubrieron que la vida tiene un sentido más alto. Su sacrificio, aunque muchas veces olvidado, fue parte de la redención de un continente entero.

Del mismo modo, hoy la Iglesia sigue enfrentando prejuicios y críticas por los pecados de algunos de sus hijos. Es verdad que ha habido errores y desvíos, pero no se puede juzgar a toda la Iglesia por quienes se apartan de su misión. Dentro de ella siguen viviendo miles de sacerdotes, religiosas y laicos que sirven con fidelidad, amor y humildad, dando su vida por los demás. Ellos son los continuadores de aquellos misioneros del pasado, testigos de la misma luz que no se apaga.

María de Guadalupe, en su infinita ternura, vino también a sanar esas divisiones. Su mensaje no fue de reproche, sino de reconciliación. Ella muestra que, a pesar de las debilidades humanas, Dios sigue actuando. Él puede escribir derecho incluso sobre líneas torcidas, y su amor es más fuerte que los errores de los hombres.

Los misioneros españoles, con sus luces y sombras, formaron parte del plan divino que trajo el Evangelio a América. Y así como ellos fueron llamados a cooperar con el cielo, también nosotros somos invitados hoy a ser instrumentos de amor y esperanza. Si vivimos con fe y sinceridad, Dios también puede obrar maravillas a través de nosotros, aun en medio de un mundo que a veces no comprende ni agradece el bien. Porque el amor auténtico —ese que se entrega sin esperar recompensa— sigue siendo la fuerza que transforma el mundo y hace visible el Reino de Dios.

El método de Dios: evangelizar con amor, no con imposición

Dios tiene un modo perfecto de llegar al corazón del ser humano: **el amor**. Él nunca impone, nunca obliga, nunca aplasta la libertad de sus hijos. Su forma de evangelizar no es con fuerza ni con miedo, sino con ternura. El método de Dios es

el amor que atrae, la paciencia que espera, la luz que convence sin violentar. Así lo mostró en la Encarnación, cuando el Infinito se hizo Pequeño, y así lo repitió en el Tepeyac, cuando el Cielo habló a través de María, la Madre que seduce con dulzura y guía con respeto.

En el mensaje de Guadalupe, Dios nos enseñó que el verdadero camino de la evangelización no pasa por la imposición, sino por la persuasión del amor. María no llegó a los pueblos indígenas con reproches ni con represiones. Se presentó con ternura, hablando en su lengua, con palabras de consuelo y gestos de cariño. Les mostró que el Dios verdadero no venía a destruir, sino a abrazar; no a dominar, sino a elevar. Su amor fue tan fuerte que millones se convirtieron no por miedo, sino por amor.

Evangelizar con amor significa respetar el misterio del otro. Cada alma tiene su ritmo, su historia, sus heridas. Dios lo sabe y por eso espera. Él no fuerza la puerta del corazón: toca con suavidad y deja que cada uno decida abrir. El libre albedrío es un regalo sagrado, y Dios lo respeta. Pero cuando el alma se abre, puede experimentar su amor. Así actúa Dios: no arrastra, inspira; no empuja, invita; no impone, enamora.

María, en su modo maternal, refleja este método divino a la perfección. Su mirada no condena, su palabra no hiera. Ella conquista con amor. Por eso la Virgen de Guadalupe fue capaz de transformar una cultura entera: porque habló con ternura a los corazones cansados. Su lenguaje fue el del consuelo, su presencia fue el puente que unió a Dios con su pueblo.

También nosotros estamos llamados a evangelizar con ese mismo estilo: con respeto, paciencia y amor. Cuando alguien hace el mal, no debemos responder con enojo ni con juicios, sino con diligencia poner límites, tener comprensión y oración. La fuerza del amor es más poderosa que cualquier argumento. Responder con amor no es debilidad, es seguir el ejemplo de Cristo, que venció al mal no con violencia, sino con entrega.

El método de Dios sigue siendo el mismo: atraer con la belleza del amor. Cuando amamos sinceramente, el otro percibe la presencia divina en nosotros. Así se construye una evangelización verdadera: no con palabras vacías, sino con el testimonio de una vida que irradia paz, humildad y alegría.

Dios no se impone, **se propone**. Nos invita a elegirlo libremente, porque solo el amor hecho en gracia tiene valor eterno. Y cuando un corazón responde, el Cielo se alegra. María de Guadalupe nos enseña ese arte divino de evangelizar amando: acercarnos al otro como Dios se acerca a nosotros, con respeto, ternura y paciencia, sabiendo que el amor, tarde o temprano, siempre vence.

María, la gran evangelizadora del Nuevo Mundo

María de Guadalupe es la gran evangelizadora del Nuevo Mundo, la “Estrella de la Evangelización” como decía San Juan Pablo II, que Dios envió para iluminar los corazones y unir los pueblos en un solo amor: Cristo. En Ella, el Cielo y la Tierra se abrazan, y dos mundos que parecían condenados a enfrentarse descubren un camino de reconciliación. Su mensaje fue profundamente humano y cultural. En su imagen y en su nombre, María integró las verdades y las bellezas de ambas civilizaciones —la indígena y la española— bajo la luz del Evangelio, revelando que toda verdad encuentra su plenitud en Cristo.

Los pueblos indígenas, con su profunda espiritualidad, habían buscado a Dios a través de los símbolos de la naturaleza, de la armonía y del sacrificio. Los españoles, por su parte, traían el conocimiento del Dios Encarnado, pero muchas veces lo comunicaban mal. Además de que no era bien recibido por muchos indígenas por los abusos de la Primera audiencia que hacía percibir mal a los Españoles.

María, con la sabiduría maternal que viene del Espíritu Santo, unió esas dos búsquedas en una sola verdad: el Dios que los indígenas anhelaban con el corazón era el mismo Dios que los misioneros anunciaban con la palabra. Ella tomó lo bueno, lo noble y lo bello de los indígenas, y lo elevó hacia Cristo, el centro de toda unidad.

Su propio nombre encierra un mensaje profundo de comunión universal. “María” es un nombre de origen hebreo que significa “Elegida por Dios, la Iluminadora, la más Hermosa”, recordándonos las raíces del pueblo elegido y la promesa cumplida en Jesús. “Guadalupe”, en cambio, es un nombre de origen árabe que significa “Rio de grava negra, rio escondido, aquello que porta y conduce agua. Y Ella porta a Jesús que es El Agua Viva”. En ese encuentro entre lo hebreo y lo árabe —dos pueblos que también habían sido expulsados en la España de aquel entonces— se esconde un signo de unidad y reconciliación: en María, Dios une lo que el mundo separa. Dios da la paz entre pueblos y religiones, la promesa de que en Cristo todos podemos unirnos.

María evangeliza no con discursos, sino con presencia, ternura y belleza. Su rostro mestizo habla sin palabras: es el rostro del amor que abraza todas las razas y culturas. Su manto estrellado cubre el cielo entero, y su túnica con flores simboliza la tierra fecunda. Así, su imagen se convierte en un puente: entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, entre los expulsados de aquel entonces en España que son los hebreos y árabes y la esperanza cristiana, entre el dolor humano y la redención divina. Ella nos muestra que la verdadera evangelización no destruye, sino que transforma; no uniforma, sino que eleva cada cultura hacia su plenitud en Jesús, que es Dios.

Por eso se la llama **la Estrella de la Evangelización**. Como una luz que guía en la noche, María de Guadalupe continúa orientando los corazones hacia Cristo, el Sol que nunca se apaga. Su amor maternal enseña que la evangelización comienza en el corazón, en el respeto al otro, en la capacidad de escuchar,

comprender y amar. En Ella, el mensaje cristiano se hizo cercano, dulce, comprensible para todos.

Hoy, María de Guadalupe sigue siendo modelo para la Iglesia: nos recuerda que evangelizar es iluminar con el amor, unir con humildad y nunca con imposición y sanar con ternura. Bajo su manto, las divisiones se disuelven, los pueblos se reconocen hermanos y los corazones descubren que la verdadera patria es el Amor de Dios. En su nombre resuena la promesa de un mundo nuevo: un “río de luz” que nace del corazón de Dios y que, a través de María, sigue fluyendo hasta el fin de los tiempos.

La Tilma como catecismo visual del Cielo

La imagen de la Virgen de Guadalupe no fue solo un milagro visible, sino también una **catequesis del Cielo**, una enseñanza divina expresada con símbolos que los pueblos indígenas podían comprender. Dios, que habla todos los lenguajes del corazón, eligió comunicarse a través del arte, del color y de los signos, para que su mensaje de amor llegara a todos sin necesidad de palabras. La tilma de Juan Diego se convirtió así en un catecismo vivo, un libro sagrado tejido con luz, donde el Cielo explicó los misterios del Evangelio en el idioma del alma indígena.

Para los antiguos pueblos, los glifos —figuras, colores y formas— eran su manera de escribir ideas y conceptos. No representaban solo objetos, sino podían comunicar realidades espirituales. Cada símbolo tenía un sentido sagrado. Dios, con infinita ternura y sabiduría, utilizó ese mismo lenguaje para evangelizar. La imagen impresa en la tilma estaba llena de **glifos reconocibles para los indígenas**, que comprendieron en silencio un mensaje que las palabras de los españoles no habrían podido expresar con tanta fuerza.

En la tilma, María aparece **rodeada del sol**, símbolo del Dios supremo para los pueblos nahuas. Su rostro sereno, sin embargo, muestra que Ella no es el sol, sino que lo eclipsa: el Sol verdadero, Cristo, está en su vientre. Así, el pueblo entendió que el Dios que buscaban —el dador de vida, la luz del mundo— estaba dentro de Ella. Bajo sus pies está **la luna negra**, lo que indica que María destrona al ídolo de la luna y con su ayuda podemos destronar a los ídolos que hemos construido. En su manto hay **estrellas**, que los sabios reconocieron como el mapa exacto del cielo de ese día, signo de que el Cielo mismo se inclinaba sobre la Tierra.

Su **vestido rosado con flores** no es un adorno: para los indígenas, cada flor tenía significado. La más importante, la **flor de cuatro pétalos** que está sobre su vientre, era el símbolo del *Dios máximo*, el cual consideraban inaccesible. Al ver esa flor en la tilma, comprendieron que dentro del vientre de María está el Dios verdadero, el dador de la vida, y es Jesús que quiere tener una relación conmigo. La Virgen no vino a destruir su cosmovisión, sino a elevarla a la verdad, revelando

que el Creador que ellos intuían ahora se hacía cercano, humano, presente.

La posición de sus **manos juntas y rodilla doblada**, con su rostro en humilde sumisión a Dios fue también un signo. En la cultura indígena, esa postura no es oración. Incluso los colores de su vestimenta hablaban: el azul verdoso de su manto era símbolo de realeza y divinidad. La vestimenta rosada simboliza el mundo.

Este catecismo visual permitió que millones de indígenas comprendieran en poco tiempo lo esencial de la fe cristiana: que hay un solo Dios, que es amor, que se hizo hombre en el vientre de María, que vence la muerte y que quiere habitar en cada corazón. Sin necesidad de traducciones, el Cielo había dado una lección perfecta: la verdad revelada a través de la belleza.

María, con su imagen en la tilma, fue la primera maestra de catequesis del Nuevo Mundo. En Ella, el Cielo y la Tierra se unieron para enseñar que Dios se comunica de mil maneras, y que su amor sabe hablar el lenguaje de cada pueblo, de cada cultura y de cada corazón. Su imagen sigue siendo hoy una escuela viva del Evangelio, una obra de arte divina que invita a la contemplación, al amor y a la fe. En ella, los ojos del alma descubren que **el Cielo no solo se mira: también se entiende y se ama.**

La conversión de millones: fruto del amor materno de Dios

Después de la aparición de la Virgen de Guadalupe, el corazón de un continente entero comenzó a transformarse. Lo que ni la espada, ni las leyes, ni los discursos habían podido lograr, lo consiguió la ternura de una Madre. En pocos años, millones de personas abrazaron la fe cristiana con alegría, y lo hicieron no por obligación, sino por amor. Fue un fruto hermoso del amor materno de Dios, que se manifestó a través de María.

Los misioneros quedaron asombrados: pueblos enteros pedían el bautismo, levantaban iglesias, y buscaban aprender las oraciones y el Evangelio. Aquella conversión masiva no fue una estrategia humana, sino una verdadera obra de Dios. Dios había tocado el corazón de sus hijos con la suavidad del amor maternal. María, con su rostro amoroso y su voz dulce, había conquistado donde las palabras no habían llegado.

Los indígenas comprendieron que el Dios que María les presentaba no pedía sacrificios humanos, sino amor. En lugar de temer a los dioses, comenzaron a confiar en un Padre lleno de misericordia. Ya no se veían como esclavos, sino como hijos. La fe se extendió como un río de esperanza que dio nueva vida a las comunidades. La Virgen de Guadalupe se convirtió en el rostro visible de la ternura divina, y su presencia fue el puente que unió a las almas con Cristo.

Aquella campaña de evangelización, guiada por el Cielo, tuvo frutos preciosos. En menos de una generación, millones de conversiones iluminaron América, y la fe católica floreció en tierras donde antes reinaba la desesperanza. Pero más importante aún fue la conversión interior: los corazones se abrieron al perdón, a la paz y al amor. La gente descubrió que Dios te ama, que vive entre nosotros y que su amor puede sanar todas las heridas.

María sigue siendo hoy la gran misionera del amor. Ella nos enseña que la verdadera evangelización no nace de la fuerza, sino del cariño; no del miedo, sino de la confianza; no de la imposición, sino del testimonio de amor. Cada vez que un corazón se abre a Dios es una alegría inmensa en el Cielo.

Así, la conversión de millones no fue solo un hecho histórico, sino una señal eterna de cómo Dios actúa: con delicadeza, con compasión y con un amor tan fuerte que transforma las culturas y renueva el mundo. Es un vivo testimonio de lo que Dios puede hacer en medio de una sociedad atribulada. Fue, y sigue siendo, una hermosa campaña: la evangelización del Amor.

La fe que florece: un continente que abraza la Cruz con amor

Después del encuentro del Cielo con la Tierra en el Tepeyac, América comenzó a florecer con una fe viva, profunda y llena de esperanza. Aquella flor preciosa no nació en la comodidad, sino en medio del dolor. La conversión del continente fue también una transformación del corazón: pueblos que habían conocido el sufrimiento aprendieron, por medio de María, a empezar a vivir en esperanza en Cristo. Así, bajo el manto de la Virgen de Guadalupe, un continente entero comenzó a **abrazar al Crucificado con amor**.

Dios enseñó que el sufrimiento no es un castigo, sino un misterio que, unido al de Jesús, se convierte en fuente de vida. María misma estuvo al pie de la Cruz, participando silenciosamente del dolor redentor de su Hijo. Por eso, cuando la Iglesia vino a América, trajo esta enseñanza celestial: **todo sufrimiento ofrecido con amor puede salvar almas**.

Jesús mismo le dijo a Santa Faustina:

“Hay un solo precio con el cual se compran las almas, y éste es el sufrimiento unido a Mi sufrimiento en la cruz.” (Diario, 324).

Estas palabras revelan un secreto profundo del corazón de Dios: cuando un alma acepta sus pruebas con amor y las une a la Cruz de Cristo, se abre un canal de gracia que llega a otros. No es un dolor vacío, sino fecundo; no destruye, sino que redime.

Así actúa la fe madura, la fe que florece: no huye del sufrimiento, sino que lo transforma en amor. Cada vez que perdono, que me sacrifico por alguien, que ofrezco mi cruz con confianza, estoy participando del acto más grande de la

historia: la redención. En ese momento, el alma se vuelve colaboradora de Jesús, y su dolor se convierte en oración silenciosa que alcanza corazones lejanos.

Unir mi sufrimiento al de Cristo es un acto heroico, una forma sublime de amar. María lo hizo, los santos lo hicieron, y también nosotros estamos llamados a hacerlo. Cuando un alma se ofrece así, se convierte en puente entre el Cielo y la Tierra; su vida se vuelve un canal por donde fluye la misericordia divina hacia quienes más la necesitan.

El continente americano aprendió, bajo la guía de la Iglesia que fue potencializada por la Virgen de Guadalupe, que el dolor no debe ser temido, sino ofrecido al unirlo al Sufrimiento de Jesús en la Cruz. Que la Cruz no es signo de derrota, sino de victoria. Por eso, los pueblos de América han sabido cantar, llorar y creer al mismo tiempo, llevando su fe en medio de las pruebas como una llama que no se apaga.

Cada lágrima ofrecida, cada prueba soportada con fe, cada acto de amor en el dolor, sigue fecundando la historia. Es la semilla de una nueva vida, la flor que brota del sacrificio. Y cuando esa fe florece, la humanidad entera se renueva, porque a través de cada corazón unido al Sufrimiento de Jesús en la Cruz, **Dios sigue salvando al mundo con amor.**

Sanar las heridas del pasado con la mirada en Dios por medio de María

Todos llevamos heridas del pasado: recuerdos que duelen, palabras que marcaron, pérdidas que nos dejaron vacíos o errores que nos pesan en el alma. A veces esas heridas parecen cerradas, pero en silencio siguen sangrando. Sin embargo, Dios no quiere que vivamos atados al dolor ni esclavos de lo que ya pasó. Él quiere sanarnos, liberarnos y hacernos nuevos. Y para ello, nos ha dado un camino tierno y seguro: **la mirada maternal de María.**

María conoce el sufrimiento humano. Vivió la humillación, el destierro, el temor y la Cruz. Pero nunca perdió la paz, porque su mirada siempre estuvo puesta en Dios. Ella no permitió que el dolor la encerrara en sí misma, sino que lo ofreció con amor. Por eso, cuando nos acercamos a Ella, nuestra alma empieza a sanar. Su presencia calma, su ternura consuela, y su mirada limpia nos enseña a ver el pasado con los ojos del Cielo.

Sanar las heridas del pasado no significa borrar lo vivido, dejar que Dios lo redima. Lo que duele se transforma cuando lo ponemos en Manos de Dios. María nos enseña a mirar hacia atrás sin miedo, a reconocer nuestras heridas y a entregarlas con confianza. Cuando lo hacemos, Dios entra en esa parte herida de nuestra historia y la llena de luz. Lo que antes era motivo de vergüenza o tristeza se

convierte en fuente de sabiduría y compasión.

A través de María, Dios nos invita a mirar con esperanza. Ella quiere que **miremos con amor**: mirar a quienes nos dañaron con misericordia, mirar nuestros errores con humildad, mirar nuestro camino con gratitud. Su manto es como un refugio donde el alma herida puede descansar y aprender a perdonar. Cuando dejamos que María nos abrace, su ternura toca nuestras heridas con el bálsamo de la gracia de Dios.

La sanación comienza cuando amamos a Dios. Si seguimos mirando solo nuestras caídas, perdemos la paz; pero si miramos a Dios, descubrimos que nada está perdido. María nos guía a esa mirada confiada, dulce y luminosa. Ella nos enseña que el pasado no tiene poder sobre quien vive en el amor de Dios. Su Hijo ha vencido todo dolor, incluso el nuestro.

Cuando miro mi historia con los ojos de María, todo cambia. Lo que antes me rompía, ahora me fortalece. Lo que parecía sin sentido, se convierte en un camino de encuentro con Dios. Así, las heridas se vuelven puertas de misericordia, y el alma puede florecer otra vez.

Sanar con la mirada en Dios por medio de María es, en el fondo, **volver a creer en el amor**. Es permitir que la luz del Cielo entre en los rincones más oscuros del corazón y los transforme en esperanza. María, la Madre que nunca juzga, nos toma de la mano y nos lleva hasta Jesús, el único que puede decirle al alma herida: “Levántate, camina, tu fe te ha sanado.”

Liberarse de la culpa y confiar en la misericordia de Dios

Cuántas veces, como Juan Diego, huimos por miedo, por culpa o por alguna prisa. A veces creemos que Dios está decepcionado de nosotros, que no somos dignos de su amor, o que nuestras debilidades lo alejan. Pero el mensaje de la Virgen de Guadalupe nos muestra lo contrario: **Dios no viene a reprocharnos, sino a consolarnos; no a imponer, sino a sanar**. Su amor no se cansa, y su misericordia siempre encuentra el camino para alcanzarnos.

Cuando Juan Diego intentó evitar el encuentro con María, lo hizo porque estaba preocupado por su tío enfermo y quería conseguirle un sacerdote para la unción, es un acto de amor, pero desordenado porque debía ir a traer el Signo que María le daría. En su corazón había buena intención, pero también desorden. Sin embargo, María lo interceptó con ternura. No le reprochó por haber tomado otro camino, no lo avergonzó, no lo hizo sentir culpable. Lo abrazó con palabras de consuelo y esperanza: le aseguró que su tío ya estaba sano, que no debía temer, y que ella estaba allí para cuidarlo. En ese gesto maternal, se revela el corazón de Dios: **un Dios que comprende, que perdona y que restaura con amor**.

La culpa, cuando no se entrega a Dios, se convierte en una cadena que nos ata al pasado. Pero cuando la ponemos en las manos del Señor y nos confesamos bien, se transforma en camino de libertad. Dios ve más allá de nuestras acciones: ve nuestro corazón, nuestras luchas, nuestros deseos de bien. Él quiere que amemos. Cada vez que caemos, nos ofrece su misericordia como punto de partida, no como final.

Confiar en la misericordia de Dios es atreverse a creer que su amor es más grande que nuestro pecado. Es entender que no hay culpa que Él no pueda borrar, ni herida que no pueda sanar. María nos enseña ese camino de confianza: cuando nos sentimos avergonzados o incapaces, nos invita a mirar a su Hijo y a decirle con humildad: “Jesús, en Ti confío.” Y en esa confianza, el alma encuentra paz.

Dios quiere sanarte, perdonarte y transformarte. Él no quiere que vivas cargando culpas, sino que te abras a su gracia. Cada vez que te acercas a la confesión, a la oración o a la Eucaristía, su misericordia te envuelve y te renueva. No importa cuántas veces hayas fallado, lo importante es dejarte amar y comenzar de nuevo.

Así como Juan Diego fue levantado por el consuelo de María, también tú puedes dejar atrás la culpa. No estás solo en el camino: tu Madre te acompaña y te recuerda con dulzura que **el amor de Dios es más fuerte que cualquier error**. En su ternura maternal, la culpa se disuelve, el miedo se apaga, y el alma vuelve a florecer. Cuando confías en su misericordia, te liberas del peso del pasado y te abres a la alegría de ser amado por un Dios que siempre te espera con los brazos abiertos.

El perdón a los antepasados y a quienes me han hecho daño: liberarme perdonándome también a mí mismo

El alma humana solo puede ser verdaderamente libre cuando aprende a perdonar. El perdón no borra la historia, pero la redime; no cambia el pasado, pero cambia la mirada con la que lo recordamos. En el mensaje de la Virgen de Guadalupe, Dios nos invita a una sanación profunda que va más allá de las heridas personales: **una sanación del corazón, de la familia, de la historia y del alma**.

Perdonar a los antepasados es un acto de amor y de fe. Todos venimos de historias donde ha habido errores, dolores y faltas. Nuestros antepasados hicieron lo que pudieron con la luz que tenían, muchas veces marcados por su propio sufrimiento o por las circunstancias de su tiempo. Aunque hayan fallado, conviene perdonarlos por amor a Dios. Guardar resentimiento hacia ellos es como cargar un peso que no nos corresponde. Cuando los perdonamos, rompemos cadenas invisibles y permitimos que la gracia de Dios sane nuestra historia familiar. El perdón se convierte en un río de luz que purifica las generaciones.

También estamos llamados a perdonar a quienes nos han hecho daño. A veces cuesta, porque el dolor parece más grande que la fuerza del amor. Pero cuando miramos a la Cruz, descubrimos que **Jesús perdonó incluso a quienes lo crucificaron, Jesús nos perdonó a nosotros y conviene que acogemos su perdón en una confesión.** Su perdón no fue débil: fue victorioso. Y al perdonar, nos enseña que la verdadera fuerza del alma está en liberar. El rencor esclaviza; el perdón, en cambio, abre el corazón a la paz y al amor, abre el corazón a Dios.

Y quizás el perdón más difícil sea el que debemos darnos a nosotros mismos. Muchos cargan culpas antiguas, errores pasados, decisiones que todavía duelen. Pero Dios no quiere que vivamos atrapados en el remordimiento. Él desea que experimentemos su misericordia, que nos dejemos abrazar por su perdón y aprendamos a mirar nuestro pasado con compasión. **Si Dios te ha perdonado, ¿por qué seguir castigándote tú?** La humildad de aceptar el perdón divino es también un acto de fe.

Liberar el alma de resentimientos es un proceso de gracia. No se trata de olvidar, sino de mirar con amor. María nos enseña cómo hacerlo: ella, que vio la injusticia más grande de la historia —la Muerte de su Hijo inocente—, no guardó rencor, sino esperanza. En lugar de cerrar el corazón, lo abrió aún más. Por eso es la Madre de la Misericordia: porque su amor transforma el dolor en compasión y el sufrimiento en oración, ya que unido el sufrimiento al Sufrimiento de Jesús en la Cruz colaboramos con la salvación de las almas.

Cuando decides perdonar, Dios limpia tu interior como la lluvia limpia el cielo después de la tormenta. El alma se vuelve ligera, el corazón respira, y la paz regresa. Perdonar no significa justificar, sino liberarse; no significa olvidar, sino dejar que Dios sane. Al perdonar a tus antepasados, a quienes te hirieron y a ti mismo, tu corazón se hace nuevo, y puedes mirar la vida con los ojos limpios de la esperanza.

Así, el alma que perdona se convierte en un canal de gracia. Donde antes había oscuridad, ahora hay luz; donde había resentimiento, ahora hay amor; donde había culpa, ahora hay paz. Y en esa libertad profunda, María sonríe, porque su misión maternal se cumple: **ayudarte a vivir reconciliado con tu historia, con los demás y contigo mismo, en la misericordia infinita de Dios.**

La humildad que abre el alma a la gracia

La humildad es la llave del corazón de Dios. Es la virtud que abre el alma para recibir su gracia, porque donde hay humildad, hay espacio para que el amor divino habite. La humildad no consiste en rebajarse o despreciarse, sino en **reconocer la verdad:** que todo bien viene de Dios, que sin Él nada podemos y que con Él todo es posible. Es el suelo fértil donde florecen la paz, la alegría y la santidad.

María de Guadalupe es el ejemplo creado más bello de esta humildad. Ella, siendo la llena de gracia, no se ensalzó por sus dones, sino que se reconoció pequeña ante Dios: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.”* Por eso, Dios pudo obrar maravillas en Ella. En el Tepeyac, se presentó también con sencillez, sin imponerse, hablando con ternura a un hombre sencillo como Juan Diego. A través de su humildad, el Cielo se hizo cercano y la gracia se derramó sobre todo el mundo.

La humildad es como una puerta abierta: permite que Dios entre y transforme el alma. El corazón orgulloso se encierra en sí mismo, mientras que el humilde se deja guiar, corregir y sanar. Cuando reconozco mis limitaciones y mis debilidades sin miedo, entonces Dios puede obrar. Él quiere amor en la sinceridad. **El alma humilde se vuelve un instrumento de paz y un canal de gracia.**

La humildad también nos enseña a mirar a los demás con compasión, no con juicio. Nos hace comprender que todos estamos en camino, que todos necesitamos misericordia. María nos invita a vivir con esa actitud de mansedumbre y confianza. Ella no se gloria en sus privilegios, sino en Dios y su infinita Bondad. Y quien aprende a mirar la vida desde esa humildad descubre el secreto de la verdadera grandeza: dejar que Dios sea quien actúe.

Cuando el alma se vacía de sí misma, Dios la llena. Cuando el corazón renuncia al orgullo, se convierte en un templo de paz. Por eso, la humildad no es debilidad, sino fuerza espiritual. Es el modo en que el amor puede obrar sin obstáculos. El humilde no se desespera ante los fracasos ni se engrandece ante los éxitos, porque sabe que todo tiene su fuente en Dios.

Vivir en humildad es caminar como María: con serenidad, confianza y gratitud. Es decirle a Dios cada día: “Señor, haz en mí tu voluntad.” Y cuando esa oración nace del corazón, la gracia desciende como lluvia sobre la tierra sedienta del alma. Entonces, el Espíritu Santo puede transformarnos desde dentro, y la vida comienza a brillar con la luz suave de quienes viven en la verdad del amor.

Así, la humildad abre las puertas del alma al cielo. Es el inicio de toda conversión, el fundamento de toda santidad y la raíz de toda alegría verdadera. Porque solo el corazón humilde puede escuchar a Dios, y solo el alma que se entrega sin resistencias puede llenarse de su gracia.

El gozo de saberse amado por el Creador

Hay un gozo que no se compara con ningún otro: el de saberse profundamente amado por Dios. Cuando el alma comprende que el Creador del universo, Aquel que hizo las estrellas, las montañas y los mares, ha puesto su mirada en mí con ternura, todo cambia. La vida ya no se ve con miedo ni con vacío, sino con asombro y gratitud. Descubrir que somos amados por Dios es el inicio de toda

sanación y la fuente de toda verdadera alegría.

María de Guadalupe vino precisamente a recordarnos esta verdad tan sencilla y tan olvidada: **somos amados, muy amados**. Su sola presencia en el Tepeyac fue un gesto de cariño del Cielo hacia la humanidad herida. No vino con órdenes ni amenazas, sino con palabras de ternura: *“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”* En esa frase, el Cielo entero habló. Dios, a través de su Madre, le decía al corazón del hombre: “No tengas miedo, eres mío, te amo.”

El alma que se sabe amada deja de buscar desesperadamente el reconocimiento del mundo. Ya no necesita impresionar, ganar o acumular, porque ha encontrado el amor que sacia todas las sedes. Saberme amado por Dios da sentido a todo: al dolor, a la espera, a la alegría y a la lucha. Cada acontecimiento de la vida se transforma cuando descubro que nada sucede fuera de su amor. Incluso las pruebas y dificultades que por lo general son la consecuencia del libre albedrío mío u de otro mal usado, se vuelven caminos donde Dios puede obrar.

Ese gozo no es una emoción pasajera, sino una certeza que llena el alma de luz. Es la alegría de saberse hijo, no siervo; amado, no olvidado; elegido, no perdido. Es la paz de quien reposa en los brazos del Padre y se deja sostener por su misericordia. Este gozo no depende de las circunstancias, sino de la relación con Aquel que nos creó por amor.

Cuando miro la imagen de María, veo reflejado ese amor del Creador. Su rostro sereno me recuerda que Dios no se cansa de amar, que su ternura no tiene límites, que siempre hay lugar para mí en su corazón. Ella me enseña a confiar, a dejarme amar sin resistencias, a creer que valgo no por lo que hago, sino por lo que soy: hijo de Dios.

El gozo de saberse amado por el Creador es la raíz de la verdadera libertad. Quien vive desde ese amor ya no teme el futuro, porque sabe que está sostenido. Ya no vive comparándose, porque se sabe único. Ya no se encierra en la culpa, porque experimenta el perdón. En ese amor todo se ilumina: el alma florece, la esperanza renace, y la vida se vuelve un canto de agradecimiento.

Así es el gozo que María vino a despertar en el corazón de América: el gozo de descubrir que **Dios es un Padre amoroso**; que la existencia no es castigo, sino regalo; y que en el amor del Creador encontramos nuestro verdadero hogar. Cuando el alma se deja amar por Él, se llena de una alegría que no se apaga, porque ha encontrado lo único que nunca podrá perder: **el Amor eterno de su Dios**.

Cómo María enseña a cada alma a comenzar de nuevo

María, la Madre llena de ternura, es la maestra del nuevo comienzo. Ninguna alma está tan perdida que no pueda volver a empezar, y ninguna herida es tan profunda que Dios no pueda sanarla. Ella, que vivió el dolor y la esperanza con un corazón puro, nos enseña que **siempre se puede volver a comenzar cuando se confía en Dios.**

Cuando un alma se siente cansada o avergonzada por sus errores, María no la juzga, sino que la toma de la mano con delicadeza. Ella conoce la fragilidad humana, porque vio de cerca cómo el pecado hiere el corazón, pero también conoce la fuerza de la gracia, que puede levantar al caído. Así lo mostró al encontrarse con Juan Diego: él había intentado evitarla, para buscar un sacerdote para que le diera la unción a su tío enfermo, pero María lo buscó, lo consoló y lo animó a seguir adelante. Le recordó que no debía temer, que no estaba solo y que Dios seguía confiando en él.

Cada vez que nos sentimos derrotados o tentados a rendirnos, María nos repite lo mismo: *“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”* En esas palabras está el secreto para comenzar de nuevo. Ella nos enseña que no debemos quedarnos mirando nuestras caídas, sino mirar al Cielo, donde está nuestro Padre esperándonos con los brazos abiertos. María no borra el pasado, lo transforma. Nos enseña a tomar nuestras lágrimas y convertirlas en ofrenda, a mirar nuestras heridas y ver en ellas el lugar donde Dios puede obrar un milagro.

Comenzar de nuevo no significa volver al punto de partida, sino avanzar desde donde estamos, con más sabiduría, humildad y fe. María nos muestra que Dios no busca amor. Si abrimos el corazón, aunque sea un poco, su Hijo puede hacer maravillas. Ella nos enseña a no temer el futuro, a confiar en que el amor de Dios es eterno y mientras viva siempre puedo acogerlo, solo necesito una confesión bien hecha para regresar a vivir con Dios. Y naturalmente recibir el bautismo si todavía no lo he hecho.

La Virgen de Guadalupe vino precisamente para despertar en cada corazón la esperanza del renacer. Su rostro sereno y su mirada compasiva nos aseguran que Dios nunca se cansa de dar nuevas oportunidades. Con su manto, cubre nuestras debilidades; con su sonrisa, disuelve nuestros miedos; con su presencia, nos recuerda que el amor siempre puede volver a florecer.

Cuando permitimos que María nos guíe, aprendemos a comenzar de nuevo cada día. Nos enseña a levantarnos después de cada tropiezo, a pedir perdón con confianza y a seguir caminando con amor. Ella no permite que el alma se quede en la tristeza, sino que la impulsa hacia la luz. En su escuela de amor, cada error se convierte en lección y cada caída en oportunidad de crecer.

Así, María enseña a cada alma que **comenzar de nuevo no es estancarse, sino dejar que Dios nos haga nuevos.** Con su intercesión maternal, el corazón se renueva, la esperanza florece y el alma vuelve a caminar con paz. En su compañía, incluso las noches más oscuras se convierten en amanecer, porque

Ella siempre nos conduce hacia Jesús, donde todo renace, todo se perdona y todo vuelve a comenzar en el Amor.

La familia: santuario de vida, ternura y fe

En la imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe, los estudios más detallados han revelado un detalle lleno de ternura divina: **en la pupila de sus ojos se refleja una familia**. No es una casualidad, ni un simple efecto de luz. Es un mensaje del Cielo escondido dentro de una mirada materna: Dios quiso dejar grabado en los ojos de María el rostro de la familia.

La familia es el primer santuario donde se aprende el amor, donde la vida florece y la fe se transmite con gestos y palabras sencillas. En el hogar, el alma humana recibe su primer reflejo del rostro de Dios. Por eso, María nos muestra con delicadeza que el plan divino no se realiza en el ruido del mundo, sino en la intimidad del hogar, en la unión de los esposos, en el amor a los hijos, en la fidelidad y en el perdón cotidiano.

Cuando miramos a la Virgen de Guadalupe, comprendemos que sus ojos no solo reflejan una familia, sino **el sueño de Dios para la humanidad**. En ellos está contenida la belleza de la comunión, la armonía del amor que da vida y la ternura que sostiene en los momentos difíciles. María nos recuerda que la familia no es una invención humana, sino una creación divina, una pequeña Iglesia doméstica donde se siembra la fe y se aprende a amar como Dios ama.

En el Tepeyac, la Virgen no solo vino a transformar una cultura, sino a sanar los corazones y las familias. Muchos hogares vivían rotos por la guerra, el dolor y la desconfianza. Pero María vino a mostrar que el amor puede reconstruirlo todo. Su mirada materna es un llamado a la reconciliación, a la fidelidad, a la ternura que devuelve la paz a los hogares. En su corazón caben todas las familias del mundo.

María enseña que la familia es escuela de humanidad. Allí aprendemos a servir, a perdonar, a compartir y a creer. En la familia se aprende la paciencia y se cultiva la esperanza. Cuando Dios está en el centro del hogar, incluso las dificultades se convierten en oportunidades de unión. María y José, con Jesús en medio de ellos, nos muestran el modelo perfecto: una familia sencilla, amorosa, llena de fe, amor y alegría.

Hoy más que nunca, la familia necesita ser cuidada y defendida. Vivimos en tiempos donde el ruido, la prisa y el egoísmo intentan destruirla. Pero María de Guadalupe sigue recordándonos que **la familia es el corazón del mundo**. En sus ojos se refleja porque en ella Dios habita. En cada padre que protege, en cada madre que ora, en cada hijo que confía, el Cielo se hace presente.

Al contemplar la imagen de la Virgen, podemos decir con asombro y gratitud: *“Estoy en los ojos de mi Madre.”* En esa mirada que contiene una familia entera, se revela el amor de Dios que no olvida a nadie. Allí comprendemos que la familia es, verdaderamente, **un santuario de vida, ternura y fe**, un reflejo de la Trinidad en la tierra, un hogar donde Dios quiere morar para siempre.

María de Guadalupe nos da el camino para la sanación y el amor en los Matrimonios

El matrimonio es uno de los más bellos caminos de amor que Dios ha dejado al ser humano. No es solo una unión, sino una vocación divina, un sacramento donde el amor humano se convierte en reflejo del amor eterno de Dios. En el matrimonio, dos personas deciden amarse, ayudarse y santificarse mutuamente, no con sus propias fuerzas, sino con la gracia de Dios que habita en ellos. Es una alianza donde el Cielo toca la Tierra, donde el amor divino se hace visible a través del amor humano.

En la imagen de la Virgen de Guadalupe encontramos un símbolo precioso que revela el secreto de este amor: **la flor triangular**, que representa el corazón, unida al **manto azul verdoso**, que simboliza el Cielo. Esa unión no es casual; es un mensaje profundo de Dios. Significa que el corazón humano solo florece plenamente cuando está unido al Cielo, es decir, cuando vive en comunión con Dios y se deja nutrir de Él. Si el corazón se separa de esa fuente divina, el amor se marchita. Pero cuando está arraigado en el amor de Dios, se vuelve fecundo, puro, fuerte y capaz de dar vida espiritual y abecés también humana.

María, con esa imagen, nos dio la clave para vivir el amor auténtico. Enseñó que **para amar verdaderamente, primero hay que dejarse amar por Dios**. Nadie puede dar lo que no tiene, y el corazón humano, por sí mismo, se cansa, se hiere y se confunde. Solo el amor divino puede sanar, purificar y sostener el amor humano. Por eso, antes de pedir al esposo o a la esposa lo que necesitamos, debemos buscarlo en Dios. Cuando el alma se une a Él en oración, en los sacramentos y en la vida interior, el amor se transforma: deja de ser una búsqueda desesperada y se convierte en un don que se entrega con libertad.

Jesús mismo lo explicó con una imagen sencilla y profunda: *“Yo soy la vid y ustedes las ramas. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, pero sin mí no pueden hacer nada.”* (Jn 15,5). Esta parábola ilumina también el matrimonio: los esposos son ramas llamadas a permanecer unidas a la Vid, que es Cristo. Si permanecen en Él, su amor dará fruto abundante: paciencia, ternura, fidelidad, comprensión y alegría. Si se separan de Él, el amor se agota, porque pierde su fuente.

Cuando un matrimonio vive unido a Dios, el amor humano se convierte en **canal**

del amor divino. Entonces, amar al cónyuge ya no es solo un acto humano, sino un acto en el que Dios mismo ama a través de nosotros. Es como el Cielo fluyendo por medio del corazón, transformando cada palabra, cada gesto, cada sacrificio en una expresión del amor eterno. Así, el hogar se convierte en un pequeño santuario donde Dios habita y desde donde su gracia se derrama al mundo.

El matrimonio, vivido con esta conciencia, no es solo una vocación, sino un camino de santificación. Es una escuela donde se aprende a perdonar, a servir, a esperar y a confiar. Cada dificultad se transforma en una oportunidad de amar mejor, cada cruz en una ocasión de unión más profunda con Dios. María nos enseña que el amor auténtico no se improvisa: se cultiva en la oración, se fortalece en la fe, que es la apertura del corazón a Dios como decía Benedicto XVI, y se alimenta en el corazón de Dios.

Por eso, para amar verdaderamente a quien tengo a mi lado, debo primero **permanecer unido al Cielo**, dejar que el amor de Dios me transforme desde dentro. Solo así podré ser instrumento de su ternura y reflejo de su fidelidad. En ese misterio maravilloso, el amor humano deja de ser solo un sentimiento y se convierte en **un sacramento vivo del amor de Dios**, un pedacito del Cielo que florece aquí en la Tierra.

La verdadera educación se consigue unido a Dios

Educar no es solo transmitir conocimientos, sino **formar corazones que sepan amar en la verdad**. La verdadera educación no se limita a preparar para un oficio, sino que guía el alma hacia su propósito más alto: la unión con Dios. Además de incluir todo tipo de conocimiento humano necesario para vivir bien, Una mente instruida pero sin amor puede perderse; un corazón formado en la verdad divina se convierte en luz para el mundo. Por eso, María, en su mensaje en el Tepeyac, nos mostró que toda formación humana debe tener raíces en lo divino, para que dé fruto eterno.

En su imagen sagrada, la **flor triangular** que aparece en el vestido, simboliza el rostro, que esta unido al Manto que simboliza al Cielo. Esta flor está **enraizada en Dios**, representando que toda vida, conocimiento y amor verdadero tienen su origen en Él. María, al presentarse con esa flor, nos enseña que la educación auténtica brota de una relación viva con el Creador. Así como la flor solo florece si recibe luz y agua, el alma humana solo crece si se alimenta de Dios.

La educación, cuando está unida a Dios, no forma solo mentes brillantes, sino almas sabias. La sabiduría no consiste en saber mucho, sino en **saber amar bien**, en distinguir el bien del mal y elegir siempre el camino del amor. Esa sabiduría divina se aprende en la oración, en el estudio de las Escrituras, en las Revelaciones a los Santos, en los escritos de los Doctores de la Iglesia y en la

enseñanza viva del Magisterio y amando. Solo unido a Dios puedo tener una inteligencia autentica. Allí el alma encuentra la luz pura que orienta su inteligencia y su corazón hacia el bien.

María de Guadalupe vino a enseñarnos esa educación del alma. En una época donde muchos creían en falsos dioses, Ella condujo los corazones hacia la Verdad, no con fuerza, sino con belleza. Mostró que **conocer a Dios es conocer la verdad** y que toda sabiduría que no nace de Él termina por confundirse. Por eso, una sociedad verdaderamente educada no se mide solo por sus avances técnicos, sino por su capacidad de amar, servir y vivir en comunión con el Cielo.

La verdadera educación debe estar cimentada en Dios. De nada sirve enseñar a pensar si no se enseña a amar, y no se puede amar bien sin conocer al Amor mismo. Educar sin Dios es construir sobre arena; educar con Dios es levantar sobre roca. Cuando formamos a los niños, a los jóvenes y a nosotros mismos en la verdad divina, el alma se fortalece y el mundo se transforma.

Conviene, entonces, **leer la Biblia con amor**, meditarla cada día como alimento del alma. Conviene también conocer las Revelaciones que el Cielo ha dado a los Santos y cuales sean aprobadas por la Iglesia o cuales tengan signos sobrenaturales coherentes a la Fe católica que sigan en curso ya que la Iglesia solo puede aprobarlos cuando terminan. Pues en ellas Dios ha derramado luces para cada época. Los libros de los Santos y las enseñanzas de la Iglesia son escuela de santidad: ayudan a comprender cómo actúa Dios y cómo podemos cooperar con su gracia. Así, la inteligencia se purifica y el alma se dispone a recibir los **dones del Espíritu Santo**, que son los que hacen florecer una sabiduría que viene del Cielo.

María, Maestra de ternura y de verdad, sigue educando a sus hijos con paciencia. Ella forma en cada corazón un discípulo de Cristo, enseñando que **el conocimiento sin amor endurece, pero la verdad vivida en amor santifica**. En su escuela aprendemos a pensar con la mente en Dios y a amar con ayuda de su lindo Corazón. Solo así la educación se convierte en un camino de plenitud, donde el alma florece unida al Cielo, y cada corazón —como la flor de su manto— se abre para irradiar la luz del Amor eterno.

El trabajo como oportunidad de amar

El trabajo, cuando se vive con amor y recta intención, se convierte en una de las formas más hermosas de servir a Dios. No es solo una necesidad o un medio para ganarse la vida, sino una **vocación divina**: una oportunidad para poner en práctica los talentos que el Señor ha confiado a cada uno y ponerlos al servicio del bien común. En cada tarea —grande o pequeña, sencilla o compleja— el alma puede expresar amor, gratitud y fidelidad a su Creador.

María de Guadalupe nos enseña este misterio de manera silenciosa pero profunda. En su imagen, la **flor triangular del corazón** está **unida al manto que representa el Cielo**, indicando que la vida humana, cuando se une a Dios, da frutos de eternidad. El corazón es el motor de la acción, y el Cielo es su fuente de gracia: así también el trabajo, cuando nace del amor y se realiza en unión con Dios, se vuelve fecundo y santo. Trabajar no es solo producir, sino **cooperar con Dios en la creación**, continuando su obra con nuestras manos, mente y corazón. Conviene iniciar y terminar cada trabajo con una oración como dijo María en Medjugorje.

El trabajo puede ser una verdadera forma de amar. Cada acto hecho con amor y ofrecido a Dios al hacerlo en gracia —desde atender un hogar hasta dirigir una empresa, desde limpiar un lugar hasta construir una obra— tiene un valor eterno. Si se realiza con rectitud y deseo de servir, el trabajo se transforma en oración. **El trabajo hecho con amor eleva el alma y santifica el mundo.** Es, en esencia, una manera concreta de vivir las bienaventuranzas: ser mansos, justos, misericordiosos, limpios de corazón y constructores de paz en medio de las labores cotidianas.

Así lo entendió san Josemaría Escrivá, fundador del *Opus Dei*, quien enseñó que **toda persona puede santificarse a través del trabajo ordinario**. No importa la profesión, el oficio o la posición; lo que importa es el amor con que se hace. Cuando ofrecemos a Dios nuestro esfuerzo, cuando trabajamos con honestidad, alegría y servicio, estamos participando de su obra redentora. Cada jornada puede ser un lugar donde se ofrece el amor, la paciencia, la creatividad y el sacrificio.

El trabajo también es una oportunidad para ayudar a otros a vivir mejor. Por medio de él, podemos aliviar necesidades, crear belleza, ordenar la creación, y reflejar la bondad divina. En cada tarea bien hecha hay un acto de caridad escondido: un producto que ayuda, una palabra que anima, una solución que mejora la vida de alguien. De esta manera, el trabajo se vuelve un canal de gracia, un medio para que otros experimenten el amor de Dios a través de nuestras obras.

María, con su ejemplo silencioso, nos enseña que lo cotidiano puede tener un valor eterno. Ser una Madre de casa es una preciosa vocación. Ella trabajó en Nazaret junto a José, en los quehaceres sencillos del hogar, viviendo con serenidad, oración y amor. En esa vida oculta se manifestaba la santidad de lo ordinario. En su corazón, el trabajo no era carga, sino servicio; no era esfuerzo vacío, sino expresión de amor.

Así, cuando unimos nuestro trabajo al Corazón de Dios —como la flor que representa el rostro y corazón de su tilma unida al Cielo que es simbolizado por el Manto—, nuestro esfuerzo se transforma en fuente de vida y esperanza. Trabajar con amor es **amar con obras**, es dejar que el Cielo fluya a través de nosotros. Cada acción se convierte en una semilla de bondad que germina en la eternidad.

Por eso, el trabajo hecho en unión con Dios es una oración viva, una expresión de

fe, y una contribución concreta a un mundo más avanzado y más humano. En cada tarea ofrecida con amor, el alma se asemeja a María: unida al Cielo, dando vida a la Tierra, irradiando luz en lo pequeño y lo grande, y mostrando que **trabajar con amor es servir a Dios y amar al prójimo al mismo tiempo.**

El amor y la compasión de María

El amor de María es el reflejo más puro del amor de Dios. En Ella, el Cielo nos mostró que la verdadera grandeza está en hacer su Voluntad, se ve en la ternura, y que la compasión es una forma sublime del amor. María no solo amó a Dios con todo su corazón, sino que también nos amó a nosotros con un amor intenso, entrañable y deseable. Su compasión es infinita, su ternura no tiene medida. Cada gesto suyo, cada palabra, cada mirada, nos recuerda que **Dios no rechaza al pecador, sino que lo busca con amor para levantarlo, sanarlo y devolverle la dignidad perdida.**

Cuando María se apareció en el Tepeyac, no vino con reproches ni exigencias, sino con una dulzura que desarma. Llamó a Juan Diego “el más pequeño”, mostrando que la compasión divina se inclina hacia todos quienes se abren a la bondad de Dios, hacia los que sufren, incluso los que se sienten indignos. Su amor maternal no mide méritos: acoge, consuela, enseña y conduce siempre hacia Dios. María no tiene otro deseo que ayudarnos a descubrir cuánto somos amados por el Padre.

La compasión de María no es simple lástima, sino **amor que actúa**, que se acerca al dolor y lo transforma en esperanza. Ella se conmueve ante nuestras luchas, comprende nuestras caídas y nos anima a levantarnos. Así como una madre no abandona a su hijo herido, María nunca abandona a quien la invoca con fe. Su corazón está lleno de ternura porque está totalmente unido al Corazón de Jesús, que es el manantial mismo de la misericordia.

Pero ese amor y esa compasión no anulan nuestra libertad. Dios, en su infinita delicadeza, **respeto el libre albedrío**. María puede interceder, acompañar, abrazar, pero cada alma debe decidir por sí misma si quiere permanecer en el amor de Dios. La misericordia divina no obliga; invita. Por eso, para vivir en el Corazón de Dios y alcanzar la plenitud eterna, es necesario **renunciar al pecado y decirle “sí” al amor**. Ese “sí” es el comienzo de una vida nueva, libre de las cadenas que nos esclavizan.

Cuando el alma se decide por Dios, María la toma de la mano y la conduce con dulzura hacia la gracia. Ella nos enseña que amar no es simplemente sentir, sino elegir el bien. Nos muestra que la verdadera compasión no consiste en aprobar el pecado, sino en ayudar a salir de él con esperanza. Su amor no justifica el mal, pero jamás abandona al pecador; lo acompaña hasta que su corazón se abre al perdón y a la conversión.

Dios quiere acogernos en su Corazón, donde hay lugar para todos. En el Cielo, el alma vive en plenitud porque descansa en el amor perfecto, ese amor que María ya experimenta en su totalidad. Pero ese Cielo empieza aquí, cuando permitimos que su ternura entre en nuestro corazón.

Así, el amor y la compasión de María son una escuela divina: nos enseñan a mirar con bondad, a perdonar sin límites y a confiar en la misericordia de Dios. Ella nos recuerda que siempre hay un camino de regreso, que el amor puede más que el pecado, y que quien decide amar, se confiesa y se abandona en Dios está eligiendo la salvación. Con María aprendemos que la compasión no es debilidad, sino la fuerza del amor que todo lo sana, todo lo renueva y todo lo conduce hacia la vida eterna.

La comunidad cristiana: imagen de la comunión divina

Desde el principio de los tiempos, Dios soñó con una humanidad unida en el amor. No nos creó para vivir aislados, sino para reflejar en la Tierra la **comunión perfecta del Cielo**. En la Santísima Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— se revela el modelo de toda comunidad: un amor total, libre y eterno, donde cada Persona se dona completamente a las otras. Esa comunión divina es el corazón del universo, y la Iglesia está llamada a ser su reflejo vivo.

La comunidad cristiana, cuando vive unida en el amor, se convierte en una **imagen del Cielo en la Tierra**. Es un lugar donde las diferencias se armonizan, donde cada persona aporta sus dones y talentos para su bien y el bien de todos. María de Guadalupe vino precisamente a recordarnos este llamado. Su aparición unió dos mundos —el indígena y el español— que estaban divididos, y los reunió en un mismo corazón: Cristo. Ella mostró que el amor es más fuerte que el odio, que la comunión es más poderosa que el conflicto, y que en Dios toda diversidad encuentra su sentido al vivirse en libertad.

María quiere formar en el mundo una **Civilización del Amor**, donde Dios sea el centro y cada corazón viva en relación con los demás desde la paz, la ternura y la verdad. Una sociedad donde los corazones se amen con pureza, donde se cuide la vida, se respete la dignidad de cada persona y se construya el bien. Esa civilización comienza en lo pequeño: en las familias, en las comunidades, en cada gesto de caridad y perdón. Cuando Dios ocupa el primer lugar, el amor entre los hombres florece de forma natural.

Para amar verdaderamente a los demás, primero debemos amar a Dios. Solo un corazón lleno de su amor puede amar bien, sin egoísmo ni interés. En el Evangelio se ve con claridad: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.”* (Lc 10,27). El orden es importante: primero Dios, luego el prójimo. Si el alma no se alimenta del amor divino, se agota; pero si vive unida a Él, se convierte

en fuente de paz para todos.

María nos enseña a vivir en esa comunión perfecta. Su corazón está totalmente unido al de Dios y, por eso, puede amar a todos con una ternura sin medida. Ella es Madre de la Iglesia, modelo de hermandad y puente de unidad. En su amor maternal encontramos la fuerza para perdonar, para comprender y para construir relaciones sanas y luminosas. Ella nos recuerda que cada persona es parte de un mismo cuerpo, la Iglesia, y que cuando uno sufre, todos deben sostenerlo con compasión.

En el Cielo, todo es amor perfecto: no hay rivalidad, ni egoísmo, ni división. Cada alma se alegra por el bien del otro, y todos viven en la armonía del amor de Dios. María quiere que comencemos a vivir esa comunión desde ahora. Quiere que nuestras comunidades sean oasis de fe, esperanza y caridad, donde Cristo sea el centro y la fuente de toda unidad.

Construir una Civilización del Amor no es un ideal lejano: empieza en el corazón que decide amar a Dios primero y dejar que su amor se derrame sobre los demás. En cada palabra amable, en cada acto de servicio, en cada reconciliación, el Cielo se hace presente. María, Reina de la Paz y Madre de la Iglesia, sigue invitando a todos sus hijos a vivir como una sola Iglesia, unida en el amor del Padre, sostenida por la gracia del Hijo y animada por la fuerza del Espíritu Santo.

Así, la comunidad cristiana se convierte en un reflejo de la comunión divina: **una familia donde Dios es el centro, el amor es el lenguaje y la eternidad ya comienza a brillar.**

El demonio y su intento de dar una cultura de muerte

Desde el principio de la historia, el demonio ha intentado destruir lo que Dios ama: la vida, la verdad y el amor. Es el gran mentiroso, aquel que odia la imagen de Dios reflejada en el ser humano. Su estrategia no siempre es el ataque frontal, sino la confusión: **turece la verdad, distorsiona la bondad y manipula los deseos nobles del corazón humano** para dirigirlos hacia el mal. Lo hizo en el pasado, lo hace hoy, y seguirá intentando dar una cultura de muerte donde debería florecer la vida.

Antes de la llegada del Evangelio, los pueblos indígenas de América tenían una profunda sensibilidad espiritual. Sabían que había un Dios creador y buscaban honrarlo. Sin embargo, el demonio aprovechó esa búsqueda sincera para **torcer su percepción del bien**, haciendo que confundieran el sacrificio con la violencia, el culto con la sangre, el don de la vida con su destrucción. Así, convenció a muchos de que ofrecer corazones humanos agradaba a Dios, cuando en realidad era una ofensa contra la dignidad y el amor que Dios había puesto en toda persona.

María de Guadalupe vino precisamente para **romper esa mentira antigua**. Su aparición marcó el fin de los sacrificios humanos y el comienzo de una cultura de vida. Con ternura y sin violencia, enseñó que el verdadero Dios no pide sangre, sino amor; que el sacrificio que agrada a Dios es el del corazón entregado con pureza; y que la vida es sagrada desde su concepción hasta su muerte natural.

Sin embargo, el demonio no se rinde. Hoy intenta **reconstruir esa misma cultura de muerte** bajo nuevas formas. Ya no disfraza el sacrificio con rituales religiosos, sino con ideologías que aparentan libertad cuando en realidad llevan a la esclavitud. Promueve el aborto como un “derecho” o una “decisión”, ocultando la verdad de que cada vida humana es un don sagrado. Engaña diciendo que la muerte puede ser una solución, cuando en realidad solo deja vacío, culpa y oscuridad. Como antes engañó a los pueblos indígenas para que mataran a sus hijos creyendo hacer el bien, hoy engaña a muchas personas para que destruyan la vida pensando que es progreso.

Por eso es vital **formarse espiritualmente en la verdad**. Solo la luz del Evangelio y la Doctrina de la Iglesia Católica pueden proteger el alma de las mentiras del demonio. Conocer a Dios, estudiar la Sagrada Escritura, leer el Catecismo, los escritos de los Santos y las enseñanzas del Magisterio nos fortalece en la fe y nos da discernimiento. El alma que se alimenta de la verdad no cae fácilmente en la trampa del mal, porque reconoce su falsedad.

Dios no quiere que vivamos con miedo al demonio, sino con claridad y confianza. La Virgen María, en su humildad, es el terror del maligno, porque donde Ella está, el amor y la vida triunfan. Su manto cubre a los hijos de Dios y los protege de toda oscuridad. Al rezar el Rosario, al frecuentar los sacramentos y al vivir en gracia, el alma se mantiene firme en la luz.

El demonio intenta levantar nuevamente una cultura sin Dios, una cultura de muerte, egoísmo y desesperanza. Pero María sigue construyendo una **Civilización del Amor**, donde la vida es valorada, la verdad es proclamada y Dios es el centro de todo. Cada vez que defendemos la vida, perdonamos, amamos o enseñamos la verdad, colaboramos con Ella en este plan divino.

La batalla espiritual continúa, pero la victoria ya pertenece a Cristo. Y bajo el manto de la Virgen de Guadalupe, ninguna oscuridad puede prevalecer. Porque Ella, la Mujer vestida de sol, pisa la cabeza de la serpiente y nos recuerda con ternura: **el amor siempre vence, la vida siempre triunfa, y Dios siempre tiene la última palabra.**

Los engaños modernos que destruyen la confianza en Dios

El demonio, que desde el principio ha intentado separar al ser humano del amor de su Creador, hoy continúa su obra de engaño con una sutileza peligrosa. Ya no

se presenta como enemigo declarado, sino como aparente amigo que promete libertad, placer o conocimiento, pero sin Dios. Así, **ha sembrado mucha cizaña en el corazón del mundo moderno**, llenando las mentes de prejuicios, dudas y desconfianzas hacia Aquel que más nos ama.

En nuestros tiempos, los engaños no son tanto idolatrías visibles como las de antaño, sino ideas disfrazadas de verdad. El demonio susurra que Dios es un juez severo sin misericordia, que la fe limita la libertad, que la ciencia ha reemplazado a la sabiduría divina, que el amor puede vivirse sin compromiso, o que la felicidad está en la autosuficiencia. Con esas mentiras, **destruye poco a poco la confianza en Dios**, porque si logra que el alma dude de su Padre, entonces la aleja de su fuente de amor y de vida.

Estos engaños no solo hieren la mente, sino también el corazón. Cuando una persona pierde la confianza en Dios, empieza a cargar sola su dolor, su culpa y sus miedos. La vida se vuelve pesada, la esperanza se debilita, y el amor se enfría. Muchos corazones sufren sin saber por qué: porque el demonio ha distorsionado su imagen de Dios, haciéndolos creer que Él está lejos, cuando en realidad está más cerca que nunca.

Pero el remedio está al alcance de todos: **volver a unirse a Dios con confianza y amor**. Solo en Él el alma encuentra descanso y claridad. Dios no nos ha abandonado ni se ha cansado de nosotros. Él sigue tocando la puerta de cada corazón, ofreciendo su misericordia y su sabiduría. Cuando el alma se deja nutrir por su amor, los engaños pierden poder, la confusión se disipa, y la paz vuelve a florecer.

Dios no solo quiere consolarnos, quiere **hacernos crecer**. Cuando nos unimos a Él en oración, cuando le entregamos nuestra voluntad y buscamos su palabra, el Espíritu Santo comienza a obrar en nosotros. Él fortalece nuestra mente, sana nuestras heridas y nos enseña a amar con madurez. Cada día que vivimos en gracia es una oportunidad para ser más libres, más sabios y más felices.

Por eso conviene alimentar el alma con la verdad divina: leyendo la **Sagrada Escritura**, meditando las enseñanzas del **Catecismo**, y acercándonos a los **sacramentos**, especialmente la **Eucaristía y la Confesión**, donde Dios renueva el corazón. También es bueno nutrirse de los escritos de los santos, que son faros de sabiduría para nuestros tiempos. Cuanto más conocemos el amor de Dios, y nos dejamos nutrir por su gracia, más protegidos estamos de los engaños del enemigo.

Dios nos ama con un amor siempre perfecto, deseable y fiel. Él sabe lo que necesitamos y nos da la gracia para salir adelante, incluso en medio de las pruebas. No pide perfeccionismo, sino amor. Cuando un alma decide confiar, aunque sea débil, abre la puerta a la transformación. Dios la toma, la fortalece y la llena de su luz.

María de Guadalupe nos muestra ese camino con ternura. Ella es la Madre que disipa las tinieblas del engaño con su amor maternal. En su presencia, el alma vuelve a creer, a confiar y a amar. Su manto es refugio contra toda mentira del enemigo, porque en él brilla la verdad del Evangelio: **Dios es Amor, Dios es Misericordioso y permite enmendar la Justicia amando, Dios es nuestra Esperanza.**

Frente a los engaños modernos, el alma solo puede mantenerse firme si se enraíza en el Amor Divino. Cuando vivimos unidos a Dios, nada nos falta. Él nos nutre, nos guía y nos da todo lo necesario para salir adelante. Y cuando el corazón vuelve a confiar plenamente, descubre lo más hermoso: que incluso en medio de un mundo confundido, **la verdad sigue viva, el amor sigue actuando y Dios sigue reinando.**

Cómo María destrona a los ídolos

María, la llena de gracia, es la mujer que Dios eligió para **destronar a los ídolos** y devolver al corazón humano su verdadera orientación: el amor al Dios vivo. En Ella se cumple la promesa del Génesis: *“Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te pisará la cabeza mientras tú herirás su talón.”* (Gn 3,15). La Virgen María, completamente unida a Dios, es la enemiga del demonio y de toda falsedad. Donde Ella llega, los ídolos caen y la verdad resplandece.

En la imagen de la Virgen de Guadalupe, este mensaje se revela con claridad y ternura a la vez. María aparece **de pie sobre la luna**, símbolo del dios de la luna. Con ese gesto silencioso, **destrona al ídolo lunar**, mostrando que ninguna criatura merece adoración, porque solo Dios es Señor del universo. La luna, antes representaba a una deidad indígena, ahora está bajo sus pies, sometida y vencida. No como objeto de desprecio, sino como muestra que María nos puede ayudar a destronar a los ídolos que hemos hecho al seguir determinados pecados. María, al presentarse así, enseña que todo poder falso pierde su fuerza cuando el alma se inclina ante el Amor verdadero.

Pero los ídolos no solo existían en el pasado; también hoy el demonio intenta fabricarlos en el corazón humano. Cada vez que algo ocupa el lugar de Dios en nuestra vida, se convierte en un ídolo. **La soberbia** hace del propio “yo” un dios: cuando la persona confía solo en sí misma y busca su gloria, deja de mirar al Cielo. **La lujuria** convierte en ídolo los placeres y las relaciones, buscando saciar con lo pasajero el hambre de amor eterno. **La avaricia, la envidia, el poder, la fama...** todos son ídolos modernos que prometen felicidad, pero solo dejan vacío.

Los ídolos esclavizan porque nos alejan de Dios. Prometen libertad, pero quitan la alegría; prometen amor, pero dejan soledad. Por eso, **María viene a liberarnos.** Ella no destruye con violencia, sino con amor. No condena, sino que ilumina.

Cuando el alma se abre a su Dios, los falsos dioses comienzan a perder fuerza. María no ocupa el lugar de Dios, sino que nos conduce directamente a Él. En su mirada pura, el alma reconoce la verdad: solo Dios basta.

Conviene, entonces, pedirle ayuda a María para que **destrone los ídolos que hemos hecho sin darnos cuenta**. Ella puede hacerlo porque es Madre y Reina, y su poder viene del amor de Dios. Basta invocarla con humildad: “Madre, muéstrame qué cosas estoy poniendo por encima de Dios. Libérame de mis falsos amores, enséñame a amar solo lo que agrada al Señor.” Cuando hacemos esta oración con sinceridad, María actúa con suavidad pero con fuerza: ilumina lo que estaba oculto, sana lo que estaba herido, y devuelve al alma la libertad de los hijos de Dios. También conviene invocar al Espíritu Santo para que nos transmita su amor y dirección.

Cada vez que renunciamos a un ídolo —ya sea el orgullo, el placer desordenado, el apego al dinero o cualquier forma de egoísmo—, María triunfa de nuevo. Ella pisa la cabeza de la serpiente en nuestra vida, haciendo que Cristo reine en nuestro corazón. Porque cuando el alma se vacía de ídolos, Dios puede llenarla con su gracia, su paz y su alegría.

María de Guadalupe, la Mujer vestida de sol, sigue hoy destronando los ídolos del mundo con su luz maternal. Bajo sus pies, las falsas luces se apagan, y solo brilla el verdadero Sol: Jesucristo, el Señor. Que cada uno de nosotros le permita reinar en su vida, para que, con su ayuda, **nuestro corazón sea libre de todo ídolo y sea totalmente consagrado al amor de Dios**.

La Eucaristía: el corazón que late por la vida del mundo

En el mensaje de Guadalupe, María revela su deseo más profundo: *“Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal,”* María no pedía una casa para sí, sino una **Casa Sagrada para su Hijo**, para que Él pudiera quedarse entre nosotros y ser adorado. Esa “Casita Sagrada” que Ella pide es imagen de la **Iglesia y de la Eucaristía**, donde Jesús vive, se entrega y ama al mundo entero.

La Eucaristía es el corazón que late por la vida del mundo. En cada Hostia Consagrada, Jesús está vivo: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad. Allí late el mismo amor que lo llevó a la Cruz, el mismo amor que lo hizo nacer en Belén y el mismo amor con el que perdona a los pecadores. María nos recuerda que ese corazón divino está siempre presente, escondido en el Pan Consagrado, esperando ser amado.

Cuando pidió su Casita Sagrada, María nos mostró el deseo de su corazón maternal: **llevar a todos sus hijos al encuentro con Jesús Eucaristía**. Ella, que

lo llevó en su vientre, ahora quiere llevarlo al corazón de cada persona. Su misión no ha cambiado: sigue siendo la de presentar al mundo al Salvador. La Virgen sabe que en la Eucaristía está su Hijo, que es la fuente de toda gracia, de toda sanación, de toda paz y de toda verdadera alegría.

Jesús, presente en el Santísimo Sacramento, es el Corazón de la Iglesia. Todo en la vida cristiana nace y culmina en la Eucaristía. Cuando nos acercamos a comulgar en estado de gracia y conforme a las normas de la Iglesia, **Dios mismo entra en nosotros**; su amor se une al nuestro y su vida se une con la nuestra. En ese instante, nosotros tocamos el Cielo. No hay unión más profunda ni amor más grande en la Tierra.

Por eso, María nos invita a **preparar el alma como una Casita Sagrada**, limpia, pura y abierta. Ella quiere habitar en nuestros corazones junto con su Hijo. Cuando vivimos en gracia, la Eucaristía nos transforma poco a poco, haciéndonos más pacientes, más humildes, más compasivos y más llenos de amor. El que comulga con fe lleva dentro de sí la presencia del mismo Dios que sostiene el universo.

Cada Misa es un Regalo Infinito: allí, María nos entrega de nuevo a su Hijo, y Jesús se entrega al mundo. La Iglesia es la gran Casita Sagrada donde María sigue mostrando a Cristo, ensalzándolo y entregándolo a todos los pueblos. En cada altar, se cumple su deseo maternal: que todos los hijos de Dios lo conozcan, lo amen y lo adoren.

Cuando nos arrodillamos ante el Sagrario, estamos frente al corazón que nunca deja de latir por amor al mundo. Y cuando lo recibimos en la Comunión, María sonrío, porque su misión se cumple: el alma humana se une al Corazón de su Hijo, y el Cielo vuelve a habitar la Tierra.

Así, la Eucaristía es el centro del plan de Dios, es Dios mismo y es el tesoro más grande de la Iglesia. Es el fuego divino que da vida, la fuente del amor y el Corazón de Jesús. María, la Madre de la Eucaristía, nos invita con dulzura: **“Ven a mi Casita Sagrada, allí está mi Hijo. Adóralo, ámalo, recíbelo, y deja que su Corazón, que late por amor a ti, renueve el tuyo.”**

La oración perseverante: el corazón unido al Cielo

En la imagen de la Virgen de Guadalupe, la **flor del corazón** —la flor triangular— está colocada varias veces, y se encuentra **unida al manto azul verdoso** que representa al Cielo y a Dios. Este detalle encierra una enseñanza divina: el corazón humano solo florece plenamente cuando está unido a Dios. Separado del Cielo, el corazón se marchita; pero unido a Él por la oración, la fe y el amor, se llena de vida, de luz y de paz.

Amar, la oración y adoración perseverante en gracia y recibir a Jesús en la Eucaristía es ese vínculo constante que une el alma con el Creador. No es solo hablar con Dios, sino permanecer en comunión con Él a lo largo del día, en medio de las alegrías y las cruces. María nos enseña este camino: su vida fue una oración continua, silenciosa, humilde, llena de confianza. En el Tepeyac, vino a recordarnos que cada corazón puede ser una flor viva que se mantiene unida al manto divino cuando ama.

Orar no es repetir palabras, sino abrir el alma. Es dejar que el amor de Dios nos transforme poco a poco. Cuando perseveramos en la oración, aunque no sintamos nada, el alma se fortalece, la fe se purifica y la esperanza se renueva. Dios escucha cada súplica, cada suspiro, cada lágrima ofrecida con sinceridad. María, como Madre atenta, presenta nuestras oraciones ante su Hijo, adornadas con su ternura y su intercesión poderosa.

Conviene estar **unidos a Dios en todo momento**, no solo en la oración vocal, sino también en la vida sacramental y en las obras cotidianas. La **Eucaristía** es el encuentro más profundo con Dios: allí el alma se une realmente a Cristo y recibe su fuerza para perseverar. También el amor concreto —el servicio, la paciencia, el perdón— es una forma de oración viva. Cada acto de amor sincero es como un pétalo nuevo que se abre en la flor del corazón.

La perseverancia en la oración nos lleva también a **unir nuestro sufrimiento al de Jesús en la Cruz**. Cuando lo hacemos, el dolor deja de ser estéril y se convierte en fuente de gracia. María, al pie de la Cruz, vivió esa unión perfecta: su silencio era una oración, su dolor era amor ofrecido. Al unir nuestras cruces a las suyas, participamos en la obra redentora de Cristo y ayudamos a que otros encuentren consuelo y salvación.

Pero la oración perseverante no termina en las palabras ni en el sufrimiento ofrecido: florece en las **buenas obras**. Cada gesto de bondad, cada sonrisa, cada ayuda desinteresada es fruto de un corazón unido a Dios. María nos enseña que orar y amar son dos movimientos del mismo corazón. La oración sin amor se seca; el amor sin oración se agota. Juntas, la oración y las obras buenas mantienen viva la flor del alma, unida al manto divino.

Así, la flor unida al Cielo nos recuerda que **la perseverancia en la oración y buenas obras en amor y gracia es el secreto de la santidad**. Aunque haya sequedades, pruebas o silencios, el alma que persevera en el amor siempre florece. Dios no busca oraciones perfectas, sino corazones perseverantes. María, la Madre que ora sin cesar por nosotros, nos invita a hacer lo mismo: a mantenernos unidos a su Hijo en la oración, en la Eucaristía, en el amor, en el sufrimiento ofrecido y en las obras buenas.

Cuando vivimos así, nuestro corazón late al ritmo del Cielo, y la flor interior que somos se abre plenamente para irradiar el perfume del amor de Dios en el mundo. **Orar con perseverancia es dejar que Dios habite en nosotros y que, a través**

de nosotros, su amor siga floreciendo.

La victoria del Amor sobre la desesperanza y el odio

En la imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe hay un detalle lleno de significado celestial: **su rodilla doblada**. Este gesto, delicado y majestuoso, encierra una enseñanza profunda. No es una postura pasiva, sino una señal de movimiento, de vida, de danza sagrada. Representa la **forma más sublime de oración** y, al mismo tiempo, un **baile de victoria**. María, al doblar la rodilla, muestra al mundo que el amor ya ha vencido: la luz ha disipado las tinieblas, la gracia ha superado al pecado, y la esperanza ha triunfado sobre la desesperación.

En una época marcada por la violencia, el miedo y el dolor, la Virgen se presentó no con tristeza, sino con **serena alegría**. Su postura humilde es la de una Madre que camina hacia sus hijos para abrazarlos, la de una intercesora que ora con confianza, y la de una Reina que celebra la victoria del amor. La rodilla doblada es un baile de victoria y su postura humilde con las manos juntas ante Dios es una forma de transmitir su sumisión a Dios. María no está detenida, sino que avanza. Nos enseña que la oración no es quietud vacía, sino **acción del alma unida a Dios**, que transforma el mundo con el poder del amor.

El odio, el resentimiento y la desesperanza son frutos de corazones que han perdido de vista el amor de Dios. El demonio intenta alimentar estas sombras para que el ser humano viva en división, miedo y tristeza. Pero María, al presentarse en el Tepeyac, trajo la respuesta del Cielo: el **Amor es más fuerte que el odio**, la **esperanza más luminosa que la oscuridad**, y la **misericordia más poderosa que el pecado**. En su presencia, los corazones se ablandan, las culpas se sanan y las heridas se convierten en caminos de redención.

Conocer a Dios es, verdaderamente, **la mayor victoria que un ser humano puede alcanzar**. Cuando el alma descubre que Dios es Amor, ya nada puede vencerla. Todo cobra sentido, incluso el sufrimiento. La desesperanza se desvanece porque el corazón comprende que no está solo, que cada lágrima tiene valor y que el amor triunfará al final. María, con su ternura infinita, nos conduce a esa experiencia transformadora: a conocer a Dios no solo con la mente, sino con el corazón.

La rodilla doblada de María también nos invita a imitarla en humildad y amor. Conviene doblar las rodillas ante Dios es reconocer su grandeza y abrir el alma a su acción. Es una postura de adoración y de confianza. Cuando el alma se arrodilla en la oración, se levanta espiritualmente. Cada vez que perdonamos, que elegimos amar en lugar de odiar, que esperamos en medio del dolor, participamos de esa misma victoria que María celebra en su imagen: la **victoria del amor que brota del Corazón de Dios y que transforma toda realidad**.

Así, la Virgen de Guadalupe nos enseña que el verdadero poder no está en dominar, sino en amar; que la verdadera fuerza no está en imponerse, sino en doblar la rodilla ante el Amor. Y en ese gesto sencillo, lleno de gracia y humildad, el Cielo nos revela su secreto más grande: **quien ama con Dios, vence siempre.**

María, con su rodilla doblada, nos muestra el camino de la victoria: la oración perseverante, la humildad confiada y el amor que nunca se rinde. Porque cuando el corazón se une al de Dios, incluso en medio de la oscuridad, ya ha comenzado el baile de la victoria eterna: **el triunfo del Amor sobre toda desesperanza y todo odio.**

Retos modernos del mundo: sanar las heridas del corazón y aprender a amar unido a Dios

Vivimos en tiempos donde el alma humana sufre heridas profundas, muchas de ellas causadas por **una revolución sexual que prometió libertad, pero dejó vacío y dolor.** Se exaltó el deseo sin amor, el placer sin compromiso, la unión sin fidelidad, y así se fue desfigurando el rostro del amor verdadero. Lo que comenzó como una búsqueda de felicidad terminó en confusión y tristeza, porque el ser humano, al separarse de Dios, pierde también el sentido de sí mismo.

El Papa San Juan Pablo II lo expresó con una claridad luminosa: *“El contrario de amar a otro es usarlo.”* Y se profundizó en su libro “Amor y Responsabilidad”. Cuando una persona usa a otra para satisfacer un deseo, deja de verla como hijo o hija de Dios, y la reduce a un objeto. Así, la cultura actual ha reemplazado el amar por el usar, la entrega por el consumo, y la fidelidad por la inmediatez. En este ambiente, muchos corazones quedan heridos, vacíos, y con un profundo anhelo de un amor verdadero que no pasa.

Las consecuencias son visibles: matrimonios en crisis, familias divididas, jóvenes con miedo a comprometerse y adultos que se sienten incapaces de amar. Pero **Dios siempre nos acompaña y nos ofrece la Redención, que consiste en la transformación del corazón para amar y dejarnos salvar por Dios.** María, la Madre del Amor Hermoso, vino también para sanar estas heridas. En el Tepeyac, su mensaje fue una medicina celestial para una cultura marcada por la violencia y la confusión. Hoy, sigue siendo la respuesta para un mundo herido: **solo unidos a Dios podemos aprender a amar bien.**

María nos enseña el camino de la sanación: abrir el corazón al amor de Dios. Cuando un miembro del matrimonio se abre a Dios, la luz comienza a entrar. Aun cuando el otro todavía no crea, Dios puede obrar a través de ese corazón abierto. Su gracia sana, purifica y fortalece. El amor que nace de Dios tiene poder para sostener, para perdonar, para esperar y para transformar. Así comienza el milagro: cuando una persona deja que el amor divino entre en su alma, puede amar bien.

El amor humano, separado de Dios, se cansa; unido a Dios, se renueva. La verdadera libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en tener la capacidad de **elegir el bien y perseverar en él**. María, con su pureza y su ternura, nos muestra que el amor no esclaviza, sino que libera; que amar no es perder, sino ganar en profundidad y en plenitud.

En su imagen de Guadalupe, la flor triangular del corazón unida al manto que simboliza el Cielo nos recuerda este misterio: el corazón humano florece solo cuando está unido a Dios. El amor verdadero no nace del impulso, sino de la comunión. No se agota, porque se alimenta del Amor infinito. María nos invita a volver a esa fuente, a dejar que su Hijo nos enseñe a amar con pureza, con paciencia y con fidelidad.

Los retos modernos no se vencen con fuerza humana, sino con gracia divina. La clave está en **unirse a Dios, dejarse amar por Él y permitirle sanar las heridas del alma**. Cuando nos dejamos nutrir por su Palabra, por su Presencia en la Eucaristía y por la oración, el corazón vuelve a latir con esperanza. Dios no nos pide perfección, sino apertura. Él mismo pone en nosotros la capacidad de amar de verdad.

Así, María nos ofrece un camino sencillo y poderoso:

- Volver a Dios en la oración, para recibir su amor.
- Purificar el corazón en la confesión, para sanar las heridas.
- Alimentar el alma en la Eucaristía, para fortalecer el amor.
- Practicar toda virtud, como: la paciencia, la fidelidad y la ternura, para reconstruir la confianza.

María no viene a condenar al mundo herido, sino a **sanarlo con la medicina del amor verdadero**. Nos recuerda que el amor humano, unido al Amor de Dios, puede vencer cualquier crisis, restaurar los matrimonios, y devolver al corazón la alegría de amar. Solo con Dios el amor se hace eterno, y solo en Él el alma encuentra la libertad y la plenitud que tanto busca.

Porque en medio de todos los retos del mundo moderno, **el triunfo seguirá siendo del Amor**, y María, la Madre del Amor Hermoso, seguirá guiando a sus hijos hacia el Corazón de Dios, donde todo se renueva y florece de nuevo.

Las idolatrías modernas y cómo María nos ayuda a salir de ellas al decidir amar auténticamente

En cada época, el demonio busca nuevas formas de desviar el corazón humano de Dios. Ya no adoramos estatuas de piedra como los antiguos pueblos, pero seguimos cayendo en **idolatrías modernas**: amores desordenados, dependencias en pecados, búsquedas vacías que prometen plenitud y dejan desolación. Los

ídolos de hoy se visten de éxito, poder, placer, dinero, fama, apariencia, tecnología o comodidad. Y aunque parecen inofensivos, lentamente roban al alma lo más precioso: su corazón, su libertad, su paz, su capacidad de amar auténticamente y su Unión con Dios.

El ídolo siempre tiene la misma lógica: ofrece un placer inmediato, pero exige cada vez más y nunca sacia. Así, el corazón se llena de ruido, pero se queda sin sentido. Quien busca seguridad en el dinero, acaba esclavo del miedo a perderlo; quien busca amor sin compromiso, termina vacío; quien se adora a sí mismo, se encierra en una soledad silenciosa. Cada ídolo ocupa el lugar que solo pertenece a Dios. Y cuando el alma deja de mirar al Cielo, empieza a perder su luz.

María, la llena de gracia, viene una y otra vez a **liberar nuestros corazones de estas falsas adoraciones**. En el Tepeyac, se presentó como la Mujer vestida de sol y con la luna bajo sus pies sometiendo al ídolo de la luna. El mensaje es claro, que todo lo creado debe estar al servicio de Dios, no ocupar su lugar. Ella destronó los ídolos antiguos con ternura, no con violencia; con amor, no con fuerza. Hoy sigue haciéndolo en cada alma que la acoge. María no viene a juzgar, sino a **enseñar a amar auténticamente**, porque el amor verdadero expulsa toda idolatría.

Amar auténticamente significa poner a Dios en el centro de la vida. Cuando Dios ocupa su lugar, todo se ordena: el trabajo se vuelve servicio, los bienes se convierten en medios de amor, los afectos se purifican y los deseos se iluminan. María nos enseña que **la libertad no consiste en hacer lo que queremos, sino en abrirme a Dios, sabiendo que siempre puedo elegir amar**. Su vida fue una entrega total, no al ego, sino al Amor. Por eso es libre, por eso es plena.

Ella nos ayuda a salir de las idolatrías con ternura y sabiduría maternal:

- **Intercede** para que tengamos la gracia de soltar los apegos que nos esclavizan.
- **Conduce el Corazón hacia Jesús**, el único capaz de llenar todos nuestros vacíos.
- **Nos enseña a amar con pureza**, poniendo a los demás por encima del interés propio.

El Espíritu Santo también ilumina la conciencia, mostrándonos con suavidad aquello que ocupa el lugar de Dios.

María no nos pide destruir los bienes del mundo, sino **ordenarlos al amor**. El dinero, el trabajo, la tecnología, el afecto, el descanso... todo puede ser santo si está unido a Dios y al servicio de los demás. El problema no está en las cosas, sino en amarlas más que al Creador. Ella, que vivió en sencillez y plenitud, nos enseña que la verdadera riqueza está en un corazón libre, que ama a Dios y ama por Dios.

Cuando decidimos amar auténticamente, los ídolos pierden poder. El amor puro, que se entrega sin buscar recompensa, es la fuerza que desarma al mal. María nos guía por este camino, porque su amor está completamente centrado en Dios. Alamarlo, todo en Ella se ordenó; y al unirse a su Hijo, todo en Ella se volvió fecundo. Así también, cuando un corazón decide amar como Ella, el alma recupera su luz, su paz y su libertad.

María no viene a quitarnos nada, sino a **devolvemos la plenitud del amor**. Ella nos ayuda a descubrir que el corazón humano fue hecho para Dios y que nada fuera de Él puede llenarlo. Bajo su guía maternal, el alma aprende a discernir, a elegir lo que edifica y a dejar lo que esclaviza.

Por eso, cuando decido amar auténticamente —cuando renuncio a mis ídolos y me uno al amor de Dios—, comienzo a experimentar la verdadera libertad: la de quien vive para amar y ser amado, la de quien ya no adora lo pasajero, sino que camina hacia lo eterno.

María, la Madre del Amor Verdadero, sigue destronando ídolos con su presencia luminosa. Donde Ella entra, el alma vuelve a respirar el aire del Cielo y aprende el secreto de toda santidad: **vivir amando, y amar en Dios, que es el único digno de adoración**.

De la mentira mediática a la verdad revelada

Vivimos en una época donde las voces son muchas y el ruido parece constante. En medio de esta confusión, **las mentiras mediáticas** se han convertido en un instrumento poderoso del enemigo para distorsionar la verdad y herir la fe. A través de medios, redes y discursos superficiales vacíos, el demonio siembra dudas, normaliza el pecado, ridiculiza lo sagrado y hace que lo falso parezca bueno y lo verdadero parezca anticuado. Es una guerra silenciosa por la mente y el corazón del ser humano.

Pero Dios es fiel. Frente a la mentira mediática, Él nos ofrece **la Verdad Revelada**, firme como roca y luminosa como el sol. Esa verdad no cambia con las modas ni con las opiniones humanas, porque proviene del mismo Dios que es Amor y Sabiduría. La Revelación —contenida en la Sagrada Escritura y en la enseñanza viva y recta de la Iglesia— es el faro que guía el alma en medio de la tormenta. Cuando el mundo confunde, la Palabra de Dios aclara; cuando los medios manipulan, el Evangelio libera.

Es un gran peligro empezar a creer mentiras. Poco a poco, si el corazón no se alimenta de la verdad, pierde su orientación. Muchos terminan pensando que el pecado no existe, que todo es relativo, o que Dios es solo una idea humana. Es así como el demonio gana terreno, no con gritos, sino con susurros disfrazados. Pero María, la Madre de la Verdad, se interpone una vez más para recordarnos lo

esencial: **Dios es la Verdad, y fuera de Él no hay luz que ilumine.**

María nos enseña a **sanar racionalmente**, a ordenar nuestra mente con el criterio de Dios. Ella no pide una fe ciega, sino una fe lúcida, iluminada por la razón y la gracia. El creyente no teme pensar, porque sabe que toda verdad auténtica conduce a Dios. Por eso, conviene formarse, leer la Biblia, conocer la doctrina católica, estudiar la vida de los santos y discernir con serenidad y en Unión con Dios. Cuando el alma se enraíza en Dios, **ya no se deja arrastrar por la corriente del mundo.**

La Verdad de Dios no se impone, se propone con amor. No hiere, sino que sana. No oprime, sino que libera. Y cuando una persona decide dejarse guiar por esa verdad, experimenta una paz profunda, porque su mente y su corazón se reconcilian con lo que es justo, bueno y bello. Las mentiras pierden su fuerza cuando el alma se llena de la luz de Cristo.

A veces el demonio hace mucho ruido, tratando de asustar, de confundir o de dividir. Pero ese ruido no tiene poder sobre un corazón que vive unido a Dios. Las tormentas mediáticas, los escándalos y las ideologías pasan, pero la verdad permanece. Jesús lo dijo con ternura y firmeza: *“Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán.”* (Mt 24,35).

Por eso, conviene **enraizar el criterio en la Verdad de Dios, Jesús mismo es la Verdad**, no conviene enraizar el criterio en lo que el mundo grita. Esa es la verdadera fortaleza del alma: no reaccionar ante el ruido, sino permanecer firme en la roca del Evangelio. María, que guardaba y meditaba todo en su corazón, nos enseña ese equilibrio: escuchar, discernir, y elegir lo que viene de Dios.

Aunque el enemigo ruja, aunque las mentiras se multipliquen, **la victoria pertenece a Dios, que es Amor y Verdad**. Con la ayuda de María, podemos permanecer serenos en medio del ruido del mundo, sabiendo que la última palabra la tiene siempre Dios.

Y cuando llegue la calma —porque siempre llega para los que confían— el alma verá que todo valió la pena: que en medio de tantas voces, **haber seguido la Voz de Dios, fue el mayor acto de libertad, de amor y de fe.**

De la desesperanza a la confianza en la Providencia

El corazón humano, cuando atraviesa pruebas difíciles, tiende fácilmente al cansancio y a la desesperanza. Hoy, como en tiempos pasados, hay muchas personas que viven con miedo al futuro, con heridas emocionales, con incertidumbre económica o espiritual. Pero la historia nos enseña que **Dios siempre está con nosotros**. Así como hace casi quinientos años sacó adelante a

los indígenas y a los españoles en medio del caos y el dolor, **también hoy quiere y puede levantarnos, sanarnos y conducirnos a la plenitud de su amor.**

La Virgen de Guadalupe fue el signo de esa intervención divina: vino a unir lo que estaba roto, a sanar lo que estaba herido y a dar esperanza donde solo había confusión. Su presencia maternal transformó una cultura marcada por la muerte en una **cultura de vida y de amor**. Y esa misma ternura de Dios sigue manifestándose en nuestros tiempos, especialmente a través de sus apariciones en **Medjugorje**, donde María nos recuerda con dulzura: *“Queridos hijos, si supieran cuánto los amo, llorarían de alegría.”* En cada mensaje, la Virgen insiste en el mismo llamado: **abrir el corazón a Dios, inducir a la Eucaristía que es Jesús, rezar con perseverancia y confiar plenamente en su Providencia.**

Dios es **infinitamente creativo** para sanar, restaurar y sacar bien del mal. Ninguna historia está perdida, ninguna herida es demasiado profunda, ningún corazón está demasiado lejos. Él puede convertir los desiertos en jardines, las lágrimas en consuelo y las pruebas en caminos de gracia. Pero para que su poder obre, **conviene que cada persona se abra a Dios**, que le entregue su miedo, su pasado y sus planes. Solo un corazón abierto puede ser transformado; solo un alma dócil puede ser conducida a la paz.

La confianza en la Providencia nace cuando comprendemos que **Dios tiene un plan de amor incluso en medio del sufrimiento**. Nada se escapa de su mirada, nada es inútil cuando se vive unido a Él. María lo sabe bien: en cada aparición, invita a sus hijos a la Verdad, que implica: rezar, a confesar, a comulgar y a creer. Ella sabe que cuando el alma se abandona en Manos de Dios, el miedo desaparece y la esperanza florece de nuevo.

Dios quiere transformar a cada uno de nosotros para que seamos **faros de luz en medio del mundo**. Un alma que ha sido sanada por el amor divino no puede quedarse callada; se vuelve testimonio viviente de la misericordia. Jesús nos lo recuerda en el Evangelio:

“Nadie enciende una lámpara para taparla con un cajón; la ponen más bien sobre un candelero, y alumbra a todos los que están en la casa.” (Mateo 5,15)

Ser luz significa dejar que el amor de Dios que nos transformó, ilumine a otros. Es llevar esperanza donde hay oscuridad, consuelo donde hay tristeza, verdad donde reina la confusión. No por mérito propio, sino porque Dios ha obrado en nosotros y ahora quiere obrar por medio de nosotros.

Por eso, **la desesperanza nunca tiene la última palabra**. Cada vez que confiamos en la Providencia, el Cielo actúa. Dios siempre tiene un camino, aunque no lo veamos. María, la Madre de la Esperanza, nos invita a creer incluso cuando todo parece perdido. Si nos abrimos al amor de Dios, Él hará nuevas todas las cosas, y nuestra vida, como la de los pueblos transformados en Guadalupe, será testimonio vivo de que **el Amor siempre vence, y la confianza en la Providencia**

de Dios nunca defrauda.

De la división y el miedo a la unidad en Cristo

El corazón humano fue creado para la comunión. Sin embargo, desde los inicios de la historia, el demonio ha intentado sembrar **división y miedo**, porque sabe que un corazón dividido no puede amar plenamente y una humanidad dividida causa mucho dolor. Las guerras, los prejuicios, las ideologías erradas y las heridas culturales han levantado muros que separan a las personas. Pero Dios, en su infinita sabiduría, eligió a María para ser **signo de unidad y Madre de todos los pueblos**.

En la imagen de la Virgen de Guadalupe brilla un misterio profundo: **María se muestra como Mestiza**, uniendo en su rostro las dos raíces que el pecado había separado. En su nombre también está oculta esta misión divina: *María*, de origen hebreo, y *Guadalupe*, de origen árabe. En un tiempo en que judíos y musulmanes habían sido expulsados de España, Dios quiso manifestar en Ella que su amor **integra en libertad**, que todos los pueblos están llamados a la reconciliación en Cristo. María es el puente donde el Cielo y la Tierra, el pasado y el futuro, lo humano y lo divino, se encuentran en armonía.

Ella es el **modelo perfecto de unidad en el amor y en la libertad**. No impone, sino que atrae; no domina, sino que invita. María no borró las identidades de los pueblos, sino que tomó lo verdadero, luego: las purificó y las elevó. Su mensaje no destruyó las raíces indígenas, sino que las **sanó e integró en Cristo**, conservando lo bueno y desechando lo que estaba en contradicción con el Evangelio. Así, lo que era fragmento se volvió plenitud; lo que era temor se volvió confianza; lo que era confusión se volvió comunión.

Hoy el mundo vive nuevamente una profunda tensión entre culturas. El globalismo que es una ideología contraria a Dios, las migraciones masivas impuestas y las divisiones causadas por ideologías malsanas hacen que muchas personas vivan con miedo a perder su identidad o sus valores. En medio de todo esto, María de Guadalupe vuelve a recordarnos el camino correcto: **la verdadera unidad solo puede nacer del amor y del respeto mutuo**. No de la imposición ni del interés político, sino del encuentro de corazones libres que se reconocen como hermanos.

María enseña que la unidad no consiste en uniformar, sino en **armonizar las diferencias en Dios**. Así como en un jardín cada flor tiene su color y su aroma, pero todas forman un solo conjunto hermoso, así también cada pueblo y cada persona tiene su belleza particular, llamada a reflejar la luz del Creador. La unidad en Cristo respeta la diversidad, pero la ordena hacia el amor.

El miedo se disipa cuando comprendemos que Dios está con nosotros, guiando incluso los movimientos humanos hacia su plan de salvación. Aun cuando el

mundo parezca confuso o forzado en sus mezclas culturales, **solo en la libertad del amor puede haber verdadera comunión.** María, que supo unir sin confundir, nos enseña a ver al otro no como amenaza, sino como don.

Su ejemplo nos muestra que la **verdadera integración espiritual** consiste en discernir: conservar lo bueno, lo noble y lo bello que hay en cada cultura o persona, y dejar atrás lo que impide amar y vivir en la Verdad. Ella lo hizo con ternura en el Tepeyac, integrando los símbolos de los pueblos originarios con la revelación cristiana, para que los indígenas pudieran comprender el amor de Dios desde su propio lenguaje. Y luego comunicar el precioso mensaje de Amor de Dios al mundo entero.

Hoy, como hace quinientos años, el mundo necesita esa **sabiduría maternal de María** para sanar las divisiones. Ella nos invita a mirar con los ojos de Cristo, que nos ve como hijos amados del mismo Padre. Donde hay amor, hay unidad; donde hay libertad, hay paz.

Por eso, María de Guadalupe sigue siendo el rostro de la reconciliación: la Mujer que une los pueblos, las culturas y los corazones en el único Amor que puede salvar al mundo. Y en su mirada dulce y mestiza resuena todavía el llamado del Cielo: **“¿No estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?”**

María de Guadalupe, Madre de la Civilización del Amor

Cuando el mundo parece dividido, herido y confundido, **María de Guadalupe vuelve a recordarnos el sueño de Dios:** una humanidad unida en el amor. Su presencia en el Tepeyac no fue solo un consuelo para un pueblo en crisis, sino **el inicio de una nueva civilización**, tejida con hilos de ternura, esperanza y fe. Ella vino como **Madre de la Civilización del Amor**, para mostrar que el amor verdadero, el que nace de Dios, es la única fuerza capaz de transformar el corazón humano y renovar el mundo entero.

Una civilización del amor no se construye con leyes ni con poder, sino con corazones transformados por la gracia. María lo enseña con su ejemplo: su “sí” a Dios cambió la historia. En su interior nació el Amor encarnado, y ese mismo Amor sigue naciendo en cada persona que, como Ella, responde: **“Hágase en mí según tu palabra.”** Cada vez que alguien dice que sí a Dios, se enciende una pequeña llama del Reino del Amor en el mundo.

La Virgen de Guadalupe nos enseña que esa civilización empieza **dentro del alma.** No se trata primero de cambiar estructuras externas, sino de permitir que el amor de Dios reine en el corazón. Cuando un alma ama, perdona, sirve y ora,

empieza a irradiar luz donde antes había oscuridad. Así, la civilización del amor se edifica de dentro hacia fuera: de un corazón convertido a una familia restaurada, de una familia reconciliada a una comunidad más justa, y de allí, a una sociedad transformada por la misericordia.

Cada persona puede contribuir a esta obra divina. **Dios quiere amor y quiere manifestarse en mí.** María de Guadalupe nos recuerda que no hace falta ser poderoso ni sabio para cambiar el mundo: basta abrirse al amor de Dios. Juan Diego, un hombre sencillo y humilde, se convirtió en instrumento de conversión para millones porque se dejó guiar por María. Lo mismo puede hacer hoy cada creyente: ser **faro de luz en su entorno**, reflejando con su vida la ternura de Dios.

Vivir en la civilización del amor significa:

- **Ver a cada persona como un hermano**, no como un enemigo.
- **Amar con alegría**, sin esperar recompensas.
- **Perdonar**, para romper el ciclo del odio y del resentimiento.
- **Defender la vida**, desde su inicio hasta su fin natural.
- **Ser fiel en lo pequeño**, sabiendo que el amor cotidiano en gracia tiene valor eterno.
- **Conocer la Verdad y doctrina** para discernir adecuadamente
- **Básicamente amar siempre.**

María, como Madre, nos educa para este estilo de vida. Nos enseña a mirar con compasión, a hablar con dulzura, a actuar con justicia y a vivir en paz. Ella sabe que un solo corazón encendido en amor puede cambiar a muchos. Por eso, su invitación sigue viva: **abrir el corazón a Dios para que Él ame a través de nosotros.**

En un mundo que muchas veces exalta el egoísmo, la violencia y el miedo, María de Guadalupe es la respuesta del Cielo: **una Madre que nos muestra el camino del amor verdadero.** Su mirada, llena de ternura, nos recuerda que todos tenemos un lugar en el plan de Dios y una misión que cumplir: hacer del mundo un hogar donde reine la bondad.

Así, la Civilización del Amor no es un ideal lejano, sino una realidad que comienza hoy, en cada corazón que se deja amar y decide amar. Cuando decidimos amar, María, la Madre del Amor Hermoso, nos toma de la mano y nos conduce a la Gloria del Cielo.

El llamado final: ser portadores de luz, esperanza y vida nueva

El mensaje de María de Guadalupe conduce al amor. Su aparición no fue solo un hecho del pasado, sino una misión que sigue viva hoy. Cada palabra, cada gesto y

cada símbolo en su imagen nos invitan a participar en el plan de Dios para renovar el mundo con el amor que vence toda oscuridad.

Así como Juan Diego fue escogido para llevar el mensaje del Cielo, **cada uno de nosotros está llamado a ser un mensajero de amor, fe y esperanza en su tiempo.** María quiere personas que amen, mi deseo es amar. Ella toma a los pequeños, a los que se sienten incapaces, y los transforma en instrumentos de consuelo y salvación. Cuando una persona se deja abrazar por el amor de Dios, su corazón se enciende y empieza a irradiar la luz del Evangelio, incluso sin palabras.

Ser portador de luz significa **vivir en la verdad de Dios**, no dejarnos apagar por las mentiras del mundo ni por las heridas del pasado. Es caminar con fe aun en medio de la oscuridad, confiando en que Cristo es la Luz que nunca se apaga. Ser portador de esperanza es creer que nada está perdido, que incluso mi sufrimiento lo puedo unir al Sufrimiento de Jesús en la Cruz para ayudar a salvar almas, que cada caída puede ser un nuevo comienzo si nos abrimos a su misericordia.

Y ser portador de vida nueva es vivir desde el amor. La vida nueva no es simplemente mejorar lo externo, sino **renacer desde el corazón**, dejar que Dios habite en nosotros y transforme nuestra manera de ver, pensar y amar. Cuando Dios renueva el alma, todo se vuelve fecundo: nuestras palabras consuelan, nuestras acciones edifican, y nuestra presencia transmite paz.

María nos enseña este camino con su ejemplo. Ella fue portadora de la Vida misma: llevó en su seno a Dios mismo. Así también, cada creyente está llamado a **llevar a Cristo dentro del alma** y hacerlo presente donde falte amor, sentido o esperanza. Cuando vivimos con esa conciencia, cada sonrisa, cada gesto de bondad y cada oración se convierten en una semilla de resurrección en medio del mundo.

El tiempo que vivimos no es fácil, pero Dios sigue actuando con infinita creatividad. Él busca corazones dispuestos a reflejar su amor, como pequeños faros que guían a otros hacia el puerto seguro del Cielo. Y ese es el llamado final que María de Guadalupe nos hace: **dejar que Dios nos transforme para que podamos transformar el mundo.**

Ella nos dice, con la misma dulzura con la que habló a Juan Diego:

“¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

Esa pregunta no es solo consuelo, es también una invitación: confiar, levantarse y amar.

Porque cuando respondemos al amor de Dios, **nos convertimos en portadores de su luz, mensajeros de su esperanza y testigos de su vida nueva.** Y entonces, la historia se renueva, los corazones se iluminan y la Civilización del Amor florece una vez más, desde cada alma que se deja abrazar por el Cielo.

Conclusiones del libro

El mensaje guadalupano no termina con la historia del Tepeyac; **sigue viva en cada corazón que se abre a Dios**. María nos muestra que no hay cultura, herida o situación que Dios no pueda transformar.

Ella une lo que estaba dividido, consuela a los que sufren, y nos recuerda que somos amados. En su imagen está resumido el plan divino: amor, reconciliación, ternura y esperanza.

Hoy, el mismo Dios que cambió una nación entera a través de una humilde Virgen, quiere cambiar también nuestro mundo interior. La verdadera revolución empieza en el corazón, cuando decidimos amar y vivir con Dios en el centro.

Recomendaciones para vivir el mensaje

1. **Reza todos los días con el corazón.** Aunque sea breve, que tu oración sea sincera.
2. **Vive en gracia y acude a la Eucaristía.** Allí está el corazón que late por la vida del mundo.
3. **Medita la Palabra de Dios.** En ella encontrarás dirección y consuelo.
4. **Confía en la Providencia.** Dios siempre tiene un plan, incluso cuando no lo entiendes, aunque también debes esforzarte.
5. **Imita las virtudes de María:** amor, humildad, ternura, silencio, pureza y servicio, todo bien.
6. **Practica el perdón.** Libérate del pasado y deja que Dios te renueve.
7. **Sé un testimonio vivo.** Que tu vida comunique paz, esperanza y amor.

Aplicaciones prácticas para poner en práctica hoy

- **En tu familia:** dedica tiempo al diálogo y al perdón. Reza juntos una breve oración a Dios y la Virgen.
- **En tu trabajo:** ofrece tus tareas con amor y busca servir más que destacar.
- **En la sociedad:** sé un constructor de paz; responde con amabilidad, aunque otros no lo hagan.
- **En tu interior:** cada día, antes de dormir, agradece a Dios tres, o más, cosas y pídele que te ayude a amar mejor mañana.
- **En la fe:** participa en los sacramentos y confía en que, aunque no veas resultados inmediatos, **Dios está obrando en ti**.

Invitación a amar

Este es el llamado más profundo del mensaje guadalupano: **amar como Dios ama.**

María nos enseña que el amor no es solo emoción, sino decisión: elegir el bien, que es elegir a Dios, permanecer fiel, servir con alegría y confiar sin miedo. Cada “sí” que damos a Dios es una flor nueva en el jardín del amor eterno.

Hoy, el mundo necesita testigos del amor auténtico: personas que respondan al odio con ternura, a la indiferencia con compasión, y al miedo con esperanza.

Personas que amen como Dios ama.

María te invita a ser uno de ellos.

Déjate amar por Dios, y luego ama con ese mismo amor.

Porque cuando un corazón se abre al amor divino, **el cielo toca la tierra...** y el mundo vuelve a florecer. ☪

Conocimientos adicionales que conviene tener para poder ser santo

Todo es por la gracia de Dios y Él es infinitamente generoso

Todo lo bueno que existe, todo lo bello que sucede en el alma y en el mundo, **es fruto de la gracia de Dios.** No hay mérito humano que pueda alcanzar el amor divino; es Dios mismo quien da el primer paso, quien busca, quien llama, quien sana y quien transforma. Nuestra tarea no es conquistar su favor, sino **abrirnos a su amor y dejarnos abrazar por su gracia.**

La gracia es un Regalo del Cielo: es una capacidad de Santidad que Dios nos concede, haciéndonos capaces de amar, de perdonar, de perseverar y de vivir en paz. Sin la gracia, los esfuerzos humanos se agotan; con la gracia, incluso lo pequeño se vuelve inmenso, porque es Dios quien lo hace fecundo.

Dios es infinitamente **generoso.** Su amor se derrama sin límites, como un río que nunca deja de fluir. Él no se cansa de perdonar, de dar nuevas oportunidades, de llenar de sentido lo que parecía perdido. Su naturaleza es amar, y su alegría es **compartir su vida divina con nosotros.** Cada sacramento, cada momento de oración, cada acto de amor verdadero, es una puerta por donde la gracia entra y transforma todo desde dentro.

Pero hay algo hermoso en el modo en que Dios actúa: **Él respeta nuestro libre albedrío.** Aunque es todopoderoso, no obliga a nadie a amarlo. Solo espera un “sí”, una pequeña apertura, un gesto de confianza. Cuando el alma dice: “Señor, haz en mí tu Voluntad”, el Cielo se mueve. En ese instante, Dios puede derramar su gracia en abundancia, porque ha encontrado un corazón dispuesto.

Por eso María es el modelo perfecto de la gracia. Ella no hizo grandes discursos ni proezas humanas; simplemente se abrió al amor de Dios con total confianza. Su “hágase en mí según tu palabra” permitió que el Verbo eterno se hiciera carne. En Ella, vemos que **todo es gracia**, y que el alma que ama y confía se convierte en instrumento de bendición para el mundo.

Dios solo pide una cosa: **que amemos**. No porque necesite nuestro amor, sino porque amando lo estamos escogiendo a Él. El amor abre las puertas del alma, limpia el corazón y hace espacio para que Dios habite en nosotros. Cuando una persona ama de verdad, Dios empieza a habitar en ella; la llena de dones, la rodea de providencia, la fortalece y la hace reflejo de su bondad.

El amor sincero, es básicamente la Voluntad de Dios, es un cauce por donde la gracia fluye. En cada gesto de ternura, en cada acto de perdón, en cada oración confiada, **Dios derrama abundantemente su favor**. Y cuando el alma responde con gratitud, Él da todavía más, porque su generosidad es infinita.

Así es el corazón del Padre: siempre dispuesto a dar más de lo que pedimos, más de lo que entendemos, más de lo que merecemos. Él solo espera que digamos: “Sí, Señor, quiero amarte y dejarte obrar en mí.” Entonces, su gracia nos envuelve, su Espíritu nos fortalece, y su amor nos transforma en **fuentes vivas de su luz y de su bondad para el mundo**.

Todo lo que somos y todo lo que podemos llegar a ser es por la gracia. Nada nuestro tendría fruto si Dios no lo sostuviera. Y cuanto más reconocemos esto, más libres y más felices somos. Porque descubrir que todo viene de Él nos libra del orgullo y nos llena de gratitud.

Dios es Amor, y su deseo eterno es **derramar sus gracias infinitas sobre quienes deciden amar**. Por eso, cuando un corazón se abre y ama, el Cielo sonrío, y la vida se convierte en un milagro constante de gracia, de esperanza y de plenitud.

La oscuridad antes del amanecer: el sufrimiento de un pueblo que necesitaba esperanza

Antes de las apariciones de la Virgen de Guadalupe en 1531, el pueblo indígena vivía una de las etapas más dolorosas y confusas de su historia. Por siglos habían sido un pueblo profundamente religioso, pero su búsqueda de lo divino estaba marcada por el **temor**. Creían en una máxima divinidad creadora pero inaccesible que podía causar temor, y también en dioses menores que exigían sacrificios humanos para mantener el equilibrio del universo. Esa falsa percepción de Dios —lejana, caprichosa y temible— los llevó a cometer actos terribles movidos por el miedo.

Los sacrificios humanos se habían convertido en una práctica cotidiana. Se ofrecían corazones de hombres y mujeres con la esperanza de que el sol siguiera su curso, e incluso **niños inocentes** para que las lluvias llegaran o de que la tierra, también con la creencia que mientras más sufrimiento era mejor. Pensaban que el mundo se acabaría si cesaban los sacrificios, y esa creencia les robaba la paz interior. Muchos vivían bajo el peso del miedo y de un profundo dolor espiritual. Aquellos que eran víctimas o testigos de esos rituales quedaban heridos emocionalmente, incapaces de comprender que **Dios no desea la muerte, sino la vida.**

Además, la llegada de los conquistadores trajo nuevas heridas. Los abusos de la **Primera Audiencia**, encabezada por hombres corrompidos y codiciosos, hicieron que los indígenas pasaran de una opresión religiosa a una opresión humana. Muchos fueron esclavizados, maltratados y humillados. Sus templos fueron destruidos, sus costumbres ignoradas y su dignidad pisoteada. A esto se sumaron **las epidemias** que diezmaron a la población: enfermedades desconocidas que los debilitaban física y espiritualmente.

El miedo se apoderó de muchos. Cuando los sacrificios se detuvieron tras la llegada de los españoles, los indígenas creyeron que el **fin del mundo** era inminente. Hubo **tres grandes terremotos**, un **eclipse solar** y el paso de un **cometa**, signos que interpretaron como presagios del desastre final. Pensaban que la tierra sería destruida, y muchos vivían en desesperanza total. Era un pueblo con el alma herida, sin entender que el Dios verdadero no pedía sangre, sino corazones.

Por otro lado, los **misioneros españoles** también sufrían. Muchos habían venido con un deseo sincero de evangelizar y servir, pero se encontraban con una realidad cruel: la codicia y la violencia de algunos colonos que deshonoraban el nombre de Cristo. Un notable misionero fue **Fray Juan de Zumárraga**, el primer obispo de México, un hombre que defendía con valentía a los indígenas. Bautizaba, enseñaba, y por el bautismo los podía llamar “hijos de Dios”. Sin embargo, esto enfureció a los miembros de la Primera Audiencia, porque si los indígenas eran reconocidos como hijos de Dios, **ya no podían ser esclavizados.**

La injusticia llegó a tal punto que hubo un **intento de asesinato contra Zumárraga**. Desesperado por la situación, escribió al Rey de España una carta en la que dejó plasmado su dolor y su impotencia, entre la cual dijo:

“Si Dios no provee por remedio de su mano, la tierra está a punto de perderse.”

Era un tiempo de **tinieblas**, donde todo parecía desmoronarse. Las estructuras políticas, las creencias religiosas, las esperanzas humanas: todo estaba herido. Pero es precisamente en los momentos más oscuros cuando **Dios prepara los mayores milagros.**

Y así fue. En medio de esa oscuridad, **Dios obró un prodigio luminoso.** En el

cerro del Tepeyac, María, la Madre de su Hijo, descendió del Cielo con ternura y poder. No vino como una reina distante, sino como una **Madre cercana**, vestida con los símbolos que los indígenas podían comprender. Su rostro mestizo unió lo que estaba dividido; su mensaje, lleno de dulzura, sanó lo que estaba herido.

En su voz resonaba el consuelo del Cielo: no más sacrificios, no más miedo. Solo amor, reconciliación y esperanza. En lugar de pedir corazones arrancados, María les transmitió:

“Sin arrancarlos, entréguenme sus corazones y yo los entregare al Dios verdadero.”

Así, en Guadalupe, comenzó **un nuevo amanecer**. Donde antes había sangre, floreció la vida. Donde reinaba el miedo, brotó la confianza. Donde el odio había dividido, el amor comenzó a unir. Los indígenas descubrieron al verdadero Dios, cercano, misericordioso y lleno de ternura. Y los misioneros, fortalecidos por este milagro, vieron florecer en pocos años una fe viva que cambió para siempre el rostro del continente.

La Virgen de Guadalupe fue, y sigue siendo, el **signo de que Dios es fiel y nos acompaña siempre**. En medio de la oscuridad más profunda, Él envía a su Madre para encender la luz. Porque donde María está, allí siempre amanece. 📖

Dios puede transformar nuevamente la cultura del mundo —si dejamos que su Amor actúe en nosotros

Hace casi quinientos años, cuando todo parecía perdido, **Dios obró un milagro por medio de María de Guadalupe**. En una tierra herida por la violencia, el miedo y la desesperanza, descendió del Cielo una Madre llena de ternura y poder. Con su presencia, **Dios transformó una cultura de muerte en una cultura de vida**, un pueblo atemorizado en un pueblo lleno de esperanza, una historia marcada por la sangre en un camino iluminado por el amor.

A través de María, Dios cambió el curso de una civilización entera. Donde antes se ofrecían sacrificios humanos, comenzó a celebrarse la Eucaristía; donde se derramaba sangre, brotó la fe; donde había miedo a los dioses falsos, nació la confianza en el Dios verdadero que es Amor. María unió a pueblos enemigos, sanó heridas y abrió los corazones al Evangelio. **Fue un nuevo amanecer espiritual.**

Y ese mismo Dios, que actuó con tanto poder y dulzura en el siglo XVI, **puede y quiere hacerlo de nuevo hoy**. El mundo actual, aunque moderno y tecnológico, padece las mismas heridas profundas: el miedo, la división, la indiferencia, la desesperanza, la pérdida del sentido de la vida. Muchos corazones han vuelto a caer en una “cultura de muerte”: aborto, soledad, desesperanza, violencia,

egoísmo, heridas sexuales. Pero **Dios es fiel y nos acompaña**, su amor sigue siendo el mismo, y su deseo de salvar a sus hijos es eterno.

Así como entonces envió a María para guiar a los hombres hacia su Hijo, **también hoy la envía a cada uno de nosotros**, para recordarnos que aún hay esperanza, que la conversión es posible, que el amor tiene poder para cambiarlo todo. María no busca grandes héroes, sino corazones que amen. Porque **Dios obra sus maravillas a través de quienes aman con sinceridad**.

Cuando un alma ama, Dios actúa. Cuando alguien perdona, consuela, sirve o reza con fe, **se convierte en canal de gracia**. En el silencio de la vida diaria, en el amor ofrecido con humildad, Dios va construyendo una nueva civilización del amor. Así como María dijo: *"Hágase en mí según tu palabra,"* cada uno de nosotros puede repetir ese sí, para que **Dios obre maravillas por medio nuestro**.

No se trata de cambiar el mundo con fuerza humana, sino de dejar que el amor de Dios fluya a través del corazón. Cuando amamos, colaboramos con el Creador; cuando servimos con alegría, Él multiplica los frutos; cuando rezamos y perseveramos, Dios se derrama sobre los demás.

Por eso, **conviene amar mucho**. Amar con paciencia, con ternura, con verdad. Amar a Dios primero, para poder amar a los demás bien. Amar en lo pequeño, para luego amar en lo grande. El amor abre las puertas del alma y permite que Dios entre y nos transforme. Cada acto de amor auténtico es una semilla que el Cielo usa para renovar la tierra.

Si Dios, por medio de María, **pudo convertir una civilización entera hace casi quinientos años**, significa que puede y quiere hacerlo hoy. Si yo me deja guiar por Ella y me abre al amor, podría Ella introducir en mi corazón la verdad para que pueda amar auténticamente.

Dios sigue buscando corazones dispuestos. Y cuando los encuentra, obra prodigios.

Hoy, tú puedes ser parte de ese milagro. Deja que María te conduzca a su Hijo. Ama mucho, confía mucho, y permite que Dios, a través de ti, **vuelva a transformar la historia**.

Porque cada alma que ama es una nueva aurora. Y cuando muchos corazones se unen en el amor de Dios, **la sociedad se transforma y florece la vida**. El primer paso es que tú digas "sí" al decidir amar.

La hermosa creatividad de Dios al evangelizar por medio de la Virgen de Guadalupe

Dios es infinitamente sabio, y también **infinitamente creativo**. Su amor no se repite, sino que siempre encuentra nuevas maneras de llegar al corazón humano. En el acontecimiento de Guadalupe, esa creatividad divina brilló con ternura y belleza, mostrando que el Creador no solo conoce nuestra mente, sino también nuestro lenguaje, nuestras emociones y nuestra historia.

Hace casi quinientos años, el mundo indígena y el europeo parecían irreconciliables. Había heridas, miedo y desconfianza. Sin embargo, **Dios no impuso su mensaje con fuerza ni con argumentos**, sino con la dulzura de una Madre. Escogió a María como **Madre nuestra que nos vino a rescatar**. Y María mostro el a Dios a un pueblo que no podía entender aún la teología, pero sí comprendía los símbolos, los colores y los gestos.

En su infinita creatividad, Dios **unió el Cielo con la tierra** en María y eligió la Tilma como un Canal de Evangelización. No escogió un retrato frío o distante, sino una imagen viva, llena de signos que los indígenas podían reconocer. Su manto color azul y verde que simboliza el cielo, mostraba que venía de lo alto; el sol y las estrellas revelaban su conexión con el Dios verdadero; la luna bajo sus pies mostraba que destrona al ídolo lunar; y la flor de cuatro pétalos en su vientre — símbolo del Dios supremo— anunciaba que **en su seno habitaba el Autor de la vida**.

Todo en la imagen es lenguaje de amor. Dios habló al corazón de los indígenas sin destruir su cultura, **sino purificándola y elevándola**. María apareció vestida con los colores y signos que ellos entendían, pero con un mensaje nuevo: que el verdadero Dios no exige sangre inocente derramada, sino amor; no pide sacrificios humanos, sino corazones entregados. De esa manera, la Virgen se convirtió en el **primer catecismo visual del continente americano**, una escuela divina donde todos podían aprender el Evangelio sin palabras, solo con mirar. Cabe mencionar que el primer catecismo oficial de la Iglesia católica se hizo pocas décadas después de las apariciones.

Esa es la delicadeza y la belleza de la creatividad de Dios: **le habla a cada corazón**. No fuerza, sino que seduce con ternura. No impone, sino que invita. Donde los hombres habían fracasado con la espada o con la imposición, **Dios triunfó con el amor y la dulzura de su Madre**. En pocos años, millones de personas se convirtieron y fueron bautizadas, no por miedo, sino por amor; no por obligación, sino por fascinación ante la belleza de un Dios que se les había mostrado cercano, compasivo y humano.

María, en su imagen, fue el lienzo donde Dios pintó el Evangelio. Fue su “estrategia” divina, pero también su caricia maternal. Ningún teólogo ni predicador habría podido lograr lo que logró la sencillez de su mirada. Y así, el Cielo nos reveló que **la evangelización más profunda nace del amor y de la ternura, no de la imposición ni del poder**.

Dios, en su infinita creatividad, sigue actuando así hoy. A veces no nos habla con

grandes señales, sino con pequeños gestos, con la sonrisa de alguien, con una palabra oportuna, con una imagen, con una oración. Así como habló al pueblo indígena a través de María, también **nos habla hoy a través de su Madre**, recordándonos que todo lo que hace es por amor y con amor.

Cuando contemplamos la imagen de la Virgen de Guadalupe, deberíamos asombrarnos no solo por su belleza, sino por **la inteligencia amorosa de Dios**. Un Dios que no se cansa de buscar caminos nuevos para salvarnos, que nos habla en nuestro lenguaje, que se deja comprender incluso por los más sencillos.

La evangelización de Guadalupe fue una obra maestra del amor divino: **la Palabra eterna mostrada en ternura humana**. Y esa misma creatividad de Dios sigue viva. Él sigue enviando a María para llevar su mensaje de salvación, porque sabe **Ella puede enseñar a amar, unir los corazones y abrir los caminos hacia Cristo**.

Por eso, al mirar a la Virgen de Guadalupe, podemos decir con gratitud:
“Qué hermoso eres, Señor, en tu creatividad y en tu amor. Nos enseñaste que el Evangelio puede brillar en los colores de una Madre, y que con ternura se puede transformar al mundo.”

Cómo nosotros, como laicos o religiosos, podemos aprender de la evangelización que hizo María

La Virgen de Guadalupe es el modelo perfecto de cómo se debe evangelizar: con amor, con ternura y con respeto profundo hacia cada persona. En Ella vemos que **la verdadera evangelización no nace del esfuerzo humano, sino del amor de Dios que se desborda a través de un corazón disponible**. Ya sea que seamos laicos o religiosos, todos estamos llamados a continuar la misión de María: **llevar a Cristo al corazón del mundo**.

1. Evangelizar desde el amor, no desde la imposición

María no impuso una religión, sino que **presentó el amor de Dios en un lenguaje comprensible y lleno de ternura**. En el Tepeyac no reprendió, no exigió, no amenazó. Su tono fue maternal y compasivo: *“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”*

Del mismo modo, quien evangeliza —ya sea en la parroquia, en su hogar o en el trabajo— debe hacerlo **sin violencia ni juicio**, sino con la dulzura que abre el corazón. El amor convence más que mil argumentos.

2. Evangelizar respetando la cultura y la historia de cada persona

Dios, por medio de María, **no destruyó la cultura indígena**, sino que la purificó y

la elevó. Tomó lo cierto de la cultura, sus símbolos, sus colores y su sensibilidad para comunicar la verdad del Evangelio.

Así también, nosotros debemos **respetar la historia y el camino de fe de cada persona**. No todos se encuentran en el mismo punto del proceso espiritual, pero todos son amados por Dios. María enseña a acoger con paciencia, a acompañar sin juzgar, y a mostrar con el ejemplo la belleza de vivir con Cristo.

3. Evangelizar con el testimonio más que con las palabras

María no predicó con discursos, sino con su presencia. Su sola imagen en la tilma de Juan Diego **comunicó el Evangelio**.

Los laicos y religiosos estamos llamados a **ser evangelios vivos**. Que la manera en que tratamos, servimos, hablamos y perdonamos revele la presencia de Dios. A veces, el testimonio silencioso de una vida coherente, alegre y compasiva tiene más poder que mil sermones alejados de Dios.

4. Evangelizar desde la humildad y la disponibilidad

María se llamó a sí misma *“la esclava del Señor”*, y en el Tepeyac se presentó como *“la Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive.”* Su humildad permitió que el poder de Dios obrara a través de Ella.

La evangelización más fecunda no viene de la grandeza humana, sino de la **docilidad al Espíritu Santo**. Tanto los laicos como los religiosos necesitamos aprender a orar más que a planear, a escuchar más que a hablar, a dejarnos guiar más que a controlar. Solo necesitamos abrir el corazón a Dios para ser nutridos de la verdad, y así, darla a conocer al mundo entero. Más importa la docilidad al Espíritu Santo que mil esfuerzos humanos.

5. Evangelizar con ternura y compasión hacia los heridos

María fue al encuentro de un pueblo que estaba **herido, temeroso y desconfiado**. No esperó que fueran santos para amarlos. Así también, nosotros debemos acercarnos a los demás con compasión, especialmente a los que se sienten lejos de Dios. **La ternura abre puertas que la dureza cierra.**

6. Evangelizar desde la belleza y la alegría

En Guadalupe, Dios se comunicó a través de la **belleza**. La imagen es armoniosa, luminosa, llena de vida. Los indígenas entendieron que la verdad de Dios no era algo triste ni opresivo, sino bello y liberador.

Hoy también, los cristianos podemos **mostrar la alegría del Evangelio** con creatividad: en la música, el arte, las redes sociales, la hospitalidad, la sonrisa diaria. Evangelizar no es imponer una doctrina, sino **revelar la belleza de un Dios que ama**.

7. Evangelizar unidos al corazón de María

Finalmente, la evangelización de María fue totalmente **Cristocéntrica**. Todo en Ella conduce a Jesús. Su misión no es atraer hacia sí, sino hacia su Hijo. Nosotros, laicos y religiosos, debemos hacer lo mismo: que nuestras palabras, obras y actitudes siempre lleven a Cristo, no a nosotros. **Evangelizar con María es dejar que su estilo maternal transforme nuestro modo de amar y servir.**

En síntesis

Evangelizar como María es **ser reflejo del amor de Dios** en medio del mundo. Es mirar con ternura, hablar con paz, actuar con humildad y servir con alegría. Es vivir de tal manera que los demás puedan ver en nosotros el Rostro de Jesús.

Cuando el laico ama a su familia, cuando el religioso sirve en silencio, cuando el joven ora con sinceridad, cuando el anciano une su sufrimiento al Sufrimiento de Jesús con fe... **María sigue evangelizando por medio de quienes aman.**

Porque el secreto de su método no fue la estrategia, sino el amor. Y todo aquel que ama como María, **lleva en sí la presencia de Cristo y transforma el mundo.**

Dios obra maravillas por medio de María y de los corazones que se dejan guiar por Él

El acontecimiento de Guadalupe nos revela un misterio precioso: **Dios quiso transformar el mundo entero no con ejércitos, ni con sabios, ni con poderosos, sino por medio de una Madre humilde y de un laico sencillo.** Fue a través de **María y San Juan Diego** que el amor de Dios cambió la historia, y eso nos enseña algo fundamental: **Dios puede hacer maravillas a través de cualquier corazón que se abre con amor y docilidad a su Voluntad.**

María fue el canal perfecto del plan divino porque se entregó totalmente al querer de Dios. Ella no buscó protagonismo ni poder, solo dijo: *"Hágase en mí según tu palabra."* Y en esa obediencia amorosa, el mismo Cielo descendió a la Tierra. Pero lo admirable es que **Dios no quiso actuar solo a través de María**, sino que buscó también la colaboración de un hombre común, un laico, un trabajador del campo: **San Juan Diego.**

Juan Diego no tenía títulos ni riquezas; era un hombre humilde, silencioso y fiel. Sin embargo, Dios lo escogió precisamente por eso: porque su corazón era fiel, amaba auténticamente y quería a Dios. En él, Dios encontró la tierra buena donde podía sembrar su gracia. María se le apareció para **convertirlo en mensajero de su amor.** Y él, obedeciendo con humildad, se convirtió en el instrumento por el

cual millones conocieron al verdadero Dios.

Este hecho es profundamente revelador: **Dios ama obrar por medio de los que aman.** No necesita poder ni prestigio; solo busca corazones dóciles, que digan “sí” y confíen en Él. Lo mismo que hizo con Juan Diego puede hacerlo hoy contigo, conmigo, con cada persona que esté dispuesta a amar y a servir.

Cuando uno se abre a Dios con confianza, Él despliega su creatividad infinita. Puede tomar las pequeñas acciones cotidianas —una palabra amable, una oración silenciosa, una obra de servicio— y convertirlas en semillas de conversión y esperanza. Así como Juan Diego llevó flores en su tilma y al abrirla mostró la imagen de María, **cada uno de nosotros puede llevar en el alma el rostro de Cristo y mostrarlo al mundo.**

Por eso, **conviene amar a Dios con todo el corazón** y abrirnos sin miedo a los proyectos que Él quiera hacer por medio nuestro. A veces creemos que solo los grandes santos o los consagrados pueden cambiar la historia, pero la verdad es que **Dios actúa en lo escondido**, en los corazones sencillos que lo escuchan. Un alma enamorada de Dios, aunque viva en silencio, puede iluminar ciudades enteras con su amor.

María de Guadalupe y San Juan Diego son un gran ejemplo de colaboración entre el Cielo y la Tierra: **una Madre que intercede y un laico que obedece, ambos movidos por el amor.** Y ese mismo modelo sigue siendo actual. Hoy, el mundo necesita hombres y mujeres que amen, que confíen, que digan como María: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.”*

Si Dios, por medio de una Madre y un campesino, **pudo cambiar el destino espiritual de millones**, también puede hacerlo hoy con nosotros. Solo pide una cosa: **que amemos mucho y confiemos plenamente.**

Porque cuando un alma se abre, Dios entra, transforma y obra maravillas. Y entonces, lo imposible se hace posible, la oscuridad se disipa y el amor florece.



San Juan Diego: un intercesor entre el Cielo y la Tierra

San Juan Diego fue mucho más que un testigo de las apariciones de la Virgen de Guadalupe; **fue un verdadero intercesor**, un puente vivo entre Dios, la Virgen, la Iglesia y su pueblo. Su papel muestra con claridad cómo **Dios ama actuar a través de los corazones sencillos que confían en Él y se ponen al servicio de los demás.**

En la historia guadalupana, Juan Diego no solo obedeció las palabras de María,

sino que se convirtió en **voz, mensajero y mediador**. Supo moverse entre el dolor humano y la ternura divina, entre las necesidades del pueblo y la sabiduría de la Iglesia. En él, el Cielo y la Tierra se encontraron.

1. Intercesor ante su tío

Cuando su tío Juan Bernardino cayó gravemente enfermo, Juan Diego mostró su amor familiar y su fe al ir **en busca de un sacerdote** para que le administrara la Unción de los Enfermos y pudiera prepararse para la muerte. En ese acto de caridad y responsabilidad, vemos cómo el amor auténtico siempre nos impulsa a cuidar de los demás y a buscar su bien espiritual.

Juan Diego fue intercesor porque **no se quedó de brazos cruzados ante el sufrimiento**. Se movió con amor, confiando en Dios y la importancia de la Unción de los enfermos. Y efectivamente, María lo consoló con palabras de ternura y le anunció que su tío había sanado. Dios es infinitamente generoso y quiere derramar su bondad infinita en quienes aman y quienes unen su sufrimiento al Sufrimiento de Jesús en la Cruz.

2. Intercesor ante el Cielo

Juan Diego también fue intercesor ante el Cielo, al aceptar su misión de **pedir la construcción de una Iglesia** en el Tepeyac, como dijo María “una Casita Sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal”. Él llevó ese mensaje con obediencia, aunque sabía que enfrentaría incredulidad y dificultades. No pensó en su comodidad, sino en el bien de su pueblo.

Fue intercesor porque **confió en la palabra del Cielo y la presentó con humildad a la Tierra**. No defendió su propia causa, sino la causa de Dios.

3. Intercesor ante la Iglesia

Cuando el obispo Zumárraga pidió una señal para creer en la autenticidad de la Aparición, el Obispo tenía un deseo por la verdad y por eso era necesaria la Señal. Juan Diego **volvió al Tepeyac para suplicarle a la Virgen la confirmación**. María lo escuchó y le entregó la prueba: las flores frescas en el invierno del alma indígena, símbolo de la vida nueva que Dios traía al mundo. Al presentarlas, Juan Diego **no habló con orgullo ni con exigencia, sino con sencillez y confianza**.

Y fue entonces, cuando abrió su tilma y cayó un Milagro aún mayor: la imagen de la Virgen quedó impresa, uniendo para siempre la fe del Cielo con el corazón humano.

Cómo nosotros también podemos ser intercesores

La historia de Juan Diego no es solo memoria; es un **modelo para todos nosotros**. Cada cristiano, sea laico o consagrado, está llamado a ser puente entre Dios y los demás, **a interceder, a unir, a llevar esperanza**.

1. Intercesores ante Dios

Podemos ser intercesores ante Dios cuando **oramos por los demás con amor y fe**. Cada súplica que hacemos por una persona enferma, un matrimonio en crisis, un alma que sufre, es un acto de intercesión que toca el Corazón de Jesús. También cada vez que unimos nuestro sufrimiento al Sufrimiento de Jesús en la Cruz colaboramos por la salvación de otros.

Dios escucha con ternura las oraciones que nacen de la caridad. María en Guadalupe también intercede sin cesar por nosotros, y nos invita a hacer lo mismo. **La oración de un alma sencilla tiene un poder inmenso ante el Cielo**.

2. Intercesores ante la Iglesia

Como Juan Diego ante el obispo, también nosotros podemos ser **puentes entre Dios, el pueblo y la Iglesia**. Cuando colaboramos en nuestra parroquia, servimos en la pastoral, acompañamos a los sacerdotes con respeto y amor, o ayudamos a otros a acercarse a los sacramentos con amor, estamos intercediendo.

El buen laico y el buen religioso no compiten con la Iglesia, sino que **la aman, la defienden y la fortalecen**. María confió en Juan Diego porque sabía que su fidelidad a la Iglesia.

3. Intercesores ante el mundo

Finalmente, estamos llamados a ser **intercesores ante las personas del mundo**. Esto significa ser testigos de esperanza, luz en medio de la oscuridad, presencia de paz donde hay confusión. Cada gesto de ternura, cada palabra amable, cada acción inspirada en el amor de Cristo puede ser un puente para que otros descubran a Dios.

Ser intercesor es **amar** con compasión, como quien sostiene la mano del que sufre y la levanta hacia el Cielo.

En resumen

San Juan Diego nos enseña que **la intercesión nace del amor**. Él intercedió por su tío con ternura, por su pueblo con fe, y ante la Iglesia con obediencia. No fue un héroe poderoso, sino un corazón disponible. Y eso basta para que Dios obre milagros.

Tú también puedes ser un intercesor. Puedes ser el Puente entre Dios, la Iglesia y las personas. Puedes ser la persona por donde Dios derrame muchas gracias a

toda la humanidad. Como San Francisco fue un intercesor del Cielo para reconstruir la Iglesia, tú puedes ser un intercesor y te sorprenderás de lo que Dios puede hacer en ti y en todo el mundo por medio de ti. Ora, escucha, acompaña, sirve y ama.

Dios sigue buscando almas sencillas que sean **canales de su misericordia**.

Porque cuando alguien se pone entre el Cielo y la Tierra con amor —como lo hizo San Juan Diego—, **el milagro siempre sucede**. Y Dios, por medio de esa persona, **vuelve a unir lo que estaba dividido, vuelve a sanar lo que estaba herido y vuelve a encender la esperanza del mundo**.

La situación de los indígenas y los misioneros: un espejo del mundo católico actual

Cuando miramos la época previa a las apariciones de la Virgen de Guadalupe, encontramos **un pueblo herido, confundido y desconfiado**. Los indígenas vivían con miedo, pensando que el mundo se derrumbaría porque los sacrificios humanos habían cesado. Su vida espiritual estaba marcada por muchas cosas, entre ellos: la culpa, el temor y la incertidumbre. Por otro lado, los misioneros, enviados para anunciar el Evangelio, también sufrían: muchos eran rechazados, malinterpretados o juzgados por los abusos y escándalos cometidos por algunos conquistadores. Era una sociedad fracturada, donde la desconfianza reinaba tanto entre los pueblos como dentro de la fe misma.

Esa realidad, aunque de siglos atrás, **no es tan distinta a la que vivimos hoy**. En nuestro tiempo, muchas personas también viven **en una lucha interior constante**, heridos por el pecado, la confusión moral o la indiferencia espiritual. El mundo moderno ha sustituido los sacrificios humanos por **otros sacrificios más sutiles pero igualmente dolorosos**: el sacrificio de la familia por el éxito, de la pureza por el placer, de la fe por el orgullo, el de un Bebe en un aborto por alguna razón personal. La sociedad parece repetir el mismo error antiguo: buscar la salvación lejos de Dios.

Así como los indígenas creían en un dios lejano e inaccesible, muchos católicos de hoy también sienten que **Dios es indiferente o inaccesible, que está distante o me ha abandonado**. Las heridas del corazón, el ritmo desordenado de la vida y el ruido constante del mundo hacen que el alma pierda sensibilidad ante Dios. Se vive una especie de oscuridad espiritual: personas que desean amar, pero no saben cómo; que buscan sentido, pero en lugares equivocados; que anhelan consuelo, pero no confían en Dios.

Y, del otro lado, **la Iglesia y el clero** viven una situación semejante a la de los misioneros de entonces. Muchos sacerdotes y consagrados sirven con amor, entregan su vida en silencio, se sacrifican día tras día por el bien de las almas. Sin

embargo, **el testimonio negativo de unos pocos, en conjunto con muchos ataques satánicos por medio de la educación, medios de comunicación y entretenimiento**, ha creado una nube de desconfianza y prejuicio que pesa sobre todos. Como en los días del obispo Zumárraga, **el clero sufre el peso de los escándalos ajenos** y muchas veces siente que sus esfuerzos son ignorados o malinterpretados.

Es una herida que afecta tanto a los fieles como a los pastores. Algunos católicos, decepcionados o confundidos, se alejan de los sacramentos y de la comunidad, buscando una espiritualidad sin Iglesia. Otros se vuelven críticos y duros, olvidando que la Iglesia es santa porque Cristo es su Cabeza, aunque sus miembros sean humanos y frágiles. Así como en el siglo XVI había abusos y corrupción de algunos españoles que opacaban el mensaje evangélico, hoy también **el demonio usa los errores humanos para atacar la fe del pueblo**.

Pero, igual que entonces, **Dios está presente y nos ama**. En medio de la desolación, envía de nuevo a María, la Madre que sana, reconcilia y une. Su mensaje en Guadalupe —de amor, consuelo y esperanza— sigue siendo válido hoy: *“¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”* Ella nos recuerda que el amor de Dios es más grande que nuestras heridas y que la gracia puede restaurarlo todo, incluso la fe perdida.

Los católicos de hoy necesitamos redescubrir esa confianza. María nos enseña que **no debemos dejar que el mal de unos pocos nos robe la fe en el bien de muchos**. En todas las épocas ha habido sacerdotes santos, misioneros entregados y almas que aman a Dios con sinceridad. El remedio no es alejarnos, sino volver al corazón de Dios, renovar la esperanza y vivir el Evangelio con autenticidad. A pesar de algunos miembros de la Iglesia que se han alejado de Dios, yo decido ir a la Iglesia a recibir a Cristo mismo en la Eucaristía (en gracia) y su misericordia en la confesión. Jesús sigue siendo la Cabeza de la Iglesia y la Iglesia sigue siendo Santa.

Así como hace quinientos años Dios por medio de una Madre y a un laico ayudo a renovar la fe de un continente, **hoy quiere invitarnos a cada uno de nosotros para que seamos canales de su gracia**. María nos invita a no quedarnos en la crítica ni en la desesperanza, sino a ser instrumentos de reconciliación. Cada católico puede ser un pequeño Juan Diego, llevando consuelo donde hay confusión, fe donde hay duda y amor donde hay heridas.

Porque si en medio de la oscuridad de aquel tiempo Dios obró milagros por medio de María y San Juan Diego, **también puede hacerlo hoy**. Basta con abrir el corazón, confiar y dejar que su luz disipe los prejuicios, las heridas y la desesperanza. Así, como en el Tepeyac, volverá a nacer un nuevo amanecer de fe para nuestro tiempo. 📖

La transformación de una sociedad comienza con el “sí” de cada corazón

Toda verdadera transformación —personal, familiar o social— **comienza en el interior del ser humano**, en ese instante silencioso y sagrado en el que una persona decide decirle “sí” a Dios. No se necesitan grandes revoluciones ni discursos imponentes: basta un corazón dispuesto, un alma que confíe, una vida que se abra al amor divino. Así comenzó la historia de la salvación, cuando una joven en Nazaret pronunció con humildad: *“Hágase en mí según tu palabra.”* Ese “sí” de María cambió el curso de la humanidad.

Del mismo modo, **cada vez que una persona dice “sí” a Dios, algo nuevo florece en el mundo**. Ese sí puede ser pequeño —un acto de perdón, un gesto de servicio, una oración sincera—, pero tiene un poder inmenso, porque abre la puerta a la gracia. Dios no necesita multitudes para obrar; necesita corazones. Cuando uno solo se deja amar y transformar, el amor de Dios comienza a irradiarse, como una luz que rompe la oscuridad.

Cuando el alma se abre a Dios, **Él empieza a transformarla desde dentro**. Cambia la tristeza en alegría, el egoísmo en generosidad, el miedo en confianza. Y esa transformación interior no se queda encerrada: se contagia. La persona que ha sido tocada por Dios comienza, sin darse cuenta, a reflejar su bondad en su familia, en su trabajo, en sus amigos. Sus palabras son más dulces, sus gestos más amables, su mirada más luminosa. Los demás, al verla, sienten algo distinto, algo que los atrae y los inspira a hacer el bien.

Así es como **empieza la verdadera renovación de una sociedad**: no por imposición, sino por la transmisión del bien. Una persona que ama en medio del odio, que perdona donde hay resentimiento, que sonríe en la adversidad, que sirve con humildad... esa persona es un canal de gracia. Y muchos, al verla, desean tener esa misma paz, esa misma esperanza. Dios se vale de esos testigos para tocar los corazones y encender nuevas luces.

Este es el modo divino de transformar el mundo: **de dentro hacia afuera, de lo invisible a lo visible**. Lo que comienza en el alma se refleja en la familia; lo que florece en la familia cambia el barrio; lo que se vive en el barrio transforma una ciudad; y lo que se arraiga en una nación da nueva vida a toda una cultura. María de Guadalupe lo hizo así: con un “sí” suyo y el “sí” obediente de un laico, Juan Diego, Dios cambió la historia del mundo.

Por eso, **el cambio que el mundo necesita comienza contigo**. No esperes que otros sean los primeros. Si tú te abres al amor de Dios, si dejas que Él te transforme, ya estás siendo instrumento de renovación. La santidad personal tiene un efecto multiplicador: tu fe puede despertar la fe de otros, tu bondad puede inspirar a los que viven sin esperanza, tu paz puede calmar corazones inquietos.

Dios obra maravillas a través de cada “sí”. No importa cuán pequeño te sientas, ni cuántas debilidades tengas: si decides amar, perdonar, orar y confiar, **Dios puede transformar a través de ti el mundo entero.**

Así comienza toda civilización del amor: con un solo corazón que se deja amar por Dios y ama en respuesta. Porque un alma encendida en el amor divino **es suficiente para que el Cielo toque la Tierra y la transforme.** ☪

RECURSOS ADICIONALES PARA LA GUERRA ESPIRITUAL

MÁS SOBRE “Amor Guadalupano”

“Amor Guadalupano” es una iniciativa dedicada a compartir el mensaje del Evangelio con fidelidad plena a la doctrina de la Iglesia Católica, poniendo especial atención en las **Apariciones de la Virgen de Guadalupe**. Su misión es ofrecer materiales sencillos y profundos que ayuden a las personas a **conocer mejor a Dios y, al hacerlo, amarlo con todo el corazón**, para descubrir en ese amor la verdadera belleza de la vida.

Las Apariciones de Guadalupe son un ejemplo luminoso de cómo el **Amor de Dios, manifestado a través de María**, tiene el poder de transformar una sociedad entera. En ellas, María orientó los deseos humanos hacia su auténtico anhelo: **Dios mismo**, el Amor que da sentido a todo. Ella vino como Madre y Maestra para conducirnos, por medio de su ternura, al encuentro con **el Amor que da vida y plenitud.**

Estos recursos están pensados para que **cualquier persona, sin importar su experiencia o formación**, pueda utilizarlos y llevar el mensaje de Dios a su comunidad, familia o entorno.

Si deseas **comenzar a evangelizar o fortalecer tu fe**, te invito a visitar la página de Facebook *“Dios es Amor Infinito”* y los canales de *YouTube* y *TikTok* *“Fuego Católico”*, donde encontrarás contenido precioso con mucho amor y claridad

doctrinal.

Puedes conocer más sobre esta misión y unirte a ella en: amorguadalupano.com/

APOSTOLADOS INTERESANTES PARA CONOCER A DIOS

- Amor Guadalupano
 - Recursos, información, catequesis, libros, presentaciones y material para conocer a Dios por medio de las Apariciones de la Virgen de Guadalupe
 - <https://amorguadalupano.com/>
- Fuego Católico
 - Recursos, información, libros, audiolibros y material para conocer a Dios y darlo a conocer
 - Canal en Youtube y Tiktok
 - <https://misioneroasertivo.com/>
- Ascension Press
 - Muchos libros, material, cursos, educación religiosa que ayuda a conocer mejor a Dios
 - <https://ascensionpress.com/>
- Audiolibros para conocer a Dios, con Revelaciones Celestiales, Libros de Santos y Material complementario
 - En Canal de Youtube “Fuego Católico”
- Dios es Amor Infinito
 - Arte religioso, material para evangelización, conocimiento de Dios
 - Facebook “Dios es Amor Infinito”
- Franciscanos de María en Magnificat con el Padre Santiago Martín
 - Misa del día, conocimiento de Dios, Material de Evangelización, meditaciones, espiritualidad, escuelas de Agradecimiento
 - Noticiero católico
 - <https://magnificat.tv/>
- Catholic Link
 - Portal católico de recursos apostólicos que recopila y comenta videos, películas, fotos y otras cosas útiles para la Nueva Evangelización.
 - <https://catholic-link.com/>
- Evangelizadores Digitales con el Padre Luis Zazano
 - Misa del día, conocimiento de Dios, Devocionario, material de evangelización, meditaciones y demás
 - <https://misionerosdigitales.com/>
- Proyecto Castidad “Chastity Project” de Jason Evert

- Para material sobre la castidad y moral sexual
- Recomendado para enseñar a hijos sobre castidad
- <https://chastity.com/>
- Instituto de Teología del Cuerpo “TOB Institute” de Christopher West
 - Para cursos y material sobre teología del cuerpo y relacionado.
 - Recomendado para profundizar en conocimiento de Dios
 - <https://tobinstitute.org/>
- Institución de Sanación de Juan Pablo Segundo
 - Cursos, libros, material para la sanación enfocada con Teología del Cuerpo
 - <https://jpiihealingcenter.org/>
- Instituto Ruah Woods “Ruah Woods Institute”
 - Programa de conocimiento de Dios por medio de teología del cuerpo para niños. Incluye programa para educación en casa de teología.
 - <https://www.ruahwoodsstitute.org/>
- El Equipo de Evangelización de la Teología del Cuerpo TOBET
 - Curso pre-matrimonial con teología del cuerpo
 - Programa de conocimiento de Dios por medio de teología del cuerpo para niños. Incluye programa para educación en casa de teología.
 - <https://tobet.org/>
- Corazones que Disciernen “Discerning Hearts” del Padre Tim Gallagher
 - Conocimiento de discernimiento espiritual de San Ignacio de Loyola
 - <https://www.discerninghearts.com/catholic-podcasts/>
- Teólogo Scott Hahn
 - Protestante convertido al Catolicismo, muy interesante
 - <https://www.scotthahn.com/>
- Planificación Familiar Natural
 - Investigaciones de Mercedes Arzú de Wilson (Amiga de San Juan Pablo II)
 - <https://www.familyplanning.net/es/en-defensa-de-la-vida-y-la-familia>
- Material para salir de una Adicción
 - Canal “Salir de mi Adicción”
 - Canal “Como lo ve Bill” el cual contiene muchos videos para aprender la Inteligencia Emocional

15 PROMESAS DE LA VIRGEN MARÍA A QUIENES RECEN EL ROSARIO

Tomadas de los escritos del Beato Alano:

1. Quien rece constantemente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
2. Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente recen mi Rosario.
3. El Rosario es el escudo contra el infierno, destruye el vicio, libra de los pecados y abate las herejías.
4. El Rosario hace germinar las virtudes para que las almas consigan la Misericordia Divina. Sustituye en el corazón de los hombres el amor del mundo con el amor de Dios y los eleva a desear las cosas celestiales y Eternas.
5. El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.
6. El que con devoción rece mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada, se convertirá si es pecador, perseverará en gracia si es justo y, en todo caso será admitido a la Vida Eterna.
7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los Sacramentos.
8. Todos los que rezan mi Rosario tendrán en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y serán partícipes de los méritos bienaventurados.
9. Libraré bien pronto del Purgatorio a las almas devotas a mi Rosario.
10. Los hijos de mi Rosario gozarán en el Cielo de una Gloria singular.
11. Todo cuanto se pida por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
12. Socorreré en sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.
13. He solicitado a mi Hijo la gracia de que todos los cofrades y devotos tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la Corte Celestial.
14. Los que rezan Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.
15. La devoción al Santo rosario es una señal manifiesta de predestinación de Gloria.

Nota externa: Dios solo Concede lo que nos Conviene para nuestra salvación

INDULGENCIA PLENARIA PARA LIBRAR ALMA DEL PURGATORIO

El año 2025 por ser año santo se puede ganar la indulgencia con:

Requisitos:

- Estar verdaderamente arrepentidos y querer alejarse del pecado.
- Tener un espíritu de caridad.
- Confesarse y recibir la comunión en gracia.
- Rezar por las intenciones del Papa. (En caso de Cede Vacante rezar por la conversión de los pecadores)

Obra para ganar Indulgencia (una es suficiente)

- Realizar una obra de misericordia

- Hacer una donación a la Iglesia
- Defender la vida
- Voluntariado

También se puede ganar la indulgencia todos los años.

Es una obra preciosa de amor ayudar a un alma a llegar plenamente a la presencia de Dios. Es colaborar con Él en “lo poco que falta” para que esa alma alcance la perfecta unión y la plenitud de sus deseos en el amor divino. Es un regalo que podemos ofrecer con ternura, un acto de caridad que alegra tanto el corazón de quien da como el de quien recibe y el de Dios que puede gozar de la Unión con su hijo amado. Dios, en su bondad infinita, nos concede esta oportunidad de amar y servir incluso más allá del tiempo. Puede ganarse una indulgencia al día, cada una como una flor ofrecida al Cielo, signo de amor que une la tierra con la eternidad.

Condiciones para conseguir una indulgencia plenaria:

1. Estar en gracia de Dios.
2. Tener la disposición interior de un desapego total del pecado, incluso venial.
3. Tener intención al menos general de ganar la indulgencia y se recomienda ponerla en Manos de María para que asigne a quien convenga
4. Obra para ganar la Indulgencia, puede ser Rezo del rosario (5 misterios seguidos meditando los misterios) en una iglesia, o acompañado. Otra opción es 30min de Adoración Eucarística con el Santísimo Expuesto o Vía Crucis con 14 estaciones correctamente erigidas y con paso entre estación y estación
5. Confesarse, al menos veinte días antes o después de realizar la acción premiada (sin olvidar que hay que estar en gracia de Dios antes de acabar la acción).
6. Comulgar en Gracia
7. Rezar por las intenciones del Papa

CORONILLA DE LA DIVINA MISERICORDIA

Pasos para Rezar la Coronilla de la Divina Misericordia

1. La señal de la Cruz, Padre Nuestro, Ave María y Credo
2. Al Inicio: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero
3. 10 veces siguientes: Por Su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.
4. Repita (Números 2 y 3) Rece cuatro decenas más.
5. Al Final (tres veces): Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero.

Algunas frases de Jesús a Sor Faustina importantes: (recomiendo leer en el Diario de Sor Faustina los numerales completos)

- **Jesús: “Reza incesantemente esta coronilla que te he enseñado. Quienquiera que la rece recibirá gran misericordia a la hora de la muerte.”** (Diario 687)
- **Jesús: “Hija Mía, anima a las almas a rezar la coronilla que te he dado. A quienes recen esta coronilla, Me complazco en darles lo que Me pidan.”** (Diario 1541)
- **Jesús: “A través de ella (La Coronilla) obtendrás todo, si lo que pides está de acuerdo con Mi Voluntad.”** (Diario 1731)
- **Jesús: “Cuando recen esta coronilla junto a los moribundos, Me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo sino como el Salvador misericordioso”** (Diario 1541)
- **“Jesús: “Deseo que conozcas más profundamente el Amor que arde en Mi Corazón por las almas y tu comprenderás esto cuando medites Mi Pasión. Apela a Mi misericordia para los pecadores, deseo su salvación. Cuando reces esta oración con corazón contrito y con fe por algún pecador, le concederé la gracia de la conversión. Esta oración es la siguiente:”** (Diario 186)
- **Jesús: “Oh Sangre y Agua que brotaste del Corazón de Jesús como una Fuente de Misericordia para nosotros, en Ti confío.”** (Diario 187)

ALGUNOS LIBROS DE REVELACIONES CELESTIALES QUE NOS PERMITEN CONOCER A DIOS

- Revelaciones a Santa Brígida de Suecia
- Diálogos de Santa Catalina de Siena
- Santa Hildegarda de Bingen, varios libros
 - Méritos de la Vida
 - Scivias
 - Obras Divinas
- Poema del Hombre Dios
- Cielo de Luisa Piccarreta
- Mensajes de Apariciones Marianas
- Mensajes de la Virgen de Medjugorje
- Diario de Sor Faustina
- Experiencia y Doctrina Mística de Santa Verónica Giuliani
- Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque
- Éxtasis, Amor y Renovación de Santa Magdalena Pazzi
- Libro de la Gracia Especial de Matilde de Hackeborn
- Heraldo del Amor Divino de Santa Gertrudis
- Visiones e Instrucciones de Santa Angela Foligno

- Revelaciones a Juliana de Norwich
- Mística Ciudad de Dios de Sor María de Jesús Agreda
- Revelaciones a Beata Anna Catalina Emmerick

Muchos de estos Libros se pueden escuchar en el Canal de Youtube “Fuego católico”